



EL DÍA DE LA BALLENA

RAMIRO SANCHIZ


MIG21
EDITORIA

El día de la ballena

RAMIRO SANCHIZ

selección y prólogo de
ANTOINE BARRAL



Primera edición: diciembre de 2023.

El día de la ballena

Copyright © Ramiro Sanchiz

del prólogo: ©Antoine Barral

ISBN: 978-9915-42-181-0

© Mig21 Editora.

Washington Beltrán 1758 ap 2,

Montevideo, República Oriental del Uruguay.

mig21editora@gmail.com

Ilustración de portada: RS+IA.

Diseño y diagramación: Ramiro Sanchiz.

Selección, edición y notas: Antoine Barral y Ramiro Sanchiz



**EL PROYECTO
STAHL,
O EL ÁRBOL
DE LOS POSIBLES**

ANTOINE BARRAL

Antoine Barral (1962). Escritor, editor, traductor y gestor cultural. Ha publicado las novelas *Les Philopyges* (2010), *L'Iliade d'Houmarou* (2011) y *Todo el bien, todo el mal* (2019). Como traductor ha difundido en Francia la obra de diversos autores uruguayos, entre ellos Luis Do Santos, Carlos Rehermann y Gustavo Espinosa. Reproducimos a continuación la versión en castellano (traducida por el propio autor) del prólogo a *Le jour de la baleine*, publicado en Francia por L'atinoir.

En la primavera de 2012, la revista francesa de ciencia ficción *Galaxies* publicó el cuento de Ramiro Sanchiz «Les autres livres», en una primera traducción de Jacques Fuentealba que después fue elegida para la *shortlist* del Grand Prix de l'Imaginaire. En 2018, la editorial L'Infini publicó «Fractura», traducido por Antoine Barral, en la antología bilingüe *Histoires d'Uruguay*. Fue en Montevideo, en 2018, cuando el autor y el traductor comenzaron a esbozar una antología que culminaría en este libro. La nueva traducción del texto «Los otros libros» fue motivada únicamente por una preocupación de homogeneidad, sin ningún juicio sobre la de Jacques Fuentealba.

Todas las ficciones de Ramiro Sanchiz (n. 1978), sea cual sea su formato, forman parte de un vasto proyecto iniciado a fines de los años noventa por un autor que aún no había cumplido los veinte, en torno a un protagonista

llamado Federico Stahl y sus muchas posibles vidas, dibujando un árbol con ramificaciones potencialmente infinitas que nunca llegaremos a conocer en su totalidad, y que ofrece al autor inmensas posibilidades de variaciones y reiteraciones. Está claro que, tras un cuarto de siglo y muchos textos publicados, Ramiro Sanchiz no ha agotado aún su tema y sigue sorprendiendo y renovándose.

Para ofrecer a los lectores francófonos una visión de esta obra, era necesaria una selección de textos breves. Eligiendo relatos de las distintas ramas del árbol de posibilidades, se puede dar una idea más amplia que con una sola novela, muestra de una sola rama. El diagrama adjunto ayudará a situar los relatos de esta colección en el conjunto del proyecto.

Todos los Federico Stahl posibles comparten recuerdos de infancia, relaciones familiares y amistades, aunque nunca completamente idénticos, porque no hay una «primera bifurcación» precedida de un tronco común. Federico Stahl puede nacer en universos ya divergentes desde hace mucho tiempo, mundos muy extraños en los que su infancia nunca es «ni del todo igual, ni del todo distinta», en los que ocurren sucesos similares pero totalmente diferentes: a veces son ballenas las que quedan varadas en las playas, y a veces son «mujeres robot gigantes», e incluso cuando se trata de ballenas, no son exactamente las que conocemos en «nuestro universo».

Variaciones sobre el Aleph

Que este universo sea «el nuestro» ni siquiera es una idea a la que podamos aferrarnos con certeza, cuando

el autor y el lector de un libro pueden pertenecer a dos universos distintos, o más aún, cuando una librería cualquiera se convierte en el lugar donde van a parar viejos libros de segunda mano publicados en infinidad de mundos alternativos. De hecho, las ramas del árbol de las posibilidades distan mucho de ser paralelas, y su infinita proliferación permite a veces conectar lo que, por el bien de nuestra salud mental, debería permanecer separado.

Aunque las referencias de Ramiro Sanchiz son en gran parte anglosajonas, Borges es uno de los sudamericanos que le inspiran, en particular con esta idea del Aleph, este lugar, esta «singularidad» donde se cruzan todos los lugares y todos los universos. En el cuento de Borges, no es más que un lugar en el sótano de una casa común y corriente, pero se podría decir que «La biblioteca de Babel» o «El libro de arena» son en cierto modo variaciones de la idea del Aleph donde se encuentran todos los libros posibles. Sanchiz imagina un Aleph aún mayor con la simpática librería de viejo de «Los otros libros», tan parecida a las que hacen el encanto de la calle Tristán Narvaja en Montevideo. Es allí donde el narrador, Federico Stahl, convertido en profesor de literatura y especialista en Joyce, se embarca en una frenética búsqueda de libros imposibles, a riesgo de perderse en una multitud de universos enredados entre las estanterías. En «Nadie recuerda Mlejnas», la historia dentro de la historia, contada por el viejo Lestrangle bajo el título «Ape hell», también tiene mucho en común con «El Aleph» de Borges (y ambos títulos, «El aleph» y «Ape hell», son ciertamente anagramas, del mismo modo que aquel «Help a él», de Fogwill, autor argentino a quien Sanchiz admira) dos hombres de luto por una joven, las visitas a la vieja casa familiar y el misterio en el sótano.

También podemos reconocer un Aleph de proporciones gigantescas en el «continente de plástico» en medio del Atlántico Norte, evocado en la novela *El orden del mundo* (2014, 2017). Esta vez, Federico Stahl, que se hizo especialista en la historia de la aviación militar, se propone encontrar los restos de un Mig 25 flotando sobre millones de toneladas de residuos, y poco a poco se da cuenta de que estos no proceden todos del mismo universo. Entonces, ¿cómo ponerle orden a todo?

Ordenar el mundo

Clasificar y ordenar el mundo para comprenderlo era una obsesión para Federico de niño, a menudo apodado Fefin, o Fefito. Como cualquier chico que creció entre los años sesenta y noventa, las enciclopedias de fascículos, los atlas y las colecciones son pilares de su construcción. A menudo hace referencia a divulgadores científicos de la época, como Jacques-Yves Cousteau y Carl Sagan. Gran parte de su infancia transcurrió junto al mar, de vacaciones en alguno de los muchos pueblos balnearios que se extienden hacia el este a lo largo de la costa entre Montevideo y el Atlántico, hasta la frontera con Brasil. (Estas atmósferas se encuentran en obras de autores de la misma generación, como Horacio Cavallo y Natalia Mardero: uno de sus protagonistas, emigrado a Europa, utiliza *Google street view* para redescubrir los lugares de su infancia, al igual que Federico Stahl, que también ha emigrado en la novela *La expansión del universo*, de 2018). Punta de Piedra es este lugar de la infancia al que vuelven todos los recuerdos de

Federico Stahl. Otro tema de conocimiento enciclopédico y clasificación para los niños de esta generación son los aviones de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, desde el *Spitfire* hasta el Mig 25.

Las historietas también son una cultura infantil y fuente de recuerdos, *Las aventuras de Patoruzú, Pequeña Lulú, Lorenzo y Pepita*, por ejemplo en «Fractura», aquí incluido, y La expansión del universo.

Para construir su conocimiento del mundo, el niño también espera ayuda de los adultos: padres, abuelos, tíos, pero a veces descubre que no puede realmente contar con ellos. Está el tío Hilario y su Alzheimer. Hay secretos de familia, memorias falibles, cosas que no se dicen, maldiciones. Sobre todo cuando se trata de ballenas, o de acontecimientos relacionados con los años de la dictadura en Uruguay.

Monstruosidades

A menudo es un descubrimiento monstruoso e impactante el punto de partida de una historia. El joven Federico y su amigo Marcos se encuentran de vacaciones en Punta de Piedra ; desafiando las prohibiciones de los adultos, exploran los alrededores en bicicleta, su «imperio» imaginario de bosques de pinos, eucaliptos y palmeras, por las orillas de lagunas algo inquietantes. En el cuento «Árboles en la noche», incluido en esta selección, los dos muchachos descubren algo imposible de identificar, cuyo aspecto, geometría y color parecen inaccesibles a la percepción y comprensión humanas. Lovecraft y «El

color que cayó del cielo» no están lejos. En la novela *Verde* (2016, 2023), encuentran otra «cosa» extraña, y solo con tocarla, Marcos quedará afectado para siempre, causando a Federico toda una vida de remordimientos. Con *El orden del mundo* volvemos al mismo punto de partida, ya que el primer párrafo de este libro es casi exactamente igual al de *Verde*, antes de que la historia comience a divergir poco a poco de la anterior. En *La expansión del universo*, el monstruoso hallazgo, de nuevo en un estanque al borde de un bosque durante un paseo en bicicleta, será el de un cadáver humano, y es el punto de partida de la que probablemente sea la novela más realista de Ramiro Sanchiz, que nos recuerda que la infancia de Federico transcurre bajo una dictadura, antes de emigrar a España y convertirse a su vez en un divulgador científico.

Otro inquietante disparador de aventuras en la infancia de Federico es el encuentro en una casa abandonada con un vagabundo que le regala un soldadito de plomo, como en «Fractura» y *El orden del mundo*. Así, cada nuevo texto podría verse como una forma de barajar y redistribuir las mismas cartas, para empezar una nueva partida. O como un capítulo más de una obra imposible de acabar.

Sexo, drogas y rock'n roll

De joven adulto, Federico vive otra vez varias vidas posibles, en las que su vocación de rockero más o menos fracasado, o de escritor más o menos bloqueado irán tomando importancia. Es cuando sus dos compañeros rockeros Rex y Jon adquieren relevancia, en el mundo de

los conciertos y de los pequeños grupos de rock más o menos underground. Si son incidentales en «La luz sobre los cerros», son centrales en «Nadie recuerda Mlejnas» (donde forman el dúo «Space Glitter», los inventores del «glam rock terraja»), y también ocupan un lugar destacado en textos como *Trashpunk* (2012), *El gato y la entropía #12 & 35* (2015) –en ambos textos Stahl tiene una obsesión con las chicas tetonas– y *Perséfone* (2009). Jon y Rex son más firmes en su vocación de músicos que el propio Stahl. Ambiguos, bisexuales, consumidores de drogas diversas y amigos de traficantes, son ellos los que ponen en contacto a Stahl con extraños personajes mayores, como Enrique Wollfig en *Trashpunk* y Alastair Lestrage en «Nadie recuerda Mlejnas». Dos ancianos que tienen en común haber conocido a Emilio Scarone, un personaje mencionado a menudo en los textos de Sanchiz, sin aparecer nunca en persona. También tienen en común que intentan comunicarse con entidades angustiantes, una «inteligencia artificial» en el caso de Wollfig, o el «diablo» en el de Lestrage. Y en ambos casos, el consumo de drogas es un requisito previo para esta comunicación. También en «Fractura», el consumo de una droga es necesario para acceder al misterioso poder del domo incaico que cubre Lima.

La vocación musical de Federico Stahl continua en dos novelas recientes, *Las imitaciones* (2019) y *Un pianista de provincias* (2022), ambas ambientadas en un trasfondo postapocalíptico. Sobre estas historias rondan las sombras de David Bowie (ambigüedad, glam-rock), Philip K. Dick (drogas, ciberdistopía), William Gibson y Lovecraft de nuevo... Para los apasionados de estos temas podría ser interesante hacer una lectura cruzada de *Trashpunk* y *El*

delirio de Turing, del autor boliviano Edmundo Paz Soldán, para descubrir sus posibles fuentes comunes.

Las mujeres más frecuentemente nombradas en la vida de Federico Stahl son Agustina y Valeria. Agustina, el amor perdido en un accidente y reencontrado en «Fractura», donde su beso coincide con la ruptura del domo incaico, igual que el beso con Valeria coincide con el tsunami al final de «La luz sobre los cerros». Valeria hace de medium en «Nadie recuerda Mlejnas», mientras que la misma, u otra, investiga sobre Federico Stahl en *Las imitaciones...*

Montevideo weird

En «Los otros libros», Federico Stahl se encuentra encerrado de noche en una librería, presa del pánico, mientras intenta encontrar el camino de vuelta a «su» universo. A través del escaparate, ve las siluetas oscuras y siniestras de los edificios de otra ciudad de Montevideo, capital de un país en el que la historia se desarrolló de forma diferente : una guerra civil, la participación en la Guerra de las Malvinas, son todas variaciones posibles desde bifurcaciones entre los años setenta y ochenta. En *La vista desde el puente* (2011), la bifurcación se produce en el siglo XIX, y la historia de toda la región cambia. Artigas, el fundador y libertador del Uruguay independiente (derrotado y exiliado en nuestra realidad) se convirtió en un dictador y conquistador cuyo legado es un Uruguay geográficamente mucho más extenso que el que conocemos.

Son muchas las versiones extrañas e inquietantes de este «pequeño país» y de su apacible capital, donde los

turistas acuden hoy en día para admirar el emblemático edificio del Palacio Salvo o el pintoresco mercadillo de la calle Tristán Narvaja, pero estos lugares familiares también pueden llegar a ser aterradores. El «Palacio Salvo», donde vive el científico Wollfig, también puede convertirse en un «lugar» laberíntico digno de Mario Levrero, y su exterior ecléctico le da un falso aire de palacio submarino, un poco lovecraftiano en la línea de «Dagon», con sus imponentes pilares de granito y bajorrelieves de bronce que representan extrañas criaturas marinas. A esto se suma la red de históricos pasadizos subterráneos que recorren el casco antiguo de Montevideo, con sus leyendas y horrores...

En cuanto a la calle Tristan Narvaja y su dominical mercado de pulgas, hemos visto que sus simpáticas librerías de segunda mano pueden esconder una encrucijada de universos terroríficos, y también es donde Wollfig compra ordenadores obsoletos para sus experimentos de inteligencia artificial: Commodore 64, ZX Spectrum y otras antigüedades queridas por un nostalgeek como Sanchiz, que a menudo las evoca.

El caso Emilio Scarone

Persona muy mencionada, figura tutelar de la ciencia ficción uruguaya, de la que Federico Stahl es historiador en «Nadie recuerda Mlejnas», casi nunca aparece en persona, sino a través de recuerdos, testimonios o documentos. Incluso cuando Stahl va a buscarlo a España, en *La expansión del universo*, y cree encontrarlo, la duda persiste... Fuentes bien

informadas afirman que Scarone podría ser una versión ficcionalizada de Mario Levrero (1940-2004), un escritor extraordinario que dejó una fuerte huella en la generación de jóvenes autores uruguayos nacidos en los años setenta.

Esto es sólo el principio

Esta antología ofrece a los lectores francófonos las claves de una obra en constante evolución que continúa en el trabajo de Ramiro Sanchiz como crítico y traductor, y más allá, a una ciencia ficción uruguaya y latinoamericana demasiado poco conocida en Europa, con la esperanza de que las revistas y editoriales del género continúen lo que la revista *Galaxie* comenzó en 2012. (★)

EL DÍA DE LA BALLENA

«El día de la ballena» fue escrito en 2013 y publicado por primera vez ese mismo año en Ruido Blanco 2, con el título «La sala siete». Con el título con que aparece aquí apareció originalmente en *Kundra* (Buenos Aires, 2013), en *Próxima 34* (Buenos Aires, 2017), *El caimán barbudo* (La Habana, 2018), *Weird Review 1* (Panama, 2022) y *Grafógrafxs 14* (México, 2023). En su traducción al francés por Antoine Barral fue publicado en *Nadie recuerda Mlejnas/Personne ne se souvient de Mlejnas* (Les lettres de mon trapiche, 2019).

Papá no iba a acompañarnos esa tarde al museo. Había elegido para mí la camisa blanca de manga larga, la que tenía rayas de un rojo pálido y feo, porque decía que cuando era ropa de hombre, ropa formal, le tocaba a él elegir. No me gustaba esa camisa, pero había entendido hacía tiempo que no tenía que hacer preguntas ni protestar cuando papá no nos acompañaba; mi madre, en cambio, se volvía en esas ocasiones más locuaz que nunca, como si la hubiese animado de repente una nueva libertad.

Por aquel entonces mamá todavía manejaba el Ford negro en el que se perdería poco más de un año después; salimos a las tres de la tarde y encontramos pocos autos en la calle, así que quizá —no lo recuerdo bien— era feriado. Con el tránsito tan ligero el viaje no tomó más de veinte minutos. Había algo de gente en la entrada; mamá sonrió con suficiencia.

—Y... es natural —dijo—. Todo el mundo quiere.

Estaba claro que bajo sus palabras había mucho más: estaba diciendo también todo el mundo tiene que verlo o hay que ser un verdadero cabeza hueca para no sentir

interés y quizá también estas cosas no le importan a tu padre, pobre.

—Federico, vos prestá mucha atención adentro, ¿estamos? Es muy importante para vos, especialmente importante...

Asentí. Mamá sonrió y me dio un besote en el chachete.

—Esto es fundamental, Fefín, a lo mejor no te das cuenta ya mismo, ahora nomás, pero con el tiempo lo vas a entender. Es algo muy importante, muy, muy importante.

Me tomó de la mano y avanzamos en la cola. Nos detuvimos ante el mostrador de las entradas. Mamá puso esa expresión de jocosa suficiencia que solía adoptar cada vez que debía dirigirse a un vendedor o para hacer trámites; pidió una entrada de mayor y otra de niño, pagó y me tendió un pedacito de papel gris con la Cabeza bosquejada entre unos números que examiné detenidamente, como si aquello tan importante tuviese alguna relación con las cifras en apariencia azarosas que llevaban los boletos.

—Prestá atención, Fefín. Cada vez que se exhibe la cabeza pueden pasar cosas; son días especiales.

Ya dentro del museo me acerqué a una enorme pintura de tema bélico.

—Eso me parece muy bien, Federico, pero lo más importante no está acá; vamos primero a lo que vinimos, después podemos mirar el resto.

Caminamos a través del atrio y encontramos una caseta de información en la que podía verse un mapa del museo.

—¿Ves? Ahora estamos acá. La Cabeza está acá —señaló en el mapa—; vamos derecho y luego, si querés, recorreremos. Pero tampoco conviene apabullarte demasiado; la Cabeza ya es mucho para un día.

Me adelanté un par de pasos y examiné el mapa.

El punto que mamá había señalado llevaba la indicación número 12. En la clave leí «Exposición itinerante».

—¿Qué quiere decir itinerante?

—Quiere decir que no es algo que podés ver todos los días, que es algo muy importante, que viene de otro museo. En este caso no es así, porque la Cabeza siempre está acá, pero guardada; la exhiben solamente una vez cada muchos años.

—¿Vos la viste antes, mamá?

—Era un poco mayor que vos, Fefín. Me trajo la abuela Clara.

La sala indicada con el número doce era la más grande, según el mapa. Le seguía en tamaño la siete, casi contigua.

«Ballena, crc 14,2 kA, prsrv. Adm. Victorinoff», leí en la clave.

—¿Y por qué es tan importante la Cabeza, mamá? — pregunté.

Había sido un error formular la pregunta.

—Federico, ¿no prestaste atención todos estos días? ¿Querés que busque un guía del museo para que te explique? ¿Un guía viejo y loco, como la última vez?

Yo era mucho más chico cuando sucedió; me había asustado y refugiado detrás de las piernas de mi padre.

—Es porque... —traté de que mi voz no sonara a que estaba adivinando—... porque... ¿Porque se sabe que es muy vieja y que no fue hecha por seres humanos?

Mamá volvió a suspirar. Me pareció que miraba con vergüenza a las otras personas que miraban el mapa del museo.

—¿Muy vieja? ¿No es humana? Pero Fefito, ¿cómo podés preguntar eso tan obvio? Lo tenés que saber, lo estudiaste en la escuela. Y vos y yo lo hablamos a principios de año, ¿no te acordás?

Asentí.

—¿Después podemos ir a ver la ballena, mamá? Mirá, es la número siete...

—¿Una ballena? Pero Fefito...

Me tomó de nuevo de la mano y empezó a caminar por el pasillo principal. Yo recordaba el mapa: la Cabeza estaba al final del recorrido.

—Ahora vamos a entrar, Federico; tenés que ponerte serio, concentrarte.

Le dije que sí y me esforcé por ponerme receptivo, como cuando algo de lo que veía en la televisión o en los libros atrapaba mi atención y lograba abstraerme, arrojarme a un estado en el que parecía capaz de olvidarme del mundo que me rodeaba. Imaginé que en ese modo de pensar y de estar iba a sumirme por contemplar la Cabeza.

Entramos.

En la sala había unas diez personas, todas en silencio ante una enorme cabeza de piedra. Algunas permanecían de pie, inmóviles; otras se movían en círculos. Mamá me apretó más fuerte la mano; parecía contener la respiración. Sentí que era él el absorto, el que había logrado olvidarse del mundo. La cabeza, la cara en la cabeza, no tenía expresión alguna. Los rasgos —como los recuerdo ahora, porque no volví a verlos— me parecieron borroneados por el tiempo: las cejas finas, los ojos débiles, la nariz mínima. Creo que había algo esencialmente inhumano en aquella escultura —porque eso supuse que era: algo que quién sabe quién había horadado en la piedra—, pero a la vez pensé que la persona que representaba no podía ser enteramente ajena a lo humano, como un lobo o un árbol, sino que debía ser algo intermedio, más cercano a los seres humanos, como hombres de otras épocas quizá. Y después estaban

las leyendas: las de las ballenas que habían dominado el mundo y las de la victoria final de los seres humanos.

—Mamá, ¿es un hombre o un robot?

—Pero Federico, por favor, concéntrate y mirá —y añadió, en lo que era una mezcla de orden y ruego, articulado en la voz más lastimera que le había escuchado hasta entonces—; no vas a poder verla de nuevo hasta dentro de cuarenta años...

Obedecí, pero en lugar de concentrarme en la Cabeza sólo pude pensar en la otra sala, la de la Ballena. ¿Sería un armazón colgado del techo? ¿Sería una ballena preservada, reconstruida, una simulación? ¿Sería peligrosa, incluso miles de años después? Yo había visto imágenes de ballenas en los libros de cuentos de hadas: sus formas tan perfectas y su evidente poderío me fascinaban, pero también su misterio, el hecho de que aparecieran en todos aquellos mitos, en las historias de cuando construían ciudades, volaban por el aire y el espacio y cayeron después tras la rebelión de sus esclavos, nosotros, que las empujamos hacia el mar y las extinguimos, haciéndonos a la vez un daño profundo por el que debimos pagar y seguimos pagando sin saber del todo por qué, o al menos eso dicen los locos (yo, naturalmente, sólo repito palabras que en realidad no significan nada). Entonces quise no estar allí —la inmensa cabeza de piedra no me decía absolutamente nada—, las ganas de correr hacia la otra sala, la número siete, para admirar la ballena.

—Es... —susurró mamá—... es... maravilloso...

Estaba llorando, y sentí que madre se había vuelto muy, muy pequeña. Que ante aquella cabeza tallada en la piedra estaba de alguna manera inerte, que pese a su edad avanzada no era mayor que yo o que papá.

Miré nuevamente aquellos ojos sin pupilas. La piedra era roja, como las rocas que había cerca del edificio en que vivimos hasta que cumplí cinco años, cerca del mar. Pensé que eran las mismas rocas que trepaba junto a otros niños del edificio, esas rocas que me parecían altas como las montañas. Si era así, la Cabeza no podía ser tan ajena a mi vida; quizá por eso, pensé, no me asombraba, no me emocionaba tanto como a mi madre.

—¿No es increíble? —me preguntó, cuando nos íbamos de la sala.

—Sí —mentí—, es increíble.

Quizá debí esforzarme más por parecer entusiasmado.

—¿Entendés ahora por qué sólo la exhiben cada cuarenta años?

Asentí. Pensé en decirle lo que había sentido al evocar las rocas de aquel edificio, pero ella seguía hablando.

—Cuando la abuela Clara se perdió... no, antes de que la abuela Clara se perdiera y el abuelo Quique se hiciera chiquito, chiquito... —no entendí por qué de pronto me hablaba como a un niño de tres o cuatro años—, ¿sabés que me dijo la abuela Clara? Una tarde, ¿te acordás de la casa de los abuelos?, bueno, una tarde antes de que se perdiera me dijo que a veces soñaba con la Cabeza.

Lloró una vez más. Pensé en lo pequeña que la había sentido minutos atrás; ahora era como si hubiese logrado agrandarse de nuevo, pero apelando a un material ligero, menos denso. Pensé en mi padre mirando las camisas y las corbatas, imaginé la sonrisa un poco forzada pero sincera que pondría cuando volviésemos a casa y apagase el televisor con algún partido de fútbol al que, ansioso por nuestro regreso, en realidad no habría estado prestándole atención. Iba a esperarnos con torta y café con leche, chocolatada para mí, quizá canapitos de atún, mayonesa y aceitunas.

—El abuelo Quique la vio sólo una vez, en 1930, y la abuela Clara la vio en 1943 y después conmigo...

—Me acuerdo de la casa de los abuelos —dije, por decir algo.

Estábamos de nuevo ante el mapa.

—Yo ahora entiendo... Fefito, yo ahora entiendo —y sonrió— la abuela se perdió después de ver la cabeza; no después, pero... eso, después... Como si fuera porque... pero no entendés, no podés entender aún.

Ahora me estremezco al recordar esa sonrisa y se me humedecen los ojos. Mamá se perdió hace años, la Cabeza no fue expuesta otra vez y yo aún no tengo una hija

—Mamá... ¿no podemos ir a ver la ballena? —dije.

Me miró con cara de no entender.

—¿La qué?

—La ballena, mamá; en el mapa dice que en la sala siete hay una ballena, fijate.

No miró.

—No, Fefito, ya no —me pareció de repente cansada o desilusionada—. Es demasiado por hoy... en un tiempito... en unos días te traigo de nuevo y ves lo que quieras, ¿te parece bien?

—Yo quería verla hoy...

—Pero hoy viste la Cabeza, Fefín... es mucho para un día. Además, yo no vi nada que hablara de una ballena... ¿Una exhibición de leyendas, decís?

Traté de insistir.

—Pero Fefito, vos sabés bien que las ballenas...

Parecía nerviosa. Bajé la mirada y me resigné.

—Vos sabés lo que es una leyenda, Fefito...

Salimos del museo.

Afuera la gente parecía abstraída, ajena a la ciudad, a los árboles del parque, a los lejanos edificios. Algunos

sonreían, o se buscaban y miraban con vergüenza. Mamá quiso acercarse a un grupo pero se detuvo, me miró y me acarició el pelo.

—¿Mejor vamos a casa, Fefito? Papá ya debe haber comprado la cena... pizza seguro, o iba a encargarnos canapés, ¿no? Como te gusta a vos...

Pasamos entre la gente absorta y nos metimos en el auto. Mamá manejó sonriendo; seguramente entendía lo que yo no entendí, lo que quizá ya no entenderé. Pasaron dos semanas antes que le pidiera que me llevara a ver la ballena. Se negó: yo no insistí, ni traté de buscar el permiso hablando con papá. Después, al año y pico, se perdió. Subió al Ford y partió hacia el este, como su madre lo había hecho décadas atrás, como yo no habré de hacer nunca. ¿Y cuántos años pasaron ya? ¿38, 39? ¿Tendré una hija alguna vez? ¿O un hijo? ¿Cuánto falta para que vuelvan a exhibir la cabeza, para que yo pueda entender? ¿Cuándo podré hacerme pequeño y más pequeño, y dejar de moverme, y respirar con el pulso de la eternidad recordando a mi madre y a mi abuela y a las voces de todas las mujeres que vinieron todavía desde más atrás que ellas?

Con el tiempo pude ahorrar el dinero de la entrada y fui solo al museo; me paré ante el mapa y busqué la referencia siete. No mencionaba la ballena. Cuando pregunté a los guías resultó que sólo uno de ellos, el más viejo del grupo, recordaba que había sido dispuesta, muchos años atrás, una exposición con una ballena. Me pareció que los otros guías se reían de él.

—Con todas las piezas relucientes —dijo, con mirada soñadora. ☆

LOS SUEÑOS DE LA CARNE

«Los sueños de la carne» fue escrito en 2014 y publicado por primera vez en *Narrativas 37* (Barcelona, 2015) y después en *Ruido Blanco 3* (Montevideo, 2015), *Próxima 27* (Buenos Aires, 2015) e *Imán* (Aragón, 2017). En su traducción al inglés («Dreams of flesh») fue incluida en *Paradoxa 30*.

El que la encontró fue un pescador, muy temprano, y después se sentó ante su cuerpo Emilio, el loquito del pueblo, quien había presentido días atrás que la ballena iba a encallar. O al menos eso fue lo que contó. A mí me gustaban sus historias, pero todos los adultos decían que había que evitarlo y yo terminaba por hacerles caso. En cuanto a la ballena varada, me enteré por Marcos, mi vecino, quien a su vez lo supo porque su padre había bajado a la playa a las seis, como siempre.

Para media mañana ya estábamos allí todos los niños de Punta de Piedra, alrededor de aquel cuerpo gigantesco y muerto. Todavía no había empezado a oler, excepto por el olor a mar espeso, al salitre concentrado, y le correteaban por el lomo toda clase de cangrejos y otros bichos de mar. Pero no fue de inmediato que supimos que era una ballena. Podía haber sido cualquier cosa, un dragón, un monstruo, hasta que alguien dijo esa palabra: ballena, y así quedó claro qué era, a qué criatura pertenecía el cuerpo varado.

Esa noche busqué entre los libros de mi abuelo la enciclopedia de tapas verdes en la que se hablaba de todos los animales. Y en el tomo dos, bajo la entrada «Cetáceos», la encontré. Yo no sabía nada de ballenas, pero leyendo aquel largo artículo (no leí otra cosa durante esa semana) me enteré de que las había con dientes y que las había con barbas, y que entre las diversas formas que tomaban esas ballenas con barbas la que había aparecido en la playa era una Ballena Azul o quizá una Rorcual. Pronto empezaría a descomponerse, a desmoronarse, así que lo que vimos aquellos primeros días resultó ser todo lo que íbamos a saber de su forma. Creo que un grupo de gente del pueblo intentó tomar medidas. No sé qué resultado tuvieron sus esfuerzos; supongo que ninguno, porque cuando vinieron a llevarse los huesos nos preguntaron por el cuerpo y sus formas y nadie supo responderles, o nadie quiso hacerlo.

Mi abuelo estaba preocupado por lo que llamaba mi «obsesión». Una noche llegó a decirme que aquella enciclopedia estaba hecha de mentiras y que el tipo de ballena que había encallado en la playa no aparecía en sus páginas porque era «otra cosa, más antigua». Después, a la mañana siguiente, se arrepintió y me dijo que estaba bien que leyera e investigara, pero que no me hiciera ilusiones con respecto a lo que iba a poder sacar en limpio porque el cuerpo estaba muy deformado y porque la enciclopedia era una porquería. Pero la noche anterior, según mi abuela, había estado borracho. Para mí no tenía importancia; en última instancia, pensé, la enciclopedia era suya.

Creo que fue poco después de esa primera semana, a medida que los huesos empezaron a sobresalir y lo que debía ser la piel de la ballena a desmoronarse y ceder, cuando empezaron a escucharse los relatos de balleneros

y de todas las ballenas que habían encallado en Punta de Piedra.

Alguien dijo que los avistamientos de ballenas eran tan antiguos como el pueblo, o incluso anteriores, ya que en los más viejos relatos de exploradores que pasaban por la zona en tiempos antiquísimos, antes de la llegada de los balleneros, suele haber alusiones a las colas, los surtidores y los saltos de estos animales, a veces confundidos con dragones o serpientes marinas.

Un día acompañé a mi abuelo al bar de las afueras; era un miércoles por la tarde, y cuando llegamos descubrí que el paseo tenía como propósito que yo escuchara las historias que contaba allí un hombre bastante anciano al que yo nunca había visto en el pueblo. Después de pasar casi dos horas escuchándolo me pareció que de alguna manera lograba acaparar para sí todas las historias que sonaban por ahí, como una suerte de enciclopedista o memorialista de las tradiciones del pueblo, porque habló de los huesos de ballena que habían sido usados en la construcción del abandonado Gran Hotel, de las costillas de ballena disimuladas en la nave de la Catedral, de la gran pintura “Escena de la caza de ballenas” expuesta en el Cabildo, de las ruinas del astillero al noreste, de los arpones que todavía podían verse en el Club de Pescadores y de muchas cosas más, que pronto olvidé. Estaba también (pero yo ya la había oído antes) la historia de la fundación de Punta de Piedra por un gremio de balleneros que necesitaban un lugar para que vivieran sus familias «después de la guerra» (eso de la guerra debió añadirlo el anciano; yo jamás lo había oído antes).

Me importó mucho más dar con la pintura aludida y los arpones. Los últimos no fueron un problema: convencí

a mi amigo Marcos de que me acompañara y fuimos en bicicleta al Club de Pescadores, al sur del pueblo. Yo sabía por relatos de mi familia e incluso por fotografías que el lugar había visto mejores momentos, pero por aquellos tiempos estaba prácticamente abandonado y sólo servía para la fiesta de bendición de los barcos, el dos de febrero, cuando las mujeres de los pescadores pasaban todo el día limpiando el lugar y acondicionándolo para el festejo. Los arpones, entonces, estaban apoyados contra una pared, en uno de los rincones del salón más grande. Me parecieron, en realidad, nada más que pedazos de metal con cierta forma puntiaguda.

La pintura, en cambio, sí me impresionó. Marcos creyó reconocer el paisaje de Punta de Piedra como fondo, pero yo no logré verlo. Había un mar embravecido, un cielo completamente irreal, roto por remolinos de nubes o huecos que podían tragarse la luna y las estrellas; había también un barco, un poco a lo lejos, y varias barcas entre las olas, una de ellas, me pareció, suspendida en el aire. Y también, por último, un monstruo gigantesco, algo que parecía más bien la pesadilla de un ballenero demente y no una ballena. No una ballena real: no podía serlo, porque esa criatura no podía pertenecer a un orden natural, a un mundo en el que las ballenas habían evolucionado de otras criaturas emparentadas con los antepasados –como decía la enciclopedia– de los hipopótamos y los ciervos. Si algo parecía, parecía única. No había género o especie posibles, sólo la idea esencial de monstruo, de abominación, de peligro supremo. Sé que yo uso estas palabras ahora, y que de niño debí pensarlo en otros términos, pero la sensación, salvo que mi memoria me traicione, es la misma. Para empezar, era muy difícil distinguírle la forma completa.

Había una gran cabeza, sí, pero no era fácil decir cómo se continuaba el cuerpo o exactamente cuántas partes tenía la mandíbula, cortada por las olas. Además, unas aletas que se veían cerca de uno de los barcos y la cola que asomaba desde atrás de las olas no parecían estrictamente biológicas, propias de una criatura viva, sino que resplandecían con tonos metálicos y lucían perfiles demasiado duros y complejos, casi como si dejasen entrever un armazón de poleas y piezas articuladas. Lo mismo pasaba con los ojos, que centelleaban como una fragua, y con el vapor que brotaba del respiradero, en el que parecían adivinarse –sin que fuese posible apreciar del todo de qué se trataba– las formas de grandes ruedas dentadas.

Cuando le conté a mi abuela lo que habíamos encontrado en el club y en el cabildo me contestó que nadie en el pueblo conocía a aquel hombre del bar, que así como había aparecido se había ido y que nunca se supo de dónde venía ni cómo se ganaba la vida. La pintura, además, bien podía ser una falsificación, del mismo modo que los arpones podían haber sido usados para cualquier tipo de pesca. No entendí bien qué quería decirme con eso, pero en su momento aquellas afirmaciones me entristecieron, como si establecieran que de la ballena yo iba a poder saber poco y nada o que me había entusiasmado, una vez más, con una nadería.

También recuerdo otro momento, bastante posterior a la aparición del cuerpo, en que Marcos me avisó que un grupo de científicos había venido de la capital y estaba examinando la ballena. Entonces la carne había casi desaparecido por completo, reducida a una mínima espuma solidificada en la que se adivinaba algo así como los perfiles de los órganos, todo eventualmente devorado

por las aves marinas y los gatos callejeros que bajaban a la playa.

Algunos niños pasamos esa tarde escuchando a una mujer que había venido con los científicos, seguramente una científica ella misma, muy elocuente e interesante en su manera de explicarnos la importancia del hallazgo y la historia natural de las ballenas. Algunas de las cosas que dijo eran parecidas a las que yo leía y releía en la enciclopedia, pero otras diferían notablemente. Dijo, por ejemplo, que las ballenas hacia siglos que existían en números pequeñísimos y que por esa razón encontrar una muerta en la playa era un acontecimiento singular. Después mi abuela –y otras personas del pueblo, al enterarse de lo que nos había dicho esa mujer– la desmintió por completo: la que había aparecido encallada no era ni por asomo la única ballena que murió en nuestra playa. Era, incluso, un hecho relativamente frecuente, que sucedía como mínimo cada ocho años.

Durante mi vida, sin embargo, eso no había pasado nunca, o al menos yo no podía recordarlo. Pero después de escuchar esas palabras de mi abuela empecé a entrever, a veces en el fondo de los sueños, en esas certezas que asoman en los sueños, a veces incluso al leer la enciclopedia o al escuchar historias de la ballena contadas por la gente del pueblo, una suerte de fondo de memoria, de recuerdos apelonados y apretujados en una masa difusa e informe. Parcialmente, jamás con claridad, creí recordar que yo había caminado con mis padres por la playa y señalado la forma gigantesca de una ballena varada. En algunos de los recuerdos esa escena sucedía por la mañana, con la luz celeste, casi verdosa de las mañanas de Punta de Piedra, pero a veces se me aparecía –como algo de lo que era apenas

consciente, plantado cerca del punto ciego de mis ojos—bañada en el color de remolacha del atardecer. En otras ocasiones, incluso, era con mis abuelos que paseaba por la playa, y a veces también me veía cerca del cuerpo, cerca de la boca de la ballena, en la que creía encontrar dientes, como si se tratase —según aprendí en la enciclopedia— de un cachalote. Y yo siempre era un niño pequeño; me costaba caminar y reclamaba todo el tiempo los brazos de quien me acompañara.

(Entre los despojos de la ballena jamás encontramos barbas o dientes; la mujer que vino con los científicos nos dijo que el cuerpo estaba demasiado deformado por la descomposición como para determinar a qué familia de ballenas pertenecía.)

También estaba la cuestión de las historias que contaba la gente. Con Marcos pasamos semanas recorriendo la costanera y escuchando las conversaciones en los miradores, en el farallón y en los restaurantes, para después tratar de sacar ideas en limpio. Había, descubrimos, muchas historias como las que sugería mi abuela, relatos de momentos del pasado en que otra ballena terminó por morir en nuestra playa. También —entre lo que escuchábamos por ahí y lo que nos contaron en el Cabildo y leímos en un par de libros de historia de Punta de Piedra— empezamos a entender la escala de tiempo implicada, en la que los últimos barcos balleneros partieron del puerto cientos de años antes de nuestros nacimientos, cientos de años, incluso, antes de la llegada de nuestras familias a Punta de Piedra. Mi abuelo confirmó esos descubrimientos y me contó que sus antepasados (los «vascos», dijo) habían encontrado al pueblo en decadencia y forzaron el pasaje de la antigua economía ballenera a la más reciente apoyada

en la pesca y el turismo. En cualquier caso, estaba claro que los barcos balleneros habían partido de nuestro puerto durante más de mil años. Algunos señalaban, incluso, que en los comienzos la ballena era vista como un dios que se sacrificaba para el bienestar de nosotros, los humanos, y que los balleneros, por tanto, eran hombres santos que hacían cumplir la voluntad de la divinidad.

Después encontramos al loquito Emilio en la plaza, sentado en un banco con un libro en las rodillas. Lo saludamos y le preguntamos qué leía. Era un libro sobre las ballenas, dijo, y en sus páginas, según nos contó, se decía que el mundo era el cadáver de una ballena gigantesca, arponeada por Dios para que de su cuerpo surgieran todas las cosas, las montañas, los ríos, los mares, los animales y las plantas. Los primeros humanos, leímos, habían sido tallados de sus dientes.

También encontramos un libro, en la biblioteca del liceo, que sostenía que el mundo había sido dominado por las ballenas, eras atrás. Antiguamente, leímos, las ballenas podían volar, caminar y nadar, y construían hermosas ciudades de cristal que terminaron cubiertas por los mares. Los primeros humanos, decía el libro, habían sido esclavos que se habían revelado contra ellas y, tras miles de años de lucha, las habían exterminado y empujado a los mares, su último refugio. Allí se habían convertido en lo que eran en el presente, una especie mermada, la ruina lastimera de unas criaturas que fueron terribles.

Entre las muchas ilustraciones del libro había una que permanece en mi memoria. En un paisaje montañoso, una ballena alada ataca a un hombre montado a caballo. Ambos, ballena y hombre, están cubiertos por metal, por piezas articuladas de metal que de inmediato interpreté

como armaduras; el hombre sostiene un arpón o una lanza, y la ballena está arrojándole fuego por la boca.

Las historias que oíamos en el pueblo eran más bien prosaicas e insistían, aparte de los datos anecdóticos, en la recurrencia de las apariciones de las ballenas en nuestra costa, especialmente para morir. Nos pareció muy extraño que tratándose de un lugar de alguna manera “privilegiado” Punta de Piedra no fuese más conocida a nivel nacional o incluso regional, al menos a la hora de estudiar las ballenas.

Después algunos vecinos nos contaron que tampoco era la primera vez que venían científicos de la capital, que aparecían siempre que una ballena encallaba, hablaban, confundían a la gente con sus supersticiones y después desaparecían sin que se volviera a saber de ellos.

Pero esta vez no fue así. Al mes de la partida de ese pequeño equipo preliminar dos ómnibus cargados de científicos y maquinaria aparecieron en la ruta y levantaron un campamento en las afueras del pueblo. Al día siguiente acordonaron el cuerpo de la ballena, ya casi reducido por completo a una trabazón de costillas, y se pusieron a trabajar.

Por las noches daban cuenta de sus hallazgos. Miren, decían, gran parte del esqueleto está por debajo de la arena —y nos mostraban los huesos ocultos o algo que parecía un hueso largo y curvado—, o señalaban lo que pensaban que eran los restos o incluso la huella del cráneo, o cualquier otra parte de la anatomía de la ballena (a veces ellos mismos se contradecían y uno decía cráneo y otros cadera, por ejemplo), y nos preguntaban por la forma que había tenido apenas encallado el cadáver, cuando todavía estaba cubierto de carne y piel.

También nos pidieron que les entregásemos las «reliquias» que pudiéramos haber recogido en los primeros días de la ballena en la playa. Todos nos negamos, y ellos dijeron ser conscientes de que no podían obligarnos a nada, aunque apelaban a nuestra solidaridad. Es muy probable que hayan ofrecido sumas de dinero, esa noche, en los bares de la costanera, y fue así que aparecieron trozos de piel, de aleta e, incluso, buena parte de un ojo, una especie de gelatina solidificada como ámbar que entusiasmó a los científicos y que era con toda seguridad una falsificación de algún avivado, como decía mi abuela.

Pero yo trataba de escuchar a los científicos lo más posible, y así aprendí, por ejemplo, que no muy lejos de Punta de Piedra había sido hallada una ballena fósil que tenía millones de años de antigüedad y en la que podían adivinarse marcas de la actividad de los balleneros. Supe también que en muchas partes del mundo las ballenas eran un mito, como quien habla de dragones o sirenas o unicornios. Mis padres, pensé, que se habían ido del pueblo hacía ya cinco años, acaso estarían viviendo en un lugar donde la gente ignoraba que las ballenas aun vivían y recorrían los mares y, a veces, morían en las playas de Punta de Piedra.

En una ocasión uno de los científicos nos pidió a Marcos y a mí si podíamos responderle unas preguntas. Le dijimos que sí. Las primeras fueron sencillas: qué habíamos hecho cuando supimos de la ballena, cómo habíamos pasado aquellos primeros días, si podíamos contarle de la forma del cuerpo antes de que la descomposición lo desmoronara, etcétera. Esa noche sentí que al responder algo se había sacudido en mi memoria, como quien abre cajas polvorientas y olvidadas para que un montón de

polillas se abra camino por el aire. ¿Cuánto tiempo había pasado? Al responder me sabía un adolescente, casi, y en los recuerdos era apenas un niño pequeño. O quizá eso sentía ante la aparición de la ballena, no sé; pero en esos recuerdos que emergían yo me veía en los primeros días jugando sobre el lomo todavía sólido, rodeado de la gente del pueblo, de fogatas en la playa y de música que venía de la costanera. Era una noche de luna llena, en realidad, y la ballena centelleaba bajo la luz metálica como si su piel todavía no desaparecida estuviera poblada de joyas.

No me atreví a comentarle ese recuerdo a Marcos, ni mucho menos a mis abuelos, porque seguramente se trataba del recuerdo de un sueño. En los días que siguieron, sin embargo, me pareció recordar otras noches como esa, y de alguna manera era fácil ordenarlas, siguiendo la pauta de la descomposición del cuerpo. Curiosamente, en las imágenes más viejas era visible la cabeza del animal, cosa que no aparecía en la mayoría de los recuerdos, ni en los míos ni en los de nadie. A la vez, si profundizaba en esas capas de memoria, volvía la sensación de que yo era más pequeño, que las distancias se dilataban y que todo era más terrible y más nuevo, del mismo modo que las habría visto de haber sido casi un bebé, un niño de dos o tres años. Pero no todos los recuerdos funcionaban de esa manera: había algunos, por ejemplo, en los que yo podía ver a Marcos y lo encontraba igual que siempre.

Entonces dejé de leer la enciclopedia. Marcos ya había concluido que nada más podríamos averiguar sobre la ballena y que nadie sabía más que nosotros, que todos los adultos a los que les hacíamos preguntas terminaban inventando las respuestas o aceptando mitos o leyendas sin fundamento alguno. Lo único que dimos por cierto,

entonces, fue la historia de los balleneros, con su ascenso y caída.

—Tenemos que escribir un libro sobre las ballenas — dijo Marcos, y le dije que sí, pero que para hacerlo íbamos a tener que escribir también la historia del mundo, de modo que la tarea nos llevaría toda la vida.

Se encogió de hombros.

—Tenés razón —le dije.

Los científicos terminaron por llevarse los huesos de la ballena y la playa pareció volver a su estado de siempre.

Durante esos días todo en Punta de Piedra nos pareció nuevo y reluciente, como si al llevarse el esqueleto de la ballena aquellos científicos de la capital nos hubiesen liberado (a nosotros y a las casas del pueblo, a las calles, a los árboles, a las plazas) del peso terrible que, sin saberlo o apenas sospechándolo, veníamos cargando desde hacía casi tres meses.

Y fue el mejor otoño de nuestras vidas.

Fue cuando aprendí a tocar la guitarra, cuando Marcos le dio su primer beso a Ivana, cuando mi abuelo desenterró aquella medalla de oro, cuando mis padres me mandaron un paquete lleno de regalos, entre ellos un avión para armar. Fue el otoño de los más largos paseos en bicicleta, de tantas sorpresas, de noches cálidas en las que el aire vibraba y centellaba y todos nos mirábamos las caras y no decíamos nada pero sonreíamos, como si de pronto hubiésemos descubierto qué quería decir ser felices. Bajábamos a la playa por las noches, antes de volver a casa, y prendíamos fogatas y bailábamos y nos peleábamos en

broma y mirábamos las luces remotas de los barcos más grandes, allá en el horizonte, junto a las tormentas.

Apenas recuerdo el invierno, la primavera y el verano siguientes, como si todo ese tiempo permaneciese invisible gracias al resplandor del otoño que lo precedió. Y, además, después las cosas cambiaron para peor. Mi abuelo enfermó, mis padres dejaron de escribirme, Marcos y su familia se fueron del pueblo. Y estos recuerdos, cuando los evoco, se parecen a hojas quebradizas que el viento lleva lejos y rompe y reduce y hace desaparecer.

Por ejemplo: un día mi abuelo me dijo –con las pocas fuerzas que le quedaban– que apenas se recuperara iríamos a la capital para ver a la ballena, al esqueleto de la ballena, que había sido reconstruido, según dijo saber, en el Museo de Historia Natural.

Mi abuela guardó silencio. Yo traté de parecer entusiasmado, aunque sabía que aquello jamás sería posible, incluso si en efecto estaba la ballena donde mi abuelo decía que estaba.

Y mi abuelo murió pocos meses después.

Yo me quedé en Punta de Piedra. Empecé a pescar, trabajé en todos los restaurantes de la costanera, fui artesano, vendedor ambulante, cuidador de los predios del liceo. Me casé con Agustina y tuve una hija, Margarita, y un hijo, Rodrigo.

Un día viajamos los cuatro a la capital.

Nos había invitado un primo de Agustina, que pasó una semana entera paseándonos por las avenidas monumentales, por los barrios señoriales del noreste, por la Rambla, por la vieja fortaleza, por el Jardín Botánico y, también, por los museos.

El último fue el Museo de Historia Natural.

Ese día le conté a mis hijos que, más de veinte años atrás, una ballena había encallado en la playa de Punta de Piedra, y que sus huesos habían sido transportados a la capital. Y ya en el museo, casi terminado el recorrido, uno de los guías nos llevó a la sala siete, la sala de la ballena.

Allí, suspendido del techo altísimo, estaba el esqueleto de lo que parecía una serpiente. No era tan largo como lo había esperado o como creía recordarlo, y las grandes aletas estaban colocadas por encima de las vértebras, como si fuesen alas. Había también un cráneo, el cráneo de un reptil, de un dragón, con larguísimas hileras de dientes, un cráneo que, yo sabía, no podía ser real.

Una de las paredes de la sala lucía una imagen de lo que habría sido la ballena en el mar. «Reconstrucción tentativa», confesaba. Y era sobre todo una máquina, me pareció, un barco gigantesco, de vientre nacarado, con una cabeza llena de engranajes y poleas y ojos que dejaban ver un corazón en llamas. Recordé de inmediato la ballena-dragón de aquel libro de fantasía.

—No puede ser, la armaron mal —dije a mis hijos—; la armaron mal, en realidad la ballena...

Y me callé. Porque entendí que me preguntarían cómo era en realidad la ballena, cómo era su forma real, y yo sólo podría responderles que no sabía. Que nunca lo había sabido. Que sólo había visto sus huesos y un montón de sueños de su carne. (★)

**LA LUZ
SOBRE LOS
CERROS**

«La luz sobre los cerros» fue escrito en 2010 y publicado por primera vez en *Próxima* 12 (Buenos Aires, 2011), y después en *Fabricantes de sueños 2012-2013* (Madrid, 2015), *Revista Fantástica* 1 (Montevideo, 2016), *Tiempos Oscuros* 8 (2017) y *Herederos de dos culturas* (Madrid, 2022). En su traducción al francés («La lumière sur les collines») integró *Nadie recuerda Mlejnas/Personne ne se souvient de Mlejnas* (Les lettres de mon trapiche, 2019).

Empezamos a tomarnos en serio la bajante cuando un barco pesquero reportó haber encallado en el Banco de las Gaviotas, ahora convertido en una isla de unos doscientos metros cuadrados. Todo esto pasó de la noche a la mañana, lo cual nos pareció inverosímil al principio; las excursiones a la nueva isla, sin embargo –bajaron pescadores de los barrios del norte cargando chalupas e incluso un velero– despejaron todas las dudas. La arena estaba húmeda en algunas partes (recuerdo haberme hundido hasta la mitad de las pantorrillas) y las aves marinas daban cuenta de una buena cantidad de peces muertos, como si la emergencia de la nueva isla se hubiese producido en cuestión de segundos.

El primero en encontrar un fósil fue Rex. Lo habíamos visto escarbando en lo que parecía el centro de la isla y hacia el mediodía nos mostró una caracola del tamaño de un melón. Cuando la tuve en mis manos me maravilló su textura; si era movida bajo cierto ángulo de la luz solar se producía un bello juego de destellos que hacía pensar en un diamante pulverizado y mezclado con arena, cocido todo al sol unos cuantos millones de años para que tomara la forma de un amonites u otra criatura de los mares primitivos. Quise quedármela, pero supuse que si buscaba encontraría otras parecidas y que aquella, ante

todo, pertenecía a Rex. Al menos porque hasta que a él se le ocurrió escarbar a nadie se le había pasado por la cabeza la idea de que aquella isla pudiese ser algo más que una superficie.

Esa misma tarde ya se podía volver caminando. Era fácil pensar que para la noche la nueva isla se habría convertido en una península; dije que el agua parecía una metáfora de la extinción de una especie, como si fuera la última manada de pandas incapaces de reproducirse. Los rayos del crepúsculo generaban una sensación de vaho, de vapores amarronados que cubrían aquella nueva prolongación de la tierra, y todos asintieron como si mis palabras acabasen de enunciar una ley fundamental del nuevo universo.

Para el otro día (amaneció con un calor insólito para esa época del año) la línea de la costa había retrocedido casi un quilómetro, y la isla del día anterior era una especie de loma o cerro. Como no teníamos nada mejor que hacer se nos ocurrió buscar los viejos naufragios, aunque alguien dijo que el agua no había retrocedido tanto como para descubrir los más importantes. No hicimos caso, y tras una buena caminata dimos con los primeros restos. Era un velero relativamente moderno, bastante deteriorado y derrumbado sobre un costado, con el mástil partido en tres. Pensamos que los huesos de sus tripulantes quizá seguían allí, pero no encontramos nada aparte del instrumental herrumbrado y cubierto de moluscos. Fue un hallazgo poco interesante, porque al pensar en naufragios lo que teníamos en mente eran galeones o fragatas; por mi parte, me hubiese encantado la paradoja aparente de encontrar un avión, en lo posible un *Spitfire* o un *Hurricane*, reducido a la osamenta, al cristal de la carlinga y a la hélice. Buscamos un poco más en los alrededores –empezaba a aburrirnos

recorrer aquel desierto cóncavo de poca profundidad, que se hundía de a poco desde las alturas de la rambla y los primeros edificios de la ciudad– y regresamos.

Unos días después el mar había retrocedido tanto que se había perdido más allá del horizonte. El cerro de las gaviotas dominaba la bahía como una crisálida enorme. Esa idea – una criatura enterrada en proceso de metamorfosis– me gustó y se la comenté a Valeria mientras avanzábamos por la playa. Ella me besó y dijo que si nos poníamos a coger ahí mismo a nadie le parecería fuera de lugar. Pero no quise; tenía entendido, además, que todo el mundo estaba teniendo sexo en la playa, como si revivieran viejas orgías paganas, y la sensación de que no comprendía lo que estaba pasando (o por qué nos importaba tanto la bajante, a nosotros y a la ciudad entera), le aclaré a Valeria, iba a impedir que pudiera relajarme y disfrutar la situación. Pero eran excusas, nada más. Además de que mi mente estaba en otra parte, me resultaba desagradable imaginar el contacto con aquella arena recién expuesta, arcaica y antinatural, y la idea de la humedad de la concha de Valeria impregnada de esa gravilla calcárea me arrancaba de cualquier cachondeo posible. Seguimos caminando, entonces, a riesgo de que ella se ofendiera, no volviese al día siguiente y se rompiera ese grupito de cuatro que sentía tan unido a la bajante y a esos días, que de pronto habían ganado cierta cualidad de época o fase de nuestras vidas.

Lo encontramos a las cinco de la mañana. No fue muy lejos del cerro de las gaviotas, porque era imposible caminar en línea recta por aquellos territorios. Al principio lo confundimos con otro pecio, y por eso nos entusias mó

explorarlo, ya que se adivinaba múltiple en mástiles y estructuras parecidas a las costillas de madera de los barcos antiguos. Pero al acercarnos más –la fosforescencia de la arena y de los bancos de algas se unía a la luz de las estrellas para crear un resplandor difuso– pudimos ver que se trataba del esqueleto de una ballena o algún mamífero marino gigante. Me adelanté corriendo, invadido de repente por una avalancha de alegría, y toqué aquellos huesos o tirantes para encontrar el tacto de la piedra y un frío que parecía haber encapsulado demasiados inviernos. Algo me dijo que sí eran huesos, que aquella criatura había vivido en tiempos remotos y visto un mundo del que no sabíamos o podíamos saber absolutamente nada.

Tuvimos que esperar a la salida del sol para armarnos una imagen más adecuada del fósil. En la oscuridad caminamos entre los huesos, que parecían un costillar enorme clavado en la arena a modo de bóveda, con el equivalente del esternón apuntando a las estrellas, y entramos y salimos de aquel recinto como si nos hubiese sido posible saltar del hipotético mundo de aquella criatura al nuestro, que en rigor y gracias a la bajante tampoco era del todo el nuestro. Aquel lugar, después de todo, pertenecía –había pertenecido, es decir– a las aguas y no a la tierra, y desde él podía verse la ciudad desde una perspectiva hasta entonces imposible y, por lo tanto, irreal: la ciudad elevada, como una reliquia de cristal opaco en hombros de un talud de lodo firme.

No recuerdo cuánto tiempo aguardamos la luz, pero los primeros resplandores nos paralizaron. Aquella cosa no podía ser una ballena, o quizá –si lo había sido– el proceso de deterioro había alterado sus formas originales de un modo terrible. De hecho, ninguna criatura conocida

podía haber tenido esa estructura, o al menos eso creímos apenas la luz permitió una visión más completa. Y después volvimos a dudar. Rex creyó haber encontrado indicios de aletas y, excavando un poco, lo ayudé a desenterrar lo que podía ser parte del cráneo. Pasamos horas contemplando aquellos restos desde todas las perspectivas practicables; tirados en la arena, desde adentro de la osamenta, desde lejos, de frente, de costado, y por momentos nos parecía que la forma cambiaba, que a veces surgía, por ejemplo, un automóvil o un barco mientras que desde otro ángulo aparecía una catedral o una esfinge.

Entrada la mañana ya no estábamos solos. Los curiosos se apelotonaban alrededor de los huesos y se formaban en un óvalo amplio que dejaba una buena distancia entre la punta de sus pies y el fósil, como guiados por una suerte de respeto intrascendente. Nosotros nos fuimos, aunque Valeria quiso quedarse un rato más. Como había pasado los días anteriores, no nos gustaba la vulgaridad de compartir ese hallazgo con tantos seres humanos, así que regresamos a la rambla, o más cerca de la rambla, para tratar de desenterrar otros fósiles. Tampoco éramos los únicos que lo hacían, pero cabía pensar que cada buscador encontraría algo singular, de modo que esa individualidad o individualismo a ultranza que nos había despertado la bajante se veía satisfecho si yo encontraba un viejo set de Playmobil y Jon un Walkman Sony de la década del ochenta, o, también, un viejo jarrón idéntico a los que coleccionaba mi tío abuelo.

Esa tarde la playa recibió todavía más visitantes. Aparecieron comitivas de la universidad determinadas a desentrañar a qué criatura, viviente o extinta, pertenecían aquellos restos. A eso de las ocho, ya en la casa de Rex,

vimos en un noticiero de T.V. a un científico que decía que la cosa no era una ballena y que estaban tratando de extraer muestras que permitiesen un análisis genético, lo cual, admitía, era bastante difícil dada la antigüedad de los restos. Nos miramos y no dijimos nada; esa noche bajamos a la rambla pero la encontramos casi tan llena de gente como al mediodía o en la tarde, así que optamos por quedarnos en una plaza cercana desde la que podía verse la gran extensión de arena y las lucecitas de la gente caminando, como en un festival gratuito al comienzo de una década ucrónica. En otros lugares, dije, otras personas encuentran algo así. Todos me quedaron mirando. Era simplemente algo que había aparecido en mi mente, una idea que se iluminó de pronto, que llevaba quizá años esperando esa activación. Otras personas encuentran algo así, repetí, pero en mundos distintos. Para algunos es en una playa y para otros en un bosque o en un videojuego o en una cantera. Lo que encuentran es viejo y vino de quién sabe dónde.

Entonces, añadí, todo cambia.

Después otro canal de televisión puso en el aire un especial de dos horas sobre la criatura. Iban a construir una máquina para desenterrarla, explicaron, y después pudimos ver reconstrucciones 3D de los restos, sobre los cuales un científico con acento extranjero explicó una serie de pautas morfológicas completamente diferentes a cualquier forma de vida posterior a la Explosión del Cámbrico. Es posible, dijo, que estemos ante una criatura surgida de una evolución paralela a la que podríamos entender como el tronco principal del árbol de la vida en nuestro planeta, una línea evolutiva que permaneció oculta hasta hora y que desapareció hace miles de años, salvo que

criaturas como la que hemos encontrado en lo que fue el estuario permanezcan con vida en las profundidades del océano. Jon y Rex se entusiasmaron con la idea (el alien intraterrestre, inventó Rex), y Valeria me preguntó por qué me había sentido tan contento la noche en que encontramos el fósil.

Te lo vengo queriendo preguntar hace tiempo, y recién ahora me vengo a acordar, dijo, y me pareció detectar un matiz vengativo en la pregunta.

Le conté que a mí también me había asombrado aquella sensación de alegría y que, tratando de indagar sus causas, había dado con un recuerdo de infancia. Yo tendría siete u ocho años y mi abuelo había prometido llevarme a conocer el Museo Oceanográfico. Por aquel entonces yo estaba muy entusiasmado con las aventuras de Cousteau, y había logrado convencer a mis padres de que me compraran una colección de fascículos que incluían tanto las narraciones de sus viajes alrededor del mundo como una enciclopedia, *La enciclopedia del mar*. Recuerdo que entre los múltiples mapas que presentaba la obra había uno, muy detallado, del fondo oceánico. Creo que por aquel entonces ese tipo de mapas no eran tan frecuentes como ahora, cuando cualquier atlas liceal incorpora imágenes de buena resolución de los diversos niveles de profundidad del mar, con las cordilleras submarinas y las fosas o trincheras más profundas. En cualquier caso, aquel mapa me disparó la imaginación, como si estuviera contemplando un secreto que había sido mantenido oculto demasiado tiempo y finalmente arrojado a la luz.

Ahora bien, más allá del fondo oceánico mi curiosidad infantil se había enfocado en las diversas especies de ballenas y delfines, y un día, conversando al respecto, asombré a mi

abuelo con todo lo que había aprendido. Supongo que lo habré llevado a creer que a su nieto lo aguardaba un futuro brillante como zoólogo o biólogo marino, y ese mismo día me prometió la visita al Museo Oceanográfico. ¿Pero qué hay ahí?, le pregunté. Una ballena. Ahí está colgado el esqueleto de una ballena, yo lo vi hace años, Fefito, pero todavía tiene que estar.

A partir de ese momento «ir a ver a la ballena» se convirtió en un paseo que yo aguardaba cada domingo y jamás llegaba; años después, ya muerto mi abuelo, en una de tantas sesiones de recuerdos de infancia con mis padres, me detuve un buen rato a recordar aquella excursión postergada eternamente. Mis padres no lo recordaban, sin embargo, ni tampoco mi abuela. Insistí y traté de armarles cronologías: esto fue antes de tal cosa y después de tal otra, como si pudiera despertarles el recuerdo aludiendo a la compra semanal de aquellos fascículos de Cousteau, al resto de la obra ya en formato libro (que encontré años después en varias librerías y adquirí casi completa), a mis conocimientos infantiles sobre los cetáceos, a mi obsesión con el proyecto de convertirme en biólogo marino y vivir sobre un barco oceanográfico recorriendo los mares. Todo eso lo recordaban, pero la excursión de “ir a ver a la ballena”, no. La frustración de ver desvanecido el posible correlato externo a uno de mis recuerdos más preciados terminó por despertarme un aire de sospecha en relación a aquel diálogo con mi abuelo y a tantos domingos de impaciencia, como si no hubiese sucedido más que en mis sueños o quizás a otra persona, en un relato encontrado en un libro o contado por un amigo de infancia o adolescencia. El efecto de rechazo fue tan grande que jamás llegué a indagar por mi cuenta la existencia de aquella ballena,

de modo que nunca entré al Museo Oceanográfico, por miedo a descubrir que allí no había ningún esqueleto suspendido del techo. Porque quizá, en última instancia, todo había sido una mentira pintoresca de mi abuelo; el caso es que mi mente sufrió la proliferación de tantos elementos alrededor de ese núcleo que llegó el tiempo en que poco tuvo que ver la comprobación de la existencia de la ballena con mis dudas sobre el pasado, los recuerdos y el miedo ante la locura de realmente imaginar que un mundo alternativo había intersectado mi historia.

La bajante llevaba ya casi una semana, días de un sol durísimo, días sin lluvia, días de calor creciente. Desde la ventana de mi living podía verse la gran extensión dorada que había reemplazado al estuario y, un poco cubierta por algunos de los edificios más altos de la rambla, los perfiles angulosos, como enorme confusión de andamios y esqueletos metálicos, de la máquina («grúa», le decía la gente, pero para mí tenía que ser mucho más) casi terminada. Había sido decretado un feriado nacional, de modo que se esperaba que todo el mundo bajara a la playa para asistir a la puesta en marcha, al momento en que desenterrase el fósil aquella cosa robótica, como un extraño mecha no antropomórfico tomado de un anime más perverso. No quise llamar a Valeria, pero estaba seguro de que se las había arreglado para ubicarse en primera fila; Jon y Rex estaban por completo inubicables desde hace días, y un amigo suyo, que me encontré por casualidad, me contó algo de un viaje a no sé qué ciudad del interior, de la que mencionó no sé qué cosa sobre la vista desde un cerro.

Salí de casa a la una de la tarde. Sobre el antiguo estuario se levantaba una niebla tenue que parecía enroscarse alrededor de las facetas de la máquina. Un zumbido grave había ocupado la playa, y por todas partes distinguí los carteles de los apocalípticos que sostenían la llegada del fin del mundo junto a los de los mesiánicos que postulaban la parusía. Creo que todos seguimos sus debates en la televisión como si fueran las semanas de los juegos olímpicos o un mundial de fútbol: de pronto, pareció, habían aparecido ideas, relatos, sectas y religiones, todas ellas propuestas como un desenmascaramiento del fósil y del intento de arrancarlo de la playa.

Había además pantallas gigantes con gráficas y símbolos que fueron interrumpidos por una cuenta regresiva. El calor era finalmente insoportable. La bruma se había elevado y ahora cubría el cielo como una capa áspera de nubes. La playa olía al fantasma del mar desaparecido, o a algo todavía más antiguo, más concentrado. Por todas partes rebotaban destellos, resplandores de plomo o de zinc. La cuenta había bajado a dos cifras. Traté de acercarme a la máquina pero todos aquellos cuerpos encimados lo hicieron imposible. Me pareció ver a Valeria, y después a Jon y a Rex. Seguramente me equivocaba; segundos después creí ver a mi abuelo, cuando la máquina emitió un chirrido desolador coreado por cuatro sirenas. Creí que aquel pulso había estado convocando más cosas a este mundo y que el chirrido vino a paralizarlas; ahora la cuenta había llegado a cero y los otros mecanismos empezaron a moverse. Todo el mundo contuvo la respiración mientras yo sentía que la ciudad entera temblaba y apretaba las manos en el asiento del dentista, mientras la muela empezaba a ceder. Y lo hacía con un crujido interno, un desmoronamiento

que hacía vibrar la arena seca bajo los pies y terminó de despejar la niebla, como si alguien o algo hubiese clavado los dedos en la trama de la realidad y estuviese haciendo fuerza para separarla y abrirla.

Entonces alguien gritó y todos miramos más allá de la máquina, al horizonte.

Una gota de lluvia golpeó mi frente. Una bocanada de aire fresco y, a lo lejos, una pared de agua que se acercaba a toda velocidad. Era exactamente igual a entender que se nos había dado un tiempo específico, limitado, y que ahora había llegado a su fin, mientras nosotros –que habíamos pasado el tiempo en tonterías, durmiendo la siesta o charlando sobre cualquier cosa– no hacíamos más que juntar todo para empezar, a toda prisa. Me alegré. Pensé en Jon y Rex, en los cerros remotos, donde nada de lo que estaba pasando tenía importancia, y en la luz que encendía sus cumbres. Me pareció que despertábamos todos después un largo sueño, y pensé que llevaba días, quizá semanas, sin sentir nada parecido a alegría, a tristeza, a ansiedad, a cualquier otra cosa que no fuera esa curiosidad enquistada que había traído la bajante.

Pero ahora respirábamos, como si de regreso a casa nos hubiésemos desanudado la bufanda que nos daba demasiado calor. Nadie atinó a correr, pero sentí un movimiento a mi izquierda. Abriéndose camino entre la gente (entre la gente paralizada que miraba el horizonte) Valeria me alargó una mano. La tomé. Cerré los ojos cuando la ola golpeó la máquina; Valeria me apretó la mano y sonreí. ☼

**ÁRBOLES
EN LA
NOCHE**

La serie «Árboles en la noche» reúne cuentos que comparten el mismo título y funcionan como variaciones de un tema básico, una suerte de modelo a escala o mapa del Proyecto Stahl dentro del mismo Proyecto Stahl. El incluido en este libro fue escrito en 2020 y publicado originalmente en 2021, en el *patreon* de Editorial Vestigio.

Ya en la cama del hotel sentí que el viaje a Punta de Piedra y esos 400 y pico de kilómetros que la separan de Montevideo se expandían en mi memoria como toda una temporada en movimiento, una etapa completa y animada de mi vida en la que yo abordaba autobuses, barcos, trenes y aviones para arribar, tras insistir otra vez por el camino más largo posible, a un destino incómodo. Y a la vez me era necesario reconocer que destino no era otra cosa que mi hogar, mi punto de partida y también de llegada, la revelación más luminosa del corazón de mi vida.

Porque yo había pasado todos los veranos de mi infancia allí, en Punta de Piedra, no muy lejos del hotel, el Gran Hotel, como decían mis abuelos; ese edificio inmenso y sereno que empezábamos a ver apenas dos o tres cuadras después de salir de casa rumbo a la playa bajo la forma de un cuerpo blanco, enorme y calcáreo, adornado por ornamentos comidos por el salitre del Atlántico, los fuertes vientos, las lluvias breves, frías y filosas del verano.

Había vuelto a Punta de Piedra para escribir sobre la inundación que la había destruido casi por completo. A fines de 2018, una serie de tormentas ocasionó el desborde de los Bañados, la aparición de nuevos cursos de agua y el colapso del canal Andreoni, que desagotaba

las tierras inundables hacia el océano. Fueron tres las tormentas principales, y dos de ellas alcanzaron el estatus de huracán tropical, aparentemente imposible en nuestras latitudes. Se habló del cambio climático y del clima extremo e impredecible, pero nadie pudo explicar por qué la catástrofe parecía de alguna manera contenida en los límites de esa zona de la costa oriental uruguaya; de hecho, las imágenes satelitales parecían mostrar una suerte de parásito enquistado, inmóvil sobre los pueblos de Punta de Piedra, La Coronilla y Punta del Diablo.

Las tormentas finalmente se disiparon y las aguas retrocedieron, pero el daño estaba hecho. La población permanente de Punta de Piedra (unas cinco mil personas) había sido evacuada a refugios levantados en Castillos, primero, y en la capital del departamento después.

El retorno fue penoso: grandes lagunas de agua verde cubrían manzanas enteras de la periferia mientras que el centro, ya emergido, se aparecía en ruinas. Apenas el Hotel y sus inmediaciones, en dirección a la plaza central, habían logrado capear la tempestad.

Yo debía escribir sobre la reconstrucción del pueblo en la que habían intervenido, además del estado uruguayo, dos empresas turísticas argentinas y una brasileña, que habían comprado tierras y acometido obras de drenaje no siempre exitosas. Las construcciones levantadas por el gobierno (en tiempo record, decían) alojaban a buena parte de los que habían perdido sus hogares, pero las condiciones eran precarias y, según repetían los periodistas montevidéanos, la violencia y la delincuencia empezaban a emerger en un pueblo tradicionalmente pacífico, cuyos jóvenes encontraban ahora en la construcción —en lugar de la pesca tradicional y el turismo— su fuente de ingresos.

Esperaba, por tanto, encontrar un paisaje de conflictos: las nuevas construcciones, las ruinas de la Punta de Piedra que yo había conocido de niño, la arquitectura que había sobrevivido, los trabajos en los complejos turísticos proyectados.

Y, ya intentando dormirme, pensaba en el viaje. En los pueblos entre Montevideo y Punta de Piedra, en las seis horas a bordo del autobús que parecían haberse expandido como lagunas alimentadas por las lluvias y abarcaban ahora ya no una tarde sino una época entera de mi vida, una época sin salida, los años entre la última vez que visité el pueblo en 1997, meses antes de la muerte de mi abuelo, y el de las inundaciones, o entre mis veranos en la playa y el nacimiento de mi hija, o desde mi primera mudanza fuera de la casa de mis padres hasta el divorcio. Seis horas que se habían expandido hasta abarcar veinticinco años y, finalmente, detenerse ante la llegada a Punta de Piedra con las últimas luces de un día nublado en el que sólo el horizonte (y un sol como un desborde de mercurio apenas amarillo) permanecía descubierto. Estaba agotado. Cené en el restaurante del hotel y subí a mi habitación.

Al día siguiente todo el pueblo fue una telaraña de líneas magnéticas por las que yo debía moverme. Había planeado empezar de inmediato mi trabajo: entrevistar lugareños y visitar las construcciones nuevas; cuando salí del hotel estaba nublado («ahora siempre está nublado» me habían dicho en el hotel) y hacía calor. Caminé en dirección al centro y desde allí al Pueblo Nuevo. No tardé en comprender que ya no iba a investigar las construcciones de la nueva zona turística ni a visitar los complejos habitacionales terminados meses atrás; en lugar de hacerlo retrocedí por los caminos del tiempo hacia donde mi abuelo había

levantado su casa, allá por 1950. Tenía que verlo con mis propios ojos: la zona era de las más afectadas, como el gran territorio de un desastre nuclear alambrado fuera de las incursiones del público y poblado por ruinas fantasmales entre las que un *stalker* local (e imaginé un grupo de niños que se ganaban unos pesos conduciendo a los forasteros curiosos en incursiones a las zonas más afectadas) pudiera guiarme con cuidado. No llegué a internarme, sin embargo, y, sin calles ni caminos ni los pinos altísimos que hubiese reconocido, sólo pude conjeturar a la distancia cuál de aquellas construcciones semiderrumbadas y rodeadas por el agua verde y fija era la casa en la que había pasado mis veranos. Era difícil aceptar que el desastre se remontara a apenas un año atrás: no tanto por la destrucción sino por los colores y las texturas, por los fantasmas verdosos pegados a las paredes sobrevivientes como murciélagos en la oscuridad de una casa abandonada, el olor a humedad y podredumbre en el aire también estancado, todas esas cualidades y texturas, en definitiva, que hablaban de años o décadas.

Creo que llegué a marearme, aunque no a sentir verdaderas náuseas. Nunca fui demasiado sensible a los olores más penetrantes, al menos no al punto de retroceder de manera refleja, pero había algo que rozaba lo sobrenatural en esa calma pesada, en la presencia física del olor como una cosa hinchada sobre el agua, y mi reacción inmediata fue de asco. Después me pareció reconocer una de las casas gracias a su tejado, en el que el rojo de mis recuerdos había dado paso a un marrón pálido invadido por hierbas; desde ella pretendí triangular el terreno de mis abuelos, que contaba además con una loma hacia el fondo, entre la casa y los solares que daban a la otra calle. Aguzando la mirada

creí distinguirla: una isla poblada por acacias jóvenes y colas-de-zorro, que estaba sin embargo demasiado lejos de las paredes y techos en derredor como para hacerse eco de mis recuerdos. Pero seguramente me equivocaba en juzgar las distancias, porque la sensación inmediata fue la de *no reconocer* nada. Pensé en conseguir una balsa o un bote, en volver con botas y el equipo necesario para vadear las aguas (que no podían ser más profundas que un metro o, como mucho, metro y medio), pero lo impráctico o difícil de semejante empresa me arrancó del estado de fascinación al que me habían arrojado la estimación de distancias y el ejercicio de la memoria visual. Lamentablemente, al salir de esa zona de mi mente lo único que me esperaba eran el asco, el olor espeso y la paradójica sensación de estar perdido en lo más hondo de una casa que lleva décadas cerrada y abandonada y en la que la humedad había hecho estragos en techos y paredes. No atiné a otra cosa que a irme de allí. Regresé al hotel y me duché, convencido de que el olor se me había impregnado a la ropa, al cabello y a la piel.

Ya movido por cierto sentido del deber aproveché la tarde para recorrer las manzanas ocupadas por los complejos habitacionales. Si bien su arquitectura entre retromodernista y brutalista ofrecía un contraste quizá hasta *bello* con la condición de virtual campo de refugiados del lugar, no fui capaz de dar con nada de interés allí, al menos en relación a mis expectativas. Me recordó ciertos barrios de clase trabajadora de Montevideo, pero desprovistos del aparato del narcotráfico a pequeña escala y su consiguiente lumpenización de los espacios urbanos. No eran los infiernos posindustriales que había imaginado, o que su propia arquitectura se esforzaba en

sugerir, ni una distopía ballardiana ni, menos aún, un paso adelante en la evolución de Punta de Piedra, como sugería la cartelera destinada a celebrar los «logros» del gobierno y su intervención en la catástrofe.

Al día siguiente visité las obras de uno de los complejos turísticos, el levantado con capital brasileño. No fue difícil abrirme camino entre empleados y supervisores hasta llegar a Miguel Ramírez, el CEO de AMRITA, una compañía turística *new age* que instalaba sus parques temáticos de espiritualidad en ciertas «zonas especiales» del mundo, según decían sus folletos. Ramírez me invitó a té verde y canapés apenas sazonados con sal —dijo— del Himalaya. Hablamos casi una hora en su oficina, antes de recorrer las obras, de su «visión» de Punta de Piedra como uno de esos lugares especialmente «energéticos» —ese conjunto global que incluye a Stonehenge, Uluru, Snowdonia y el lago Titicaca—, y hablamos de la historia de la zona, que el brasileño conocía sorprendentemente bien.

Sin embargo, entre todas las historias que contó mientras paseábamos por las obras y sus canales, proyectos de columnatas, puentes ornamentados, gazebos y filas de cabañas, una resonó en mi memoria con especial intensidad.

—Tu cara se iluminó cuando te empecé a hablar de esto —constató Ramírez—. Me alegro, quiere decir que hay una conexión espiritual entre la tierra y tu alma. Qué curioso que sea con un hecho tan remoto en el pasado,

aunque posiblemente guarde alguna relación con esta zona de poder y sus energías, ¿no será posible?

Se había referido al Pozo de los Olímpicos, una de las historias favoritas de mi abuelo. En noviembre de 1928, mientras el país festejaba aún el triunfo de su selección de fútbol en los juegos olímpicos de Amsterdam, corrió el rumor del éxito de las excavaciones petroleras en la costa oriental del país, específicamente en Rocha, apenas a dos kilómetros de Punta de Piedra, que entonces no era más que un caserío de pescadores. Al parecer, una serie de investigaciones preliminares habían permitido concluir que la zona era rica en petróleo, aunque las particularidades del terreno volvían difícil la perforación y la extracción. Nada más se supo hasta cuatro años más tarde, sin embargo, cuando la cuestión salió una vez más a la luz en lo que sería recordado como la «fiebre del petróleo» uruguaya. El resultado fue otra vez negativo: los pozos eran impracticables debido al desbalance entre el costo de los procedimientos y el petróleo que podía extraerse, tanto en términos de calidad como de cantidad. Mi abuelo, que había seguido la cuestión desde sus diez años, creería a lo largo de su vida que el gobierno de entonces se había encargado de enterrar ese petróleo aún más profundamente. Para estos enemigos del pueblo, decía, Uruguay no era, podía o debía ser otra cosa que un país de vacas. El petróleo habría despertado la industria, decía también, pero el imperio nos va a obligar siempre a vender nada más que carne y cuero, mientras nos hace comprar todo lo demás. Uruguay, para mi abuelo, había sepultado su futuro en el Pozo de los Olímpicos.

Quizá no fue una coincidencia que, cuando la vida le permitió comprarse un terreno y levantar una casa cercana

a la playa, mi abuelo eligiera Punta de Piedra. En más de una ocasión (como lo había hecho décadas atrás con mi madre y mi tío) me llevó a la zona del pozo: un terreno yermo, quemado (decía) por los esfuerzos. Nada crecía allí, y del pozo quedaban apenas unas estructuras que, de niño, yo veía como dinosaurios de metal apoyados en muros ya venidos abajo, grandes bloques de ladrillo rojo manchados con hormigón gris, cadenas enroscadas entre los restos de la construcción (nadie, al parecer, se había atrevido jamás a llevárselas) y las carcasas de máquinas viejas.

Era fácil ser franco ante Ramírez, así que le hablé de mi infancia y de los paseos al Pozo de los Olímpicos. No era lejos de casa, agregué; de hecho, cruzando el camino vecinal por el que pasaban los autobuses, había un terreno baldío en el que había sido comenzada tantos años atrás la construcción del edificio destinado a las oficinas de la empresa perforadora. Tras la cancelación del proyecto quedaron apenas las paredes, y algunos pedazos de planchada para lo que debía ser el primer piso; era, por así decirlo, la ruina más importante de Punta de Piedra: había atravesado el siglo como el fantasma del Uruguay próspero e industrial.

—¿Es la casa abandonada en la costanera B? ¿Y por qué no va a visitarla? Seguro que para usted es un lugar de poder.

Le hice caso. Al otro día retomé aquel camino que hacíamos todos los días para volver de la playa: pasando junto al Gran Hotel, atravesando la plaza central y girando a la izquierda por la avenida Artigas, para allí, en lo que los viejos llamaban «el pueblo nuevo», zigzaguear por las calles de tierra hasta llegar a casa. En el primer día de mi regreso a Punta de Piedra yo había recorrido esa zona,

pero cuando me acerqué a donde debía estar la casa de mis abuelos lo hice desde el lado opuesto del terreno, el que llevaba al Club Punta de Piedra y no al centro y al hotel. O al menos eso me expliqué a mí mismo: la verdad es que me había desorientado, como si de alguna manera el territorio (o mejor, mi memoria) hubiese rotado inexplicablemente, para ya no coincidir con la cuadrícula del mapa.

La casa abandonada seguía allí, igual a la que se aparecía en mis recuerdos, pero las aguas habían avanzado sobre su frente. Entonces, si la tenía a mi izquierda, el terreno de mis abuelos debía aparecer a mi derecha; y, en efecto, había otra zona inundada, aunque no di con rastro alguno de techo o paredes, ni tampoco de los árboles que habría sido capaz de reconocer. ¿Se había derrumbado todo? Era inverosímil que esa laguna nueva fuera tan profunda como para cubrir la casa por entero, ¿o me equivocaba? Tampoco parecía fácil aceptar la posibilidad de que la construcción *entera* se viniera abajo. El caso era que no había nada donde debía estar mi vieja casa; la otra, sin embargo, persistía.

Sabía que el terreno de la casa abandonada incluía una especie de fosa que bajaba desde el nivel del camino vecinal y se levantaba después para formar una colina pequeña, en cuya cima había sido empezada la construcción. De ese lado, por tanto, las aguas sí debían ser profundas, tanto como para que no fuera posible hacer pie. Dado que no sé nadar, una vez más no me atreví a recorrer la distancia entre el camino y la casa abandonada, pero pensé que valía la pena rodear la laguna y constatar qué pasaba del otro lado. Allí, si recordaba bien, había una hilera de casas muy parecidas cuyo fondo daba a la construcción en ruinas. Como estaban más o menos a la misma altura, si la casa abandonada no había quedado bajo las aguas, tampoco

debían estarlo estas otras. Caminé siguiendo el borde de la laguna y no me costó dar con las casas: casi idénticas, como las recordaba, y se mantenían en pie. De hecho, las tres parecían habitadas.

Estaba armando un discursito (“hola, soy un periodista de Montevideo que vino a escribir sobre la inundación”) con el que pedir permiso para atravesar esos terrenos cuando una figura en movimiento me sorprendió. Era un niño que corría entre la casa central y la que tenía a mi derecha. No lo vi por mucho tiempo; fue apenas un golpe de vista, pero pensé que había algo curioso en sus ropas, algo que no pertenecía al presente, como si lo hubiese visto vestido con los shorts de tela que usábamos entonces y las camisetas de colores claros, de cuello y bolsillo del lado izquierdo del pecho. Era como haber visto un fantasma, y la impresión quedó reforzada por la desaparición del niño, a quien ya no pude volver a ver desde donde estaba parado. Pero, pensé, el niño por supuesto debía ser real, y además, si él podía correr en dirección a la casa abandonada, el camino debía ser practicable o, en otras palabras, no estar inundado. Las casas se veían habitadas: no estaban dañadas o venidas a menos, sino que se delataba la presencia de sus dueños en el césped cortado, los canteros con flores, las ventanas abiertas y el aspecto en general cuidado y ordenado. Por otra parte, además del niño fantasmal no había visto a nadie. Si los lugareños no estaban en la playa o de paseo, debían estar bien guardados en sus habitaciones. Así que simplemente abrí el portón de la casa central y recorrí su jardín, enfilando hacia el intersticio entre ella y su vecina a la derecha, para pasar por donde me pareció haber visto al niño. Como en casi todas las construcciones de Punta de Piedra no había medianeras, ni límites marcados por otra

cosa que una hilera de árboles. Cuando rebasé las casas, el sol asomó tras una capa más fina de nubes, encendiendo de pronto las hojas verdes, casi transparentes, y levantando el perfume amargo de las acacias. Recordé la impresión que sentía al descubrir sus ramitas infestadas de pulgones, con aquellas hormigas que caminaban por encima de ellos y, según leí en una enciclopedia de mi tío Hilario, les hacían de pastoras. Sentí la sequedad de las piñas, la pinocha que asomaba entre los yuyos, la arena algo sucia y el olor a frito que venía de la cocina al poco tiempo de que mi abuelo volviera con su pesca de la mañana, casi siempre mojarritas que freía enteras y cubiertas de harina para comer como aperitivo. Me pareció ver, una vez más, las paredes blancas del lado de mi casa que daba a la de Marcos, mi mejor amigo de entonces, y lo vi a él, que venía a buscarme para jugar con su Commodore 64 o para salir a andar en bicicleta por el pueblo vestido con uno de esos shorts y una camiseta con cuello y bolsillo. Entendí de pronto que al niño que vi correr entre las casas, en dirección a las ruinas, lo había convertido, mediante quién sabe qué mecanismos de la percepción y la memoria, en una copia exacta de Marcos: vestido de la misma forma, igual de flaco y piernilargo, con el mismo color de cabello, castaño claro, casi rubio.

Allí me detuve. La casa abandonada era visible, pero en el resplandor repentino levantado por la luz del sol al atravesar esa delgada capa de nubes, todo parecía borroneado. Sentí una vibración o el crepitar de las cosas, un terror ansioso, el preludio de lo que creí reconocer como un ataque de pánico; me había vuelto proclive a diversos problemas de ansiedad desde mi divorcio, y tantas veces sentía aquella opresión en mi corazón acelerado, la contractura en hombros y cuello, y el alarmante dolor en

el brazo, así que me di vuelta y volví a la calle, y desde allí al hotel.

Marcos era raro. Yo me sabía su único amigo en Punta de Piedra y, por lo que él mismo me contaba, también en Montevideo. Pero no era un solitario, sin embargo, ni un niño demasiado tímido; por el contrario, tenía tal confianza en sí mismo que no ocultaba nada a nadie, fuesen nuestros vecinos adultos o los niños que encontrábamos en la playa, en los videojuegos del Club Punta de Piedra o simplemente cruzando la calle. Y quizá por esa razón se daba por sentada la rareza. A todo el mundo le contaba sus historias: todo lo que imaginaba, las “cosas que había visto” en sus “incursiones”, las teorías que formulaba para explicar asuntos como la naturaleza del tiempo o los indicios de presencias alien en nuestro planeta. Creía en todas las conspiraciones e inventaba una nueva todos los días; decía tener en realidad cuarenta años y haber retrocedido varias veces en el tiempo, a veces de la mano de extraterrestres que habían llegado a Punta de Piedra miles de años atrás y que eran “tan extraños” que “distorsionaban las dimensiones en las que vivimos”. Todo el tiempo dibujaba monstruos espantosos para después inventar las circunstancias por las que los había conocido, casi siempre en los alrededores del Pozo de los Olímpicos, aunque a veces hablaba de Montevideo, de la rambla de Buceo y de Punta Gorda, o del Cementerio Central y sus túneles que atravesaban la Ciudad Vieja y el Centro y se alargaban hacia el Prado, donde vivían parejas ancianas en casonas antiquísimas cuyos sótanos encerraban aliens agonizantes. Todos los adultos daban por sentado que

había algo malo en su cabeza: de otro modo no habría sido posible que dibujara cosas tan perturbadoras, imágenes a las que bastaba con prestar un mínimo de atención para encontrarles algo inquietante (y no siempre desde la idea de que su autor era un niño de nueve años) o, también, algo que se volvía más inquietante a medida que se seguía contemplando el papel. Casi todo el mundo terminaba por postular alguna alusión al sexo: penes, vulvas, cuerpos apareados en posiciones que sugerían contorsiones o incluso desmembramientos; algunos teníamos la certeza de que en los dibujos de Marcos aparecían nuestras pesadillas. ¿Cómo podía conocerlas?, nos preguntábamos. Quizá porque no eran realmente nuestras. A veces parecían preceder al trabajo de Marcos y en otras ocasiones era más simple creer que habían sido ocasionadas por él.

Es cierto que el propio Marcos fomentaba esas ideas. Las historias que acompañaban a los dibujos hablaban de criaturas que vivían en lo profundo de Punta de Piedra, debajo de todas las casas, y que emergían en nuestras pesadillas. Todos los niños lo evitaban en una primera instancia, pero todos volvían a buscarlo cuando los vencía otra vez la curiosidad; yo, sin embargo, era el único que jugaba siempre con él, día tras día, y no necesariamente porque éramos vecinos sino porque yo era el único que (y esto lo sacaba de quicio a veces) no le tenía miedo, ni a sus dibujos ni a sus historias.

Nunca supe qué fue de Marcos en los años que siguieron, pero llegaron rumores. Sus padres vendieron la casa de Punta de Piedra en 1991 y compraron un apartamento en Punta del Este; creo que ese año me invitaron a su cumpleaños, que era en septiembre, pero no estoy seguro de haber asistido: recuerdo una gripe un poco

fuerte y haber pasado algunos días en cama, nada más. No volvimos a hablar y el verano siguiente nadie preguntó por Marcos en Punta de Piedra. Ningún niño quería recordarlo y por eso ninguno pronunció su nombre.

Dado que el lugar del raro en Punta de Piedra no podía quedar vacío, yo pasé a ocuparlo. En realidad no tenía nada realmente importante con qué alimentar esa atribución, pero el contacto con Marcos, a los ojos de los demás, debió haberme impregnado o infectado, y pasé a ser quien le había creído siempre, quien lo había “acompañado” en todas sus incursiones, su cómplice, quizá algo todavía (decían) peor.

Fue solo un par de años más tarde, cuando la presencia de Marcos parecía haberse disipado del todo, que empezaron a circular historias nuevas. Muchas tenían que ver con cambios de liceo y problemas de adaptación, pero algunas iban más allá: Marcos, se decía, había sido internado en hospitales psiquiátricos, Marcos había llegado a resultar perturbador incluso para su propia familia, Marcos era capaz de enloquecer con sus dibujos. Había sido el responsable de episodios psicóticos violentos entre sus compañeros de liceo, que en más de una ocasión lo habían golpeado salvajemente, desfigurándolo incluso. Lo último que se sabía (y en esto coincidían todas las historias) era que había sido recluido por su propio bien y el de su familia.

Después los rumores desaparecieron. En muchas ocasiones pareció que bastaba con repetirlos para saberlos ridículos; en otros casos, las ideas (usualmente las más simples: que sus dibujos seguían siendo horripilantes, que Marcos vagaba por el Cementerio de Buceo todas las noches, que a veces se lo veía solo en la rambla de

Punta Gorda, hablando solo, escapado del manicomio) permanecían como esas moscas de la fruta que a veces invaden las cocinas y resultan tan difíciles de exterminar.

La noche de mi primera incursión a la casa abandonada soñé con Marcos. Estábamos ahora, en el presente, pero él seguía siendo el mismo niño de 9 años con quien había jugado todos los días, mientras que yo había envejecido: en lugar de los cuarenta y dos años que había cumplido ese 2020, en el sueño me sabía casi un anciano. Marcos me llevaba de la mano a través de la inundación y entrábamos a la casa. Le tengo miedo a los murciélagos, decía yo, pero él no escuchaba. De pronto me encontraba solo; mis articulaciones se resistían, mi cuerpo se negaba a moverse. Sin embargo, de alguna manera, avanzaba, o era más bien que la casa se movía hacia mí. Entonces, la certeza de que en cualquier momento estaría ante un murciélago —al que en el sueño imaginaba inmenso y aplanado contra una pared sucia— me hacía despertar.

Pasé la mañana siguiente haciendo entrevistas en el centro. Preguntaba lo más evidente: las tormentas, la inundación, el retorno a Punta de Piedra. Los pescadores me hablaron de los cambios en la pesca e incluso de la naturaleza de las aguas. Se referían a las algas y los moluscos que aparentemente habían “cambiado”, aunque muy poco fueron capaces de decirme acerca de la naturaleza de ese cambio, tanto que lamenté, como con verdadera indignación, la ausencia de

estudios científicos al respecto. También estaba la cuestión de los cardúmenes y su retirada a alta mar, aunque algunos pescadores reportaban que, al norte, ya en Brasil, se vivía un verdadero “boom” de la pesca.

Después de almorzar retomé las entrevistas. Me acerqué a una mujer de mi edad que trabajaba en un puesto de artesanías en la plaza central y le pregunté si tenía unos minutos para conversar. Me dijo que sí y se quedó mirándome, sorprendida, como si buscara algo en mis facciones.

—Vos sos Federico, pasabas el verano con tus abuelos en el Pueblo Nuevo.

Asentí, pero por más que me esforcé no logré reconocerla, y se lo dije. Sonrió.

—Debo haber envejecido más, entonces. El aire de mar.

Resultó que Lucía, como dijo llamarse, me recordaba bien. Yo podía evocar tres o cuatro niñas que jugaban con nosotros y se aparecían en esa suerte de ámbito de masculinidad preadolescente que era el rincón de los videojuegos en el Club Punta de Piedra, y a otras tantas que veía en la playa y que, un par de años más tarde, se convirtieron en mis primeros intereses eróticos, pero no podía recordar ninguna llamada Lucía ni encontraba eco en mi memoria de todas las historias que me contó, en las que yo hacía cosas que me resultaron ajenas; tanto es así que la supuse confundida de niño, por más que recordara bien mi nombre y algunas circunstancias más, como por ejemplo que mis padres venían de visita en Carnaval, que a mi abuelo le gustaba ir de paseo a la Laguna Negra y que a veces visitábamos a una familia amiga en Aguas Dulces, pero todo eso, sin duda verdadero, podía simplemente aludir a que su confusión pasaba por haber ensamblado en

su memoria a un Federico en quien se reunían más niños: uno de ellos el verdadero yo, los otros quién sabe quiénes. De hecho, todo lo demás que recordaba —con la excepción curiosa de algunos términos— me expulsaba por completo, al menos en relación a mis propios recuerdos: contó que Marcos y yo llevábamos a otros niños de “incursión” a la casa abandonada, que servíamos de “guías” de sus “misterios” y que a partir de algún momento mi abuela empezó a prohibirme salir y Marcos había empezado a encabezar él solo aquellas incursiones, volviéndolas más tenebrosas aún. Era como si hubiese pretendido construir en aquella ruina su suerte de Tren Fantasma o Casa de los Horrores, o convertirse en una curiosa variación del Flautista de Hamelin. Algunos niños, añadió Lucía, volvían tan aterrados que sus padres se quejaban con los de Marcos y también con mis abuelos.

A veces, agregó, había incursiones nocturnas en las que Marcos se comportaba de manera aún más extraña y atemorizante. Lucía contaba esas historias con una densidad de detalles que resultaba llamativa: habían pasado treinta años y recordaba esos juegos de niños a la perfección, como si se hubiesen aferrado a su vida.

—Después soñábamos con lo que habíamos visto entre los árboles, las cosas que aparecían en los dibujos de Marcos. Eran como un álbum de fotos, esos dibujos —dijo, y me mostró las palmas de las manos, marcadas o quemadas en líneas transversales, como si en algún momento del pasado hubiese cargado con un objeto muy caliente.

Después se impacientó con mi incapacidad de recordar lo que ella evocaba tan vívidamente, y debió concluir que yo negaba todo a propósito. No nos despedimos cordialmente, sino con pocas palabras y una curiosa tensión de reproches

no dichos, algunos que se sentían como antiguos. Volví al hotel ya sin ganas de seguir adelante con las entrevistas; pasé un buen rato acostado, tratando de dormir la siesta, pero no logré conciliar el sueño. En vez de dormir me ocupé en explorar mi memoria, que se había visto sacudida por las historias de Lucía. De hecho, no pude evitar dar algo de crédito a todo aquello y, por tanto, pensé que esa claridad de recuerdos de la mujer no hacía sino evidenciar su contraparte en mí. Algo debía estar haciendo que yo no recordara esas incursiones o a todos esos niños cuyos padres se quejaban con los de Marcos y mis abuelos. Traté de precisar por qué me habría rezongado mi abuela entonces y sólo pude evocar algunas llegadas tarde, ya entrada la noche, después de salir en bicicleta con Marcos.

A la vez, sí recordaba a mis abuelos explicándome lo peligroso que era cruzar la ruta o andar solo por el centro cuando se llenaba de turistas. Las advertencias, por supuesto, tenían que ver con evitar que me alejase demasiado y confiase en extraños, pero en mi sensibilidad todo lo que había más allá de la ruta quedó asociados a lo desconocido (mientras que el centro fue siempre algo más sórdido) y, por esa razón, no fueron pocas las veces que intentamos explorarlos. Alguna ocasión debimos regresar mucho después de la hora acordada y por eso nos habrían rezongado pero, más allá de esta razón y algunas más mínimas, como romper un vaso o pasar mucho tiempo leyendo en lugar de andar al aire libre o bajar a la playa, no recuerdo haber tenido que comparecer ante mis abuelos por algo que se pudiera pensar como “grave”, por ejemplo la interpelación de los padres de otro niño ante esos sustos relacionados con la imaginación de Marcos. ¿Por qué alguien olvidaría secuencias enteras de acontecimientos

hacia el fin de su infancia? Sin duda debería haber una interpretación de corte psicológico, pero pensar en esos términos me pareció simplista y barato. Yo podía *recordar* esos años, después de todo, sólo que la vida así evocada no tenía mayor relación con lo dicho por Lucía; pero, sin embargo, no era capaz de descartar esas historias, de simplemente hacer lo que el sentido común sugeriría, desestimar el relato aberrante y quedarse con lo que se siente como real o certero.

Me pareció que no estaba llegando a ninguna parte y que, en casos así, lo mejor es desprenderse de la cuestión. Salí a caminar sin un destino específico y sin pensar en mis obligaciones, pero una vez más la telaraña de líneas magnéticas se encargó de que me encaminara hacia la casa abandonada. Debí pasar al menos dos horas recorriendo la zona porque, cuando llegué por fin a la calle del día anterior, el sol estaba cerca del horizonte y la luz, dorada y fría, se fragmentaba entre los esqueletos de los pinos. Me detuve antes de abrirme paso entre las casas y una vez más vi a aquel niño corriendo, tan parecido a Marcos. Debía vivir allí, pensé; se había detenido entre las casas y me pareció que miraba hacia donde estaba yo, aunque no parecía darse cuenta de mi presencia. Su ropa era similar a la del día anterior: no exactamente la misma, pero sí igualmente ochentera. Lo llamé: ¡che! ¡pibe!, pero no respondió. Seguía parado allí, junto a las acacias, mirando hacia donde estaba yo pero (me pareció) sin verme. Avancé hacia él, y bastó con que me acercara un par de metros para que saliera corriendo una vez más, sólo que esta vez no lo hizo hacia la casa abandonada sino hacia el fondo de la que tenía a su derecha, donde desapareció.

Me detuve, sorprendido, como si hubiese presenciado un hecho sobrenatural; cuando empecé a caminar nuevamente, y estaba ya cerca del espacio entre las dos casas, lo vi pasar otra vez, ahora acompañado por dos niñas. Los tres corrían hacia la casa abandonada y yo apuré el paso para verlos mejor. El agua había retrocedido lo suficiente como para que la vadearan sin dificultad, como si corrieran por la superficie. Noté que en las inmediaciones de la casa los esperaban otros niños que les gritaban palabras que llegaron a mis oídos distorsionadas por el viento; sentí la necesidad de acompañarlos. Corrí sin pensar en el agua (aunque no recuerdo haberme mojado los pies) y me detuve ante lo que debía ser la entrada trasera. Allí, las paredes y el techo seguían en pie, a diferencia de la entrada del frente, la que daba al terreno de mis abuelos. Se había espesado un olor a vegetación descompuesta y a arena mojada y sucia, pero aun así entré. Los niños ya no estaban, aunque me pareció escuchar sus pasos. Pero ¿a dónde habían ido? La casa, como la recordaba, no podía tener más de una habitación cuyo techo se mantuviese en pie; fuese como fuese, yo debía ver, o al menos presentir, el otro lado, el del frente; mi visión dio cuenta del espacio que se abría por encima de mi cabeza apenas pocos metros más adelante. No era una construcción realmente grande, no al menos como la recordaba. Si bien yo jamás la había recorrido desde el frente hasta el fondo, sí la había rodeado; a la distancia, esa depresión del terreno la hacía aparecer elevada en su loma, y yo sabía que no era más grande que la de mis abuelos. ¿Por qué, entonces, los pasos de los niños resonaban a la distancia, como si corrieran por un pasillo largo y cerrado?

Por supuesto, podía estar simplemente alucinando: alucinando los niños, alucinando sus pasos, alucinando la oscuridad profunda de la casa. Alguien en el hotel me había dicho que los reflejos del sol sobre las aguas de la inundación producían una suerte de ensoñación o incluso hipnosis, y que algunas personas (“especialmente impresionables”) habían reportado visiones. Ramírez, a la vez, me había hablado del uso de psicotrópicos, y que estos se veían “potenciados” por la luz de Punta de Piedra.

Avancé, entonces, hacia los pasos. El techo seguía allí, y aparecieron paredes y puertas. Por todas partes se notaba el deterioro esperable en una mansión abandonada y venida a menos, pero del derrumbe visible desde afuera no había rastro alguno. ¿Me habría equivocado de casa? Era, sin duda, la hipótesis más razonable; ¿no había sido yo realmente incapaz de precisar, después de todo, la localización del terreno de mis abuelos y, especialmente, de aquella casa en que pasé tanto tiempo de mi niñez? Cabía pensar que algo tan firme, tan estable en el fondo mineral de mi memoria, no podía permitir semejantes incertidumbres, pero lo cierto es que nada de lo que había visto me permitía estar seguro de encontrarme ante ese lugar preciso. Lo mismo, pensé, debía regir para aquella casa en ruinas y, por tanto, yo ahora estaba en *otra*, igualmente abandonada, pero al menos todavía en pie y más vasta.

Lo cierto es que ninguna de estas consideraciones que retomo o reelaboro ahora, a la distancia de tantos años, estuvieron realmente *presentes* en aquellos momentos; operaban a otro ritmo, desfasado de la realidad inmediata y de mis movimientos, como si fuera otro el que las pensara mientras yo me limitaba caminar, a adentrarme. No sé si seguí oyendo los pasos de los niños, ni tampoco qué me

había impulsado a entrar a la casa, pero pronto bajé por una escalinata hacia un sótano cavernoso, de techo alto y abovedado, iluminado por una suerte de fosforescencia que titilaba como un fantasma vasto y plano pegado a las paredes. Y otra vez con ese mismo olor que yo había sentido en tantas partes de Punta de Piedra y que ahora descubría allí más denso, más brillante, como si fuese el sótano su punto de irradiación.

Pronto ya no vi las paredes, aunque la luz que desprendían seguía evitando que me encontrara en una oscuridad completa. Me pareció descender todavía más, por un declive. Traté de iluminarme con mi celular, pero no lo encontré; sin embargo, la posibilidad de haberlo perdido no me alarmó, y seguí caminando confiado en que aquella fosforescencia podía ser suficiente.

Allí estaban los niños, congregados en torno a lo que parecía una puerta. Ahora sí parecían conscientes de que yo los acompañaba, y uno de ellos me hizo un gesto que interpreté como un pedido de ayuda. Yo, entendí, debía abrir la puerta; yo era *el que abría la puerta* (esa certeza se apareció como una incandescencia) y así lo hice. Bastó un empujón para que se deslizara hacia afuera, hacia un afuera que ahora me parece inconcebible en los límites de aquel espacio y en los de este ciclo de tiempo, pero que entonces se me apareció con total naturalidad: era un bosque, una suma de árboles y oscuridad, árboles cercanos los unos a los otros, en un agregado denso de troncos lisos y anchos, con copas altísimas que se enredaban en la noche. Los niños salieron corriendo una vez más, entre los árboles, y yo los seguí con un entusiasmo que no podía pertenecerme. Todo estaba iluminado por una versión más intensa de la fosforescencia del sótano, que alcanzaba

el brillo de una luna llena; había algo de celeste y de cenizas en los colores que reverberaban desde el suelo ligeramente ondulado y la corteza de los árboles.

Las ramas, si miraba hacia arriba, arañaban ese cielo del que parecía manar la luz; recordé (y ahora sí era yo en el recuerdo, en la consciencia del recuerdo, en la consciencia de estar recordándolo allí mismo) que de niño, cuando era amigo de Marcos, temía especialmente a los árboles en la noche; que, a veces, cuando volvíamos en el auto de mi abuelo del paseo a Aguas Dulces o quizá a Barra del Chuy y se nos había hecho la hora, yo me acurrucaba en el asiento trasero y miraba con temor el mar a mi izquierda, y miraba la luna atravesar el desierto arrasado de nubes cuyas capas se transparentaban como capas en un vendaje o mortaja, e imaginaba el sonido de las alas de las gaviotas y el de las hojas y las ramas de aquellos pinos y acacias en el viento. Entonces empecé a temer, y no dejé de hacerlo toda mi vida, antes y después, pero no con un temor específico, como si presintiera la inminencia de un accidente o de un depredador, sino simplemente como si el temor (el horror, el terror) estuviese allí en el aire y yo no pudiese sino atravesarlo, dejarme invadir por él y no ser, en definitiva, otra cosa que una agitación, una ola.

Corrí entre los árboles, siguiendo a los niños, y llegué a un claro. Había una construcción altísima, un obelisco que era una máquina, con cadenas, ruedas y engranajes inmóviles. Miré hacia arriba y descubrí que la construcción atravesaba esa fosforescencia que yo había tomado por el cielo y seguía hacia un arriba invisible. Recordé, de pronto, que había entrado a una casa en ruinas y que había bajado por escaleras larguísimas hacia un sótano espacioso y abovedado. Al final de ese sótano (que se extendía en

declive) había dado con la puerta que llevaba al bosque, de modo que, si había alguna lógica o razón en el espacio que había recorrido, yo debía estar *debajo de Punta de Piedra*, y que la torre u obelisco horadaba el suelo y emergía allá arriba, ahora sí hacia el cielo real, el de la lluvia y las tormentas.

Pero esa idea no quedó aferrada a mi consciencia, porque pronto me distrajo lo que hacían los niños al alcanzar la base de la estructura. Allí había una cavidad, como la de una estufa u horno, y algunos de los niños sacaban cosas, objetos grandes y pesados que, a primer vistazo, me parecieron pedazos de cuerpos y que brillaban como si estuviesen incrustados de cristales. No me atreví a imitarlos y arrancar algo de allí, sino que los seguí de vuelta por el bosque, hacia el sótano, mirando lo que llevaban en sus manos. Y si había parecido carne primero y cristal después, a lo largo del camino fueron troncos o incluso piedras, o animales marinos, caracoles en sus caparazones alargados, nautilus y amonitas.

Una vez de regreso en el sótano, los niños dejaron de correr y formaron una fila. Cada uno con la cosa que había traído del obelisco. Yo quedé por fuera de la hilera, junto a los que no habían tomado nada; los seguimos a lo largo del sótano hasta una puerta que no había visto al bajar las escaleras. Más que una puerta parecía un agujero en la pared; me recordó la ruina de la casa abandonada, con sus techos derrumbados y sus paredes caídas en pedazos. Los niños saltaban hacia el agujero y accedían a otro espacio, más amplio e iluminado por el resplandor del fuego. Una vez que pasaron todos, los que no teníamos nada en las manos los seguimos. Pero no eran llamas lo que brillaba, sino el movimiento incesante de lo que podía ser un

vórtice en la tormenta o una serpiente enroscada: en sus escamas brillaban cristales como los de los objetos que habían traído los niños, arrojados ahora a la espiral, como si fueran leña para alimentar una hoguera.

Me pareció que la cosa que giraba a pocos metros de mí se había agrandado después de que los niños arrojaran las cosas que llevaban, y me miré las palmas vacías: había pequeñas astillas, o chispas, que se retorcían entre las líneas como larvas de luz. Pensé en una forma infantil de esa serpiente que se perseguía a sí misma allí en el centro de la habitación y entendí entonces que yo había sido tocado o contaminado por esa criatura, a la que deseé ver de cerca, más en detalle, y que recordé de tantos dibujos e historias de Marcos. Como había sucedido con los troncos, los cuerpos, o los caparazones o las rocas que habían llevado los niños, también en la criatura reconocí cualidades que no parecían acoplarse en una cosa reconocible; había escamas, pero podían ser facetas en un cristal; había nervios o venas, pero podían ser también cables o circuitos. Y vi falos y vulvas, como en los dibujos de Marcos, pero también eran cavernas y monolitos, dedos y ojos, bocas y tentáculos: todo eso, en sucesión.

El movimiento creaba un sonido agudo (que era además un olor a aceite y una sensación pegajosa en las manos), y pensé en un arco de violín infinitamente largo, capaz de hacer vibrar las cuerdas sin detenerse jamás, pero era un sonido más complejo que el de un violín. Si trataba de concentrarme, su textura parecía abrirse y expandirse como la trama de una fotografía en un diario viejo, aunque revelaba una zona nueva de complejidad todavía mayor, un movimiento incesante hacia un concebible *adentro* que, me pareció, acompañaba la rotación de la criatura sobre

sí misma. Pensé, entonces, que no había tal movimiento, que todo lo que yo percibía era una ilusión convocada por mi mente, incapaz de percibir al mismo tiempo todas las características de la criatura, de modo que debía resolverlas en sucesión, no en simultaneidad, como si una silla fuese primero la textura de la madera pulida y luego la complejidad de su color y sus vetas, y solo después el olor del barniz, para comenzar otra vez con la textura, sólo que contaminada por la percepción de las vetas y el olor.

Las sensaciones terminaron por saturarme y cerré los ojos. Fuera de la habitación encontré a los niños descansando en el sótano. Algunos se levantaron al verme y señalaron la escalera; hablaban en una lengua que no comprendí o con palabras que mis oídos no fueron capaces de resolver, pero entendí que me pedían que me fuera y me apresté para subir. Cuando dos se me adelantaron creí reconocer a uno de ellos.

—Ahí no está la salida —dijo—, por donde estás yendo sólo se vuelve, y por el camino más largo posible —y sentí que tenía razón, pero, también, que era demasiado tarde.

Ya en la escalera no pude verle bien la cara, pero su cuerpo me resultó familiar. Sólo cuando llegué a la casa lo reconocí. Éramos dos, casi iguales, nos iluminaba la luna llena desde los boquetes en el techo, y entendí quién era y también que salíamos de la casa abandonada, que me había internado allí como en mi sueño y que ahora dejábamos atrás la visión de las alas adheridas, el fantasma, la criatura o lo que fuese que habíamos encontrado. Otros niños subieron por la escalera y corrieron hacia el fondo de la casa mientras Marcos y yo nos lanzábamos hacia el frente. Me miró sin dejar de correr y, una vez más, vi su sonrisa, sus ojos inteligentes, la fijeza de su mirada. No

me pareció joven, no era un niño, ni lo era yo en realidad; supe, como tantas otras veces, que iba a encerrarse en su cuarto a dibujar. Cuando nos separamos, y él se internó entre las plantas del jardín de su casa, yo enfilé para la puerta trasera de la mía, porque a esa hora la del frente estaría cerrada. Sabía que allí iba a esperarme mi abuela, en la cocina, parada tras el mosquitero verde de la puerta y bajo la luz horrible del fluorescente, y que una vez más me preguntaría dónde había estado y si esas eran horas de volver.

—Lavate las manos, que cenamos en quince minutos.

No le contesté ni le hice caso. Me encogí de hombros, desafiante, y me acosté en mi cama, pensando que la próxima vez me animaría, que yo también cargaría un pedazo de la criatura entre el pozo y la casa. Y que quizá en esa oportunidad sí sabría encontrar la salida. (★)

**SOBRE LA
ARENA,
BAJO LA
PIEL**

«Sobre la arena, bajo la piel» fue escrito en 2019 y publicado por primera vez en *Ruido Blanco 7* ese mismo año. Apareció después en *Los sintéticos* (2019), *Cósmica calavera 3* (2020), *Latinoamericaeditada* (Santiago de Chile, 2022) , *Exocerebros 4* (2022) y *Lo mejor de ruido blanco 2013-2022* (Mig21 Editora, Montevideo, 2022).

Se dijo después que había sido encontrada por los primeros pescadores que bajaron ese día a la playa, pero cuando la gente del pueblo corrió a ver lo que había traído la marea nadie declaró haber sido quien la descubrió, como si el cuerpo gigantesco de mujer llevase sobre la arena días enteros y solo de pronto la población de Punta de Piedra hubiese reparado en que estaba allí.

Salvo por la cabeza ausente, en aquellos primeros momentos la mujer estaba casi intacta. Aunque el metal y el plástico asomaban aquí y allá donde había cedido la piel sintética, el cuerpo lograba de todas formas imponer su belleza a la luz de la mañana, y por eso era fácil imaginarla en funcionamiento, con el cabello color cobre sobre los hombros y las ranuras rubí de los ojos rompiendo la niebla sobre los cerros.

Esos días habían sido de bajante, y la noche anterior el aire pesaba con la inminencia de una tormenta. También es cierto que los turistas de paso permanecieron más tiempo en el pueblo y los bares cerraron más tarde, que las estrellas se dejaron ver pasadas las tres de la mañana y a la vez todo

parecía diferente, más vibrante, como si alguien le hubiese subido el nivel de contraste a la concebible simulación del mundo y por eso se hubiese vuelto posible percibir las cosas con los sentidos renovados. Y quién sabe quién soñó, y qué, pues ninguna de las historias del día de la mujer varada hablan de los sueños y esos relatos solo aparecen más adelante, cuando el cuerpo empezó a decaer y las grandes estructuras de metal se desplegaron hacia el cielo, más allá de toda forma humana.

Nadie sabe cuánto medía. Hay quien habló de veinte metros desde los pies hasta las clavículas; algunos dijeron cuarenta y no pocos doce, o quince.

Hacia el mediodía un grupo de niños (porque era sábado) jugaba a las escondidas sobre el tórax inmenso. Después agotaron los juegos conocidos e inventaron otros, que también aprovechaban los escondites posibles, porque era fácil aprovechar las geometrías de la nuca, las axilas o el pubis, o incluso las grandes tetas, erguidas y rígidas en su simulacro. Esa fue, sin embargo, la parte que menos resistió: una noche se llevaron la piel y los pezones, dejando el armazón de metal a la vista, y quizá esa fue la causa por la que la visión de la gigante empezó a inquietar. Si durante el primer día Punta de Piedra había parecido de fiesta en torno al cuerpo, a lo largo de los siguientes se volvió más común encontrar excusas para no bajar. Entonces, solo por las tardes se reunía parte del pueblo ante el mar: en esas asambleas improvisadas, en las que no faltaba el fuego y los gritos, la circuitería intrincada de las tetas centelleaba con la luz de las llamas y pocos lograban fijar la vista en ellas por más de unos instantes. Incluso la herida enorme en lugar del cuello, con su caverna de acero y cables, parecía más tolerable.

Con la piel hicieron banderas, toldos, alfombras y cortinas, que cambiaron la cara del pueblo. Pero poco a poco la gente empezó a avergonzarse de aquellas superficies color caramelo: la textura satinada de los primeros días se había perdido hacía tiempo y era difícil mantener a raya los insectos y las larvas. Cualquier lugar húmedo donde se dejase mal doblado un pedazo de piel sintética terminaba por convertirse en una infestación de hongos, bichos y, sobre todo, una curiosa maraña que parecía tan vegetal como hecha de plástico. Solo el sol mantenía a salvo algunos pedazos de la piel: los secaba hasta que parecían lino o pergamino y, curiosamente, servían para ahuyentar las moscas.

Los sueños empezaron con la maraña y los bichos. Los niños se contaban las visiones de la noche anterior en los recreos de la escuela y constataban, entusiasmados, que había lugares en común, una suerte de mapa onírico de Punta de Piedra, apenas diferente al pueblo real. Los adultos sufrieron pesadillas y ataques de sonambulismo, y empezó a volverse tabú hablar de los sueños. Solo a los niños más pequeños se les toleraban los relatos, pero todos se estremecían al encontrar imágenes en común, figuras que se repetían como si el pueblo completo fuese de alguna manera un durmiente único que se adentra en sueños a cada noche más nítidos y detallados. Siempre estaban los insectos, pero ya no eran exactamente criaturas vivientes sino tornillos, arandelas y engranajes articulados en maquinarias inmensas, grandes embarcaciones a vapor que además podían volar y recorrer la tierra, o fábricas

de cuerpos humanos que avanzaban por una cinta transportadora hasta el lugar preciso donde se les acoplaba una cabeza.

Fue un alivio sentir que esa acreción nocturna empezaba a mermar. Se pudo hablar en confianza de estos temas cuando ya importaban poco: las imágenes se desdibujaron en recuerdos remotos o deseos triviales y pronto se volvió infrecuente dar con alguien capaz de recordar los sueños de los meses anteriores, que habían llegado a tocarse en un relato único y muy vasto (algunos, sin embargo, llegaron a escribirlo, y es en gran medida por esa razón que hoy lo sabemos), paralelo al deterioro creciente del cuerpo en la playa.

No faltó quien dijera que aquella no era la primera vez que pasaba: ahí mismo, en Punta de Piedra, habían quedado varadas ballenas, calamares gigantes, pulpos monstruosos, delfines, toninas, marsopas e incluso un narval, cuyo esqueleto fue reconstruido con alambres y suspendido del techo del museo de historia. A los pocos años desapareció, sin embargo, aunque el cuerno adornaría la fachada de la iglesia matriz hasta el incendio y derrumbe que solo los más viejos recordaban.

En cuanto a las gigantes, dijeron, se sabía que habían recorrido la tierra miles de años atrás: pelearon en las guerras contra las ballenas, las subyugaron, las redujeron a la barbarie, reinaron durante siglos y, finalmente, desaparecieron. Federico, uno de los niños del pueblo, encontró en un sótano una enciclopedia que contaba la historia de los arqueólogos y aventureros que habían dado con sus restos: estos, confundidos con el paisaje, solían tomar

la forma de grandes cavernas ocupadas por marañas de metal en las que apenas era posible reconocer lo que alguna vez fue un armazón de huesos. En otros casos se trataba de valles escondidos o lechos de ríos secos donde abundaban, como fósiles, los restos de circuitos capaces de replicarse, y en las regiones más remotas se hablaba de brazos completos con las manos abiertas y los dedos extendidos, levantados por los moradores de aquellos parajes a modo de advertencia.

Los niños no tardaron en abrirse camino hacia el interior del cuerpo. Posiblemente desmontaron primero la articulación del cuello y el gran canal de circuitos que en algún momento había conectado la cabeza, aunque también es posible que prefirieran otras vías de entrada. Pronto, de cualquier forma, habían vaciado buena parte del interior y excavado cuartos y salones, llevándose cables y placas al pueblo, donde los artesanos los convertirían en adornos y bisutería. Al principio pasaban las tardes jugando allí, después de la escuela, y era común encontrarse con padres y madres que se paraban al borde de la costanera y les gritaban que volvieran, que se hacía tarde, que salieran de allí porque había que ir a bañarse, comer y hacer los deberes. Se habló de una suerte de magia o espíritu presente en aquellos restos de circuitos, capaz de atraer a los niños como los flautistas de los cuentos o las criaturas que, de vez en cuando, aparecen en las afueras de los pueblos, al borde de los bosques, esas que, se dice, consumen la razón de aquellos que se atreven a tocarlas. Algunos días la escuela quedó vacía: solo un puñado de niños confundidos permanecían en sus pupitres, y no eran, se dijo, los más brillantes.

Cuando los padres prohibieron la bajada a la playa algunos de los niños se organizaron en una república o una resistencia, y pasaron noches enteras en el cuerpo ahuecado, alumbrados por linternas y por velas. Durante una noche especialmente fría intentaron prender una fogata, que dio cuenta, descontrolada, de buena parte de la piel del abdomen. Eso logró ahuyentarlos. A la mañana siguiente los padres tramaron un cerco y un sistema de vigilancia; duró poco, sin embargo, en gran medida porque muchos jóvenes y adultos bajaban a la playa después del atardecer para esconderse entre los pliegues del cuerpo y hacer el amor con sus parejas o masturbarse. Nadie quería ser testigo de este tipo de cosas, aunque todo el pueblo siguió con interés los relatos de orgías y desenfrenos.

Si bien las medidas de exclusión no se sostuvieron por mucho tiempo, con el tiempo los niños perdieron interés. Muchos de ellos temían a los trabajadores de otros pueblos (los que pasaban por vendimias o cosechas o esquilas y recorrían la región de zafra en zafra, en una vida nómada que los hacía buscar siempre refugios baratos en cavernas o en roqueríos donde pudieran montar campamentos protegidos del viento), que se las habían arreglado para reclamar el interior del cuerpo. Generalmente borrachos, ahuyentaban a los niños que pretendían ocupar su lugar entre cables y pedazos de metal. El pueblo, sin embargo, no los veía con malos ojos: gastaban su dinero en las provisiones y compraban su comida a los pescadores locales. Cuando algunos empezaron a verse incapaces de hablar con claridad (o incluso, a todas luces, a enloquecer), pareció que esos extranjeros habían sido convocados espontáneamente a modo de escudo, para que a nadie de Punta de Piedra debiera enfrentar semejante calamidad.

Una mañana llegó una comitiva de hombres y mujeres vestidos de verde, que portaban máquinas e instrumentos. Dijeron que iban a estudiar las piezas remanentes del cuerpo, a estimar su edad y sacar a la luz la memoria contenida en los circuitos. Como a todos los extranjeros, se los dejó hacer. Unos niños les preguntaron qué estaban buscando, y respondieron que querían asegurarse de que esos restos correspondieran a los de una cabeza encontrada meses atrás en otro pueblo de la costa. Esa noche se los vio entrar al cuerpo. A la mañana siguiente no quedaba rastro de ellos, pero hay quien cuenta que antes del alba abandonaron Punta de Piedra a toda velocidad, en grandes camiones cargados de órganos internos de la gigante.

De todas las fotografías que fueron tomadas en aquellos días del cuerpo, la más célebre (y que, curiosamente, llegó a adornar oficinas administrativas y alguna que otra escuela de la zona) era la de los coxales, el sacro y las articulaciones femorales de la mujer, dispuestas nunca se supo por quién a la manera de un portal cubierto por una barba de cables y los últimos restos de piel sintética. Los niños bajaban a la playa cuando todavía había sol e improvisaban sus partidos de fútbol marcando los tantos con aquella estructura a modo de arco; otros se divertían atravesando de un salto los labios mayores y menores de la vulva, que permanecía tensa en su armazón de metal (y todavía más grande) como una vela de pliegues pesados, la vasta entrada de una carpa de circo o, también, una tosca forma de tortura. Es posible, incluso, que durante temporadas enteras aquella estructura fuera transportada al recodo de la carretera que entraba al pueblo: Punta de Piedra comenzó su transformación final,

dicen, con aquella vulva inmensa implantada a modo de portal.

Mucho después (y también es fácil encontrar en las ferias de los domingos las fotografías que los preservaron) los húmeros fueron dispuestos en cruz a las puertas del basurero de San Luis, a unos ochenta kilómetros de Punta de Piedra. El rastro de todas las piezas del cuerpo se perdió, pero no faltó en los años siguientes quien reportase haber dado con las rótulas, un fragmento de fémur o incluso el esternón, casi siempre adheridos a costados de edificios e integrados a tantas construcciones del mismo modo que, en otras épocas, podían verse barbas de ballenas en los techos de las iglesias, trilobites embaldosando las calles y grandes amonites en las fachadas de las casas.

No hay manera de saber cuánto duró el cuerpo más o menos entero ante el mar. Fueron muchas las veces en que las olas llegaron a tocarlo, clavado como parecía a la arena o la roca, y en sus junturas y articulaciones se multiplicaron las algas y las colonias de moluscos. Para entonces poco le importaba al pueblo la presencia de la gigante de metal, que había sido asimilada al paisaje de la costa como si se hubiese visto reducida en presencia y memoria a un viejo naufragio. Sin embargo, no faltaba quien entraba a lo que quedaba de aquellas salas y habitaciones excavadas entre los circuitos para arrancar alguna pieza de metal o cristal y convertirla en ornamento o amuleto. Algunos llegaron incluso a olvidar el origen de aquellos adornos, que los turistas compraban como recuerdos o artilugios pintorescos imbuidos de cierta magia débil y antigua. No

tardaron en aparecer peregrinos, y después comerciantes que organizaban excursiones de devoción. Se hablaba del pueblo tocado por la última de las gigantes, se contaban historias de la mujer de metal que había salido de las aguas todavía en pie para derrumbarse en la arena de la playa (historias que no eran desmentidas, porque nadie estaba del todo seguro de recordar la aparición del cuerpo); entonces, como si hubiesen permanecido todo el tiempo ocultas en baúles o en armarios, las partes más bellas e intrincadas salieron a la luz, para cubrir fachadas, para articularse en altares y grandes esculturas. Toda Punta de Piedra se transformó: las viejas casas de pescadores, los pocos edificios de más de dos pisos de altura, la Matriz y la alcaldía, todo quedó irreconocible. Incluso la plaza mayor fue cubierta de figuras armadas con circuitos, y nadie entendía cómo era posible que hubiera tantos. No faltó quien aventurara la hipótesis más simple, la de la replicación de las propias partes, movidas todavía por las pautas de su funcionamiento. Se conocían casos similares, después de todo, y por eso no era nada extravagante pensar que un pueblo completo pudiera haber sido cubierto por circuitería en relativamente poco tiempo (aunque nadie sabía cuánto: aunque los niños que habían fundado su república ya tenían sus propios hijos y los padres que habían levantado aquel cerco habían muerto hacía años, era fácil recordar que todo había sucedido hacía uno o dos veranos o, más fácil todavía, que la llegada de la gigante había ocurrido en épocas remotas, no mucho después de la fundación de Punta de Piedra).

Se dijo después que la historia de Punta de Piedra no es única y que, a lo largo de la costa atlántica, no han sido pocos los pueblos en cuyas playas quedaron varadas las gigantes. Es posible que en todos los casos el final haya sido el mismo, pues esa es la vida de los circuitos, que han de replicarse hasta cubrirlo todo, y no hay en ellos verdadera muerte o vida sino una desvida eterna o una muerte animada hasta el fin.

Fue una niña llamada Valeria la que empezó a introducir aquellas partes metálicas y cristalinas en su cuerpo. Circuitos que habían integrado el equivalente de un corazón o un tímpano fueron incrustados en las palmas de las manos, debajo de la lengua, en el ombligo, la mucosa vaginal o el recto. Y allí también se multiplicaron, como quién sabe cuántos años atrás los hongos y los insectos lo habían hecho sobre la piel sintética abandonada a la humedad. Esas primeras híbridas (pues así se hacían llamar) recorrían las calles enjoradas de Punta de Piedra como esculturas vivientes: alargaban las terminaciones sensoriales en la punta de sus dedos para fundirse unas con las otras brevemente y sentir el estremecimiento de la electricidad, breve y deslumbrante, bajo las miradas de los turistas.

No está claro qué fue de los hombres. Quizás había sido parte de la intención de los circuitos —o, dicho de otro modo, de los resabios de su funcionamiento— que terminaran asimilados y convertidos en cuerpos de mujeres.

No tardaron en fundirse unas con otras, las híbridas, y también a las esculturas, las casas y los edificios. Hacía

tiempo que en Punta de Piedra no crecían árboles ni plantas: para entonces todo había sido tomado por el metal y el cristal. El pueblo completo centelleaba al sol como una joya única, inmensa y compleja.

Los últimos turistas reportaron que las fusiones se habían vuelto insoportables de contemplar: demasiado perturbadoras, decían, como si el proceso en sí hubiese quedado imbuido en alguna forma de terror: el retorno de algo horrible que los siglos y los milenios habían querido olvidar. Décadas más tarde Punta de Piedra se había convertido en un pueblo fantasma: el gobierno imperial decretó una zona de exclusión aduciendo radiaciones peligrosas que, sin embargo, pocos pudieron comprobar. Los relatos de viajeros que se acercaban a los límites del pueblo y terminaban arrojados a una desesperación suicida terminaron de zanjar la cuestión.

Con el tiempo, dado que la autoridad del imperio retrocedía una vez más, empezaron a aparecer aventureros que organizaban expediciones a lo que había sido Punta de Piedra: con todas las protecciones concebibles pasaban una tarde en la zona de exclusión, tras haber ingresado por mar o por carretera, en ómnibus inmensos blindados contra radiaciones que no existían. Se bajaban, entonces, enfundados en sus trajes protectores, y recorrían las calles desiertas. Las fotos que se tomaban posando junto a lo que quedaba de alguna de las esculturas o las fachadas todavía pueden encontrarse hoy, si se busca bien. Durante décadas fueron consideradas de mala suerte o mal agüero, y en el delicado ambiente ominoso que encierran acaso sea fácil entender por qué: si se mira con cuidado, todas las formas fotografiadas (e incluso, a veces, se da la ilusión óptica de que esos perfiles invaden a los visitantes) parecen replicar una

mujer, acostada, con los brazos extrañamente tensos, rectos junto al cuerpo.

Incluso las imágenes de lo que fue Punta de Piedra tomadas desde aeronaves sugieren ese contorno: un cuerpo de mujer recostado contra el mar. Lo más curioso, o lo más inquietante, es que la mirada se posa invariablemente en la cabeza, zona de bordes difusos, estallada, espiral. (★)

FRACTURA

«Fractura» fue escrito entre los últimos días de 2015 y los primeros de 2016 como parte del compromiso contraído con la residencia literaria Lima Imaginada, celebrada en 2015. Fue publicado por primera vez en *Casa de las Américas 283* (La Habana, 2016) y después en el libro compilador de los textos aportados a la mencionada residencia (Lima, 2016), así como también en *El tercer mundo después del sol* (2021). En traducción de Antoine Borrel fue publicado originalmente en *Histories d'Uruguay/Historias del Uruguay* (2018).

Me habían dicho que había un rincón de Lima, en el barrio que toca el borde del domo al norte, donde todo lo que se había perdido en la vida podía aparecer. En la vida de cualquiera; aparecer una mujer, un hombre, una madre, un abuelo, un libro, un juguete. Y que quien lo encontrase allí jamás volvería a perderlo —al menos mientras el domo se mantuviese en pie—. Esa era la leyenda, esa suerte de duda y esperanza inquebrantable, y si bien los motivos fueron oficialmente otros, yo supe que viajaba a Lima para saber la verdad y propiciar mi reencuentro.

No recuerdo quién me lo contó, pero sí que no lo creí, que me acordé del *Orlando furioso* y de Charles Fort y que por mucho tiempo olvidé la historia, hasta que la encontré una vez más, aludida también como algo contado por un extraño de identidad imposible de precisar, en un libro de William Burroughs.

Era la edición Minotauro de su *Diarios y cartas*, muy mal traducida y con una portada memorable; me lo había prestado Emilio Scarone poco antes de su desaparición y lo guardé durante años sin leerlo, no sé por qué. Pero cuando llegó la invitación para pasar unos días en Lima (yo había publicado una novela allí y había que presentarla) decidí que era tiempo de leerlo. Busqué la llamada «sección

limeña», fechada entre 1951 y 1954, y allí apareció la historia: el rincón oculto por caseríos altísimos, callejones y escalinatas, las sospechas, las estafas. Porque Burroughs no encontró nada, ni a nadie, ni ese amor o conexión sin barreras que tanto había dicho buscar ni el descanso que quizás merecía; y yo sólo pensaba en lo que había perdido a los nueve años.

Un juguete. Un soldado de plomo.

Durante mi niñez pasé los veranos con mis abuelos, en Punta de Piedra. Solíamos dejar Montevideo el 7 de enero y regresar los primeros días de marzo para que yo empezara las clases. No sé exactamente cuándo empezó esa costumbre, ni si me llevaron allí de bebé, de niño pequeño o ya de un poco más grande. Lo cierto es que no tengo recuerdos tan tempranos; me represento siempre como un niño de ocho o nueve años, como si ese borde de mi vida fuese un verano inmenso en el que siempre he tenido esa edad. Además, tampoco puedo establecer una cronología clara que me permita saber qué pasó en 1986, en 1987, en 1988, para así anclar los recuerdos y armar un relato ordenado de mi niñez. Pero más adelante esto cambia, más cerca de mi adolescencia, y aparecen momentos que soy capaz de datar con precisión. Esto, sin embargo, sólo logra hacer más grande y más hermoso el cuerpo de aquel verano único, que respira en lo más hondo de mi memoria como un gigante dormido.

En cuanto a la frontera o transición, a ese verano que sí reclama para sí un lugar en un orden del tiempo, no puedo sino suponer que algo especial debió suceder, un hecho

capaz de separar el cielo y la tierra de mi tiempo personal, aunque jamás pude señalar qué fue ni puedo hacerlo ahora.

Sólo sé (porque la fecha la aportaron mis padres) que cerca de esa frontera, en 1988, con mis nueve años cumplidos tres meses atrás, nos visitó durante una semana de febrero el tío Hilario, hermano de mi abuela. Ese verano yo había decidido dormir solo, en el garaje, y no en la habitación principal de la casa, junto a mis abuelos. En la familia le decíamos garaje porque ese debió ser su propósito original, pero mi abuelo no guardaba allí su camioneta, sino que el lugar era usado más bien como depósito de cosas viejas o inservibles: faroles, calderines, cañas de pescar y herramientas oxidadas. De las dos camas que había allí elegí la más alta, la de colchón más duro, pero después debí dejársela a mi tío y conformarme con la otra, de frazadas verdes y colchón gastado y deforme.

Sin embargo, ni la visita de mi tío ni la cama incómoda lograron distraerme de mi principal obsesión de ese verano. Frente a nuestra casa había un baldío con una construcción abortada y en ruinas; como mi abuelo decía siempre que estaba habitada («infestada») por murciélagos, yo había decidido que tenía que explorarla. Unos días antes de la llegada de mi tío, convencí a Marcos, mi mejor amigo, de entrar a aquella casa. Pero papá dice que no se puede ni caminar, replicó, que hay alambres y astillas por todas partes. No fue fácil convencerlo de que lo peor que podía pasarnos era algún corte en los brazos, ni tampoco reunir el valor necesario para entrar, pero una vez franqueada la puerta y accedida la sala (que era la única, supimos después, que se mantenía entera, con sus paredes y su techo) confirmamos lo dicho por mi abuelo (y también, de paso, por el padre de mi amigo). El lugar estaba lleno de murciélagos: algunos

pequeños, arracimados en los ángulos del techo, y otros mucho más grandes, adheridos a las paredes con las alas abiertas. Marcos huyó de inmediato, pero yo me aguanté. Recuerdo que respiré hondo y seguí caminando, despacio, para no despertar a los murciélagos.

Nunca hubiese imaginado lo que iba a encontrar. En una de las habitaciones del fondo, iluminada por un enorme boquete en el techo, había un montón de trapos tirados contra un rincón y dibujos en las paredes: rayas y figuras y letras que no comprendí. El olor a mugre y orina era fuerte, pero no tanto como para asquearme; me costó entender que entre los trapos había un hombre, un pichi, un bichicome, como se decía en casa. De hecho, fue él quien llamó mi atención: —Gurí hinchapelotas —murmuró, o algo por el estilo, mientras se desanudaba de aquellos trapos. Recuerdo que quedé completamente paralizado. Él debió notarlo, porque enseguida trató de calmarme.

—No pasa nada, botija, quedate tranquilo —dijo, pero seguramente notó que yo estaba temblando porque, tras revolver en el amasijo de trapos, me tendió algo pequeño y metálico.

—Tomá, botijita, es para vos.

Agarré lo que me daba y salí corriendo sin pensar en los murciélagos o los escombros; me encontré de repente bajo el sol, atravesando el baldío que rodeaba la casa abandonada, con un par de raspones en las pantorrillas y un rayón en el muslo izquierdo, que amenazaba con sangrar.

Ya bajo uno de los árboles de nuestro jardín, miré lo que tenía en la mano. Era una figura de plomo, de no más de cuatro centímetros de alto, que representaba un

soldado de las guerras napoleónicas. Estaba despintando casi por completo, pero había algo de pintura azul en la casaca y otros colores, más gastados, más alejados del original, en las bandas y las botas. Creo recordar, además, que conservaba algún rastro de dorado en las gafas y en los cables de la mochila. Me lo guardé en un bolsillo y corrí a buscar a Marcos.

Más tarde ese día decidí no contar a mis abuelos lo que había pasado. Si me preguntaban por el soldado, pensé, podía decir que lo había encontrado por ahí, en la playa o en la cuneta de algún vecino, pero, ya de noche, esa historia de encuentro azaroso empezó a parecerme no sólo insuficiente sino más bien evidentemente falsa, y decidí que la única opción viable era esconderlo.

En el garaje había un armario empotrado en una de las paredes. Como la casa la había construido mi abuelo abundaban las desprolijidades de diseño y confección, entre ellas aquel armario, apenas un hueco de forma prismática donde habían sido instalados cinco estantes y una lámpara contra la pared del fondo. Esa lámpara no tenía interruptor, así que para prenderla o apagarla teníamos que girarle la rosca, enfundando la mano en un trapo para evitar quemarnos si llevaba ya un buen rato prendida. Pero la rosca era defectuosa, así que había que trabajarla para buscarle el yeite, como decía mi abuelo, y eso demandaba exponerse a las quemaduras. Por esa razón, supongo, era que mi abuela detestaba aquel armario, que terminó siendo usado por tanto para cosas que mi abuelo no quería tirar: herramientas más viejas, más rotas o más innecesarias, además de cajas con revistas prehistóricas (*Andanzas de Patoruzú, La pequeña Lulú, Lorenzo y Pepita*) que yo de vez

en cuando me ponía a revisar. Era, entonces, el mejor lugar para esconder al soldado, así que esa noche me levanté de la cama y le busqué un lugarcito entre las cosas más inútiles.

Me equivoqué. La primera noche de la estadía de mi tío, apenas me fui a acostar al garaje, lo encontré sentado ante el armario revisando la caja de revistas. Estaba feliz y se reía a carcajadas a medida que avanzaba por sus páginas, de las que, me pareció, recordaba todos los chistes. Pensé que si se conformaba con aquello y dejaba de revisar yo podía quedarme tranquilo, pero no pasó así. Como si el juguete lo hubiese llamado mediante alguna frecuencia subsónica o algún complicado sistema de ondas neuronales, el tío Hilario avanzó determinado y seguro hacia el escondite. Tomó el soldado, lo sostuvo ante su mirada deslumbrada, se levantó y lo examinó de nuevo bajo la luz de la portátil de su mesa de luz. Con la mirada clavada en mi cara de desesperación llamó a mi abuela.

—¡Clarita, Clarita, vení!

Resultó que había recordado al soldadito como un regalo de navidad dado por su padre, perdido a lo largo de toda una vida y que justo ahora había reaparecido en el lugar menos imaginable. Mi abuela lo desdeñó, pero años después algo llegó a contarme de esa navidad, que sí recordaba; le dijo que ella no tenía la menor idea acerca de qué le estaba hablando y que nunca había visto ese soldado. El tío se enojó —o hizo como que se enojaba— y, después de que mi abuela se fue, me hizo una guiñada, se sentó en la cama y empezó a contar la historia de aquella navidad, el regalo y otras cosas —guerras, ingenios militares, imperios— que no me interesaban. Yo sabía que había perdido el soldado y aquello me molestaba muchísimo; supongo que me había encariñado —por no decir obsesionado— con su secreto.

En cuanto al pichi, nunca más se lo vio en la casa abandonada o en todo Punta de Piedra. Cuando logré reunir el valor necesario para volver a aquellas habitaciones, ya no estaba. Los murciélagos, por supuesto, seguían allí.

El tío Hilario murió en 2001. Había padecido el mal de Alzheimer durante sus últimos años y sus hijas no tenían dinero para internarlo, de modo que pasó varias temporadas al cuidado de familias que lo aceptaban por pocos pesos. Mi abuela no quiso intervenir, pero mi abuelo, en secreto, se encargó de que en los peores momentos al menos hubiera algo de dinero para pagar pensiones y acompañantes. Había allí, por supuesto, eso que llaman un drama familiar, pero jamás logré precisarlo y más bien preferí inventarlo o recrearlo en un par de novelas, entre ellas la que me tocó presentar en Lima. Mis primos y sus madres emigraron y, además, nunca nos habíamos llevado bien. Ahora no hay a quién preguntar.

Pero yo no olvidé el soldado.

Unos días después del entierro de Hilario mi abuela me pidió que la llevara a la antigua casa de su hermano, abandonada desde hacía bastante tiempo y que —supe después—ella mantenía (al menos a nivel de gastos impositivos) con ahorros cuya procedencia jamás pudimos comprender. Manejé la vieja camioneta Grumett de mi abuelo hasta el barrio de Melilla y entré a la casa detrás de mi abuela. Era una tarde nublada, inhóspita, de la que recuerdo el viento seco y cortante que levantaba las hojas de otoño y el polvo en aquel fondo desahuciado. Mi abuela estaba buscando algo, y yo la dejé hacer. En algún momento

se puso a husmear en un galpón de herramientas que había en el fondo y aproveché para entrar a lo que había sido la habitación principal de la casa, el cuarto del tío Hilario. De niño, cuando íbamos de visita, mi tío me dejaba leer sus libros —todos guardados en una estantería tipo vitrina que abría sólo para mí— y yo disfrutaba pasando las páginas de una vieja enciclopedia de tapas verdes. Me gustaba especialmente la entrada sobre los dinosaurios, llena de complicados diagramas taxonómicos que, me parecía, representaban el verdadero orden del mundo. Había también densos capítulos sobre la historia de las civilizaciones, y recuerdo una imagen —un grabado que parecía especialmente antiguo— del levantamiento del domo de Lima, con los grandes sacerdotes incas alzando sus manos al cielo y condensando en el aire la materia cristalina.

Mis primos y sus madres habían arrasado la habitación. Los libros habían desaparecido, y con ellos las otras colecciones de mi tío: autitos, dirigibles de guerra, monedas de diferentes países, libros de sellos, álbumes con fotos de sus viajes. Y justamente en ese momento pensé en el soldado y recordé tantas ocasiones en que lo había buscado entre las cosas del tío. Apenas me cansaba de los libros empezaba a mirar las otras rarezas del armario —yo estaba solo en el cuarto, mi tío cocinaba y charlaba con mis abuelos mientras su esposa se reía de la TV y mis primos todavía no llegaban—, pensando siempre que era tan extraño y sospechoso que el juguete no hubiese terminado ahí, expuesto junto a los tantos tesoros cuya procedencia y significado el tío Hilario no se cansaba de explicarme cuando volvía a su cuarto para llevarme un vaso de coca

y varios pedacitos casi cúbicos de su especialidad, la pizza china con salame, longaniza y panceta.

Esa última vez fue mi abuela la que entró a la habitación, sin la coca y sin la pizza china. Era evidente que había llorado, pero no dije nada. Cerramos todo y subimos a la camioneta. Ella llevaba algo en una bolsita, yo volvía con las manos vacías.

Después de esa última incursión a la casa de mi tío Hilario no volví a pensar en el soldadito hasta casi dos años después, cuando pasé unos días solo en Punta de Piedra, después de que Agustina se matara en el auto de sus padres, de regreso de una fiesta con su hermano menor. La imagen de mi tío revisando las revistas y encontrando el soldado se volvió recurrente, y recuerdo que la segunda noche, no sé si especialmente borracho o pasado de porro, me descubrí haciendo algo que podría describirse como una reconstrucción de la escena. Había decidido dormir en el garaje, no en la habitación principal, y estaba recostado en la cama sin taparme, ni ponerme el pijama aún, mirando al armario después de haber prendido la lamparita y dejado abierta la puerta. Era como si quisiera fracturar el aire y hendir el espacio para arrancar de allí la ausencia de Agustina, o la ausencia de mi tío, pero en realidad, entendí, la ausencia que me importaba era la del soldado. Y fue en ese momento que empecé a preguntarme por qué. Qué podía significar aquello, qué evidente cualidad de símbolo había llegado a poseerlo. Gente desaparecida no había faltado en mi vida: mi abuelo había muerto, igual que mi tío

Hilario; de mi amigo y maestro Emilio Scarone no se sabía absolutamente nada más allá de unas cuantas hipótesis (que le habían diagnosticado un cáncer incurable y se había suicidado en algún lugar remoto e inaccesible, que estaba recorriendo el mundo bajo identidades falsas, que había sido abducido, que se había cambiado de nombre, dejado la escritura y convertido en un diseñador de videojuegos), y Agustina, con quien iba a cumplir tres años de noviazgo, había muerto en un accidente de carretera lejos de Montevideo. Pero yo sólo volvía a aquel soldadito que me había regalado un pichi como parte del extraño final de aquella incursión preadolescente a una casa abandonada. Y pensé, ya en los últimos días de aquel verano en Punta de Piedra, que en el fondo no somos un enigma sino un nudo de espuma, imposibilitado de cualquier cosa diferente a desaparecer ante el primer intento de desenredarlo; que no tenemos profundidades ni abismos; que nuestra identidad y memoria es, en el mejor de los casos, una ilusión; que cualquier “explicación” a la que pudiese llegar sería apenas una ficción y que, por lo tanto, lo mismo me valía volver a Montevideo y ponerme a escribir cuentos o novelas.

Eso me sirvió, por un tiempo.

Pero a partir de la espuma y más allá de cualquier intento que podamos hacer de organizarla (en un jardín, un castillo, una catedral), a veces esa conjunción de azar y necesidad que hace al universo (o hace el universo) nos regala otra cosa: un cristal, una joya, un resplandor inasible y póstumo. Así, lo que encontré en Lima no fue el soldado de plomo sino algo que guarda las apariencias de otro acertijo y otra respuesta.

La invitación al viaje llegó después de que se confirmara la publicación de mi última novela por una editorial limeña. Iban a pagarme el pasaje y la estadía, y yo tendría que arreglarme con los gastos que tuviera allá, excepto por un par de cenas y los desayunos. Eran apenas cinco días, y la gente de la editorial y algunos escritores limeños que habían leído mi novela me propusieron un pequeño tour por los lugares más relevantes, especialmente desde un punto de vista literario.

El viaje fue más largo de lo que se esperaba, debido, supuse, a dificultades en el cruce de la cordillera. Al mediodía el piloto anunció que se aprestaba a iniciar el descenso, y yo me entusiasmé con la idea de ver el domo desde lo alto. Pero de inmediato sonó una grabación en la que una voz de tono militar estipulaba que las «regulaciones» disponían que las ventanillas fueran opacadas para que no fuese posible ver el domo. Pensé que era una estupidez imponer algo así, y le pregunté a una de las azafatas cuál era la razón de esas regulaciones. Me contestó que el efecto óptico de la luz sobre la cara externa del domo era complejo y no sólo volvía imposible ver gran cosa en detalle sino que se corría el riesgo de perder la visión temporalmente. Como si aquello, pensé, fuese demasiado luminoso o demasiado bello para los ojos humanos. O, al menos, para los ojos humanos desde una perspectiva que no les era natural.

—¿Y los pilotos cómo hacen? —pregunté—. El aeropuerto está lo suficientemente cerca del domo como para que corran riesgo de...

La azafata me sonrió, como a un niño preguntón y algo impertinente, y siguió adelante su recorrido.

Después me quedé dormido; el sueño no pudo durar más de veinte minutos, pero estuvo hecho de imágenes

que después se me antojaron vinculadas por una narración larga y compleja. Yo estaba en Lima, en un hotel muy sucio y venido a menos, y sentía frío y hambre. Salía de la habitación y recorría pasillos desiertos, de paredes descascaradas, manchas de humedad y puertas que se abrían a habitaciones vacías. En algún momento miraba por una ventana: toda la ciudad estaba destruida, en ruinas, como si una batalla terrible o un bombardeo hubiesen acontecido tiempo atrás. Y una voz —la voz de mi tío Hilario— retumbaba por todas partes: qué vas a hacer ahora, decía, con este fantasma cuando todo cae en pedazos.

Me despertó el aviso del piloto: habíamos aterrizado y se nos daba la bienvenida al aeropuerto internacional del Callao. Las ventanas seguían cubiertas.

Yo jamás había visitado la ciudad, pero había llegado a leer los diarios de Burroughs —con todas sus experiencias y las historias que le contaron— y, por tanto, manejaba una impresión de segunda o tercera mano. Pero eso no significaba nada; del mismo modo, ningún vaguísimo dato histórico que yo pudiera recordar podía ofrecerme una intuición sólida de lo que podría descubrir. Es decir: más allá de los poderes (los presuntos poderes) de la literatura, ningún video, ni fotografía alguna —dicen que hay una explicación científica para esto, que todo tiene que ver con la luz, la interferencia y no sé qué otros asuntos de mecánica cuántica— pueden acercarse a la impresión que suscita la luz solar filtrada por el domo (por lo que, entendí, la azafata tenía algo de razón).

Apenas atravesé el túnel que conecta el aeropuerto con la ciudad cubierta, entonces, sentí un golpe literal a mis retinas y a mi nervio óptico. Primero todo me pareció

un amasijo gris, después empecé a distinguir los colores o, más bien, la huella o la vaga presencia, disuelta, difusa, de los colores. Ciertos azules, ciertos amarillos oscuros o quemados que se repetían. Y, por encima de lo que cabía pensar como el color “real” de las cosas, estaba el efecto de la luz. Podría describirse como una sustancia líquida que había cubierto las superficies de la ciudad, a modo de pátina, para evaporarse quién sabe hacía cuantos siglos y dejar un complicado residuo cristalino, una suciedad intrincada o desgaste que parecía estar a la espera de que alguien le dedicara más de cinco segundos de contemplación. Era como si se hubiese activado la trampa de un insecto o de una planta carnívora, que atrapaba la mente y le inoculaba lo que fuese —un estado de ánimo, la opacidad del aire, el destino de los incas— que dominaba aquellas cosas y que manaba, como lentas cataratas, del domo traslúcido.

A mi lado había una pareja de turistas argentinos. Es como si siempre estuviera nublado, dijeron, riéndose. Pero yo estaba muerto de miedo.

Esa sensación perduró. Traté de disimular, de inventar respuestas más o menos simpáticas o ingeniosas para cuando me preguntaban qué me parecía Lima y qué pensaba de la ciudad en el tiempo que llevaba allí, pero mi miedo debía verse en mis ojos, porque sentía que a nadie le satisfacían mis respuestas. Bueno, decían, es que tampoco hace tanto que estás, todavía tienes mucho por ver. Yo asentía y temblaba.

Pasé mucho tiempo escuchando las historias de mis colegas. Me hablaron de la comida local, de los escritores ilustres que habían vivido en Lima, de la historia fabulosa

de los incas. Los que se habían ido a las estrellas y los que habían vencido a los españoles, pero también de los otros indios, los que pactaron, después, con la dominación. Y me hablaron de la interminable construcción de Lima bajo un domo que empezaba a quedarle chico, la manera en que la ausencia de luz estelar congelaba el destino de todos quienes viviesen allí. Tecnología kármica de los incas, repetían, y yo tomaba nota o fingía tomar nota.

Traté de llevar un diario, pero el impulso duró poco. Llegué a anotar, eso sí, algunas ideas e impresiones sobre las construcciones que tocaban el domo, en particular las puertas inmensas por las que pasaba el Rímac —río de reyes, podía leerse sobre ellas en diferentes lenguas y alfabetos, de aguas cristalinas y torrente poderoso— y los múltiples niveles de viviendas por los que todavía crecía la ciudad. Recuerdo que me llamaron especialmente la atención los escasos transportes de tecnología inca (los incarrodados), tirados por las últimas bestias mutantes criadas antes de la partida; recuerdos mermados de una raza de camélidos gigantescos que ahora sólo pueden verse en los complicados dioramas del Museo de Historia Natural. Del mismo modo, aquellos transportes me hicieron pensar en una máquina compleja que se había despedazado y que manos menos aptas volvieron a ensamblar, sin saber exactamente lo que estaban haciendo, manipulando confusamente planos reconstruidos por manos no menos ignorantes que las suyas, mirando con asombro las piezas de sobra y las piezas redundantes, piezas de aquel tiempo de cristales cargados de éter oscuro y éter luminoso y también las de este siglo XXI, de plástico y cartón.

—Todo en Lima aguantará así, precariamente, hasta que se caiga el domo —decían mis colegas.

Al rato escuchamos un estruendo, como si un trueno se sostuviera en el aire por casi medio minuto.

—¿Quién sabe? A lo mejor esta noche.

Les pregunté qué pensaban que pasaría si el domo se venía abajo. Nadie sabía exactamente de qué estaba hecho y, por lo tanto, no había manera de anticipar si esa sustancia se desharía en pedazos al caer y sepultaría la ciudad entera. Había quien creía que una vez anulada la integridad estructural del domo sus partes piezas o fragmentos, se volverían inmateriales, sutiles.

Parecían resignados.

—Hay quien dice que si no fuera por el domo esta zona del continente sufriría de terremotos. Y después está el asunto kármico —dijo mi editor—; el domo bloquea la influencia de las estrellas. Cuando no esté, el destino nos va a agarrar a todos, vamos a tener que pagar.

Supongo que estábamos bebiendo demasiado. No me gustó el trago que ofrecían en todas partes —ácido y con gusto a huevo—, pero en un bar del centro (allí donde, escuché, la altura máxima del domo hace que el efecto kármico alcance su máximo y la mente se vuelva tan propensa a la claridad, tan libre del yugo de las estrellas y del peso del mundo, que basta con pensar detenidamente por cinco o diez minutos para alcanzar una epifanía, una iluminación) probé un cóctel llamado chilcano de guinda, a base de pisco y ginger ale, que me gustó más y empezó a alegrarme. Mis colegas, mi editor y otros amigos que se habían sumado a la velada, parecían esperar que yo dijera o hiciera algo, que esos efectos legendarios de la ciudad y su domo terminaran por estallar en mí.

—Tú ahora estás libre del yugo. *The yoke of inauspicious stars*, como cantó el bardo. Poco a poco eso te va a cambiar, Stahl.

En realidad, no sé qué pasó. Hablamos de poesía, de las señales de las naves incas, de los tirados que habían permanecido en la Tierra y se habían vuelto un pueblo menguado y empobrecido, que ya no era capaz de recordar la época de las grandes máquinas. Me sentí europeo, es decir un intruso en un mundo de esplendores diseñado por y para seres superiores; pero después se me pasó. Empecé a hablar de Burroughs (soy medio que un experto en Burroughs, dije), de su *Tratado de las puertas* y del *Diario*. Finalmente sentí que aquello salía de mis pulmones, de detrás de mis pulmones, de las cavidades de mi pecho y, como si pudiese recorrer esas distancias volviéndose una maraña de filamentos que yo terminaba por toser, escupir o vomitar, vueltos aire al brotar apenas de mi boca, me encontré preguntando por ese rincón del muro norte donde uno encuentra todo lo que perdió en la vida.

Nadie sabía nada o nadie admitió saber. No al principio, pero el tema, sin embargo, se prendió a la conversación. Con el tiempo y el pisco los presentes se pusieron a contar qué habían oído, qué cosas habían sido descartadas como leyendas y a quiénes indagaron en las fuentes. De las historias de Burroughs pasamos a los relatos de adolescencia, a las vidas de todos. Les conté de Punta de Piedra, de mis primeros libros, de Agustina, y ellos hicieron sonar cuentos de amigos de amigos que una noche de borrachera encontraron a un indio que los llevó a Nuevo Laredo y los hizo entrar a una casucha de cuarto nivel en las villas empotradas para tenerlos esperando durante horas en una habitación vacía, con el domo a sus espaldas, todo para que, al final, no pasara nada.

—Ese es el cuento limeño, Stahl, al final no pasa nada. Los truenos suenan desde que tengo memoria, pero el

domo no cae. Y mientras los encarrodados se vienen abajo, los cristales siguen brillando. Eso sí, tarde o temprano ha de caer.

Cuando retomábamos la historia de aquel lugar —excavado como un nicho, llegó a decirse, y el único espacio de Lima donde había sido horadada la sustancia del domo— yo me esforzaba por fingir. Daba a entender que en realidad no lo creía, que a lo sumo adoptaba una postura escéptica, agnóstica, pero creo que se notaban mis ganas de vivir en un mundo donde esas cosas eran posibles, donde la frontera entre la tecnología —inca o la que fuese— y la magia habían sido borradas.

Finalmente, alguien me preguntó qué querría encontrar, si pudiera elegir con qué o quién reencontrarme. Yo me puse a hablar de juguetes, de libros que había perdido en mudanzas. ¿Ninguna mujer?, insistieron, ¿ningún amigo? ¿Un abuelo, una abuela? Y no supe qué contestar.

Alguien empezó a elaborar hipótesis sobre la idea de que no había manera de reiniciar una vida con una persona aparecida, con un ser querido recuperado (cierto rumor reportaba, además, que volvían reducidos a una sombra de quienes habían sido). Yo aproveché para improvisar —inventé que era una idea que estaba elaborando para una novela— sobre la posibilidad de vivir una vida por fuera, una vida desenganchada del curso de las cosas.

—Una burbuja de realidad —dije—, donde todo lo perdido termina por aparecer. No una sola cosa, no una sola persona. Todo. Podría ser una isla, podría ser una burbuja, un domo pequeño sobre el lugar de nuestras vidas en el que fuimos más felices.

—Ese es el karma de Lima, Stahl, está en las piedras, está en el domo. Es la suma de lo que no pagamos o de todos

los mundos que no fueron el nuestro, los mundos de los que nos escondimos acá dentro. Pero nos encerraron con todo lo que habíamos perdido. Entonces pasó el tiempo y esas cosas se nos mezclaron. Ya no sabemos reconstruir ese orden que se perdió, como nadie sabe realmente arreglar un encarrodado o cómo carajos era que andaban. Todo perdió significado, aunque a la vez las cosas siguen allí. Así nos encerraron los incas, y después se fueron.

—Es como si un día te despertaras con recuerdos de otra vida, una vida que empieza a volverse bien clara, bien tangible, y ya. Pero, así como te pareció con el tiempo que ibas a poder pensarla bien, ordenarla toda, entender que sí, que esa sí es tu vida, que ha sido tu vida; es como si se te pasara el efecto y todo volviera a la nada. Pero justo es eso, volver a la nada. No a tu vida anterior, a la que habías dado por real; sino que vuelves a una cosa difusa, en la que, en realidad, nadie sabe nada. Y que volverá a cambiar.

Pasada la medianoche alguien propuso seguir la velada en un bar de Barranco. Nos repartimos en tres autos y tomamos una gran avenida transitada. En el taxi viajé junto a mi editor, un amigo suyo y una rubia que se nos había sumado en el bar. La chica y el amigo de mi editor se pusieron a hablar del domo y del océano, de cómo la construcción —me pareció que estaban tratando de explicarme sutilezas arquitectónicas, y no puedo decir que les presté atención— a veces centelleaba con la luz del atardecer.

Cuando llegamos a Barranco nos quedamos en un bar frente a una iglesia y a una placita, con el domo a pocos metros, como un gigante de rodillas.

—¿Ves la estatua? —me preguntó mi editor, y señaló un pedestal sobre el que se apelotonaban fragmentos de algo que no pude entender.

—¿Eso? —me acerqué. Lo que veía había sido una escultura años atrás (quizá siglos), pero sus formas aparecían quebradas, interrumpidas, limadas por el tiempo bajo el domo. Luz del alumbrado público hacía que los colores parecieran aún más empañados, como si la noche los revolciera y los confundiera entre sí.

—Sigue el *tour*, Stahl; esta estatua conmemoraba el lugar donde los españoles apuntaron sus cañones al domo. Obviamente les salió todo p'al orto, como dicen ustedes.

Quise imaginar la ocasión, pero mi mente se negó. El domo hacía pensar que habíamos sido devorados por una ballena y levantado una ciudad en su interior. Una ciudad y un montón de mentiras: mi vida anterior a Lima entre ellas. Pero estaba cansado; al atravesar aquel túnel entre el aeropuerto y la ciudad había entrado a otro mundo, a otro nivel de la realidad, más exigente con mis fuerzas. O a otro conjunto de recuerdos. Pensé en mi tío Hilario y su memoria de un soldado que jamás le habían regalado, pensé en una navidad que debió ser tan diferente, con más lágrimas que regalos.

Sentí que llevaba meses enteros en Lima, que la ciudad se había comido mi vida. Es normal, me habrían dicho, pero si quería precisar algo tan simple como cuánto tiempo en verdad llevaba allí, esa información, que debía venir con una certeza luminosa, no asistió. Traté de imponerme una lectura racional de los hechos: estaba agotado, mi mente se había saturado de tantas cosas nuevas, la ansiedad me estaba jugando una mala pasada, había un efecto real de la luz y el domo. Tendría que haber vuelto al hotel y acostarme, pero todavía quedaba mucho de la noche y no me sentía con fuerzas para inventar una excusa y apartarme. Pero la confusión y la incomodidad debieron

notarse en mi mirada, en la expresión de mi rostro y en la postura de mi cuerpo.

—Oye, si no te quieres quedar, no te quedes, ¿eh? —dijo alguien.

—No pasa nada, en realidad estoy bien —me recosté contra el respaldo de la silla en el bar y pedí una botella de agua; mi mente se disipaba y volvía a aglomerarse en un pulso de segundos. Si cerraba los ojos sentía que todo lo que había visto y oído ese día empezaba a revolverse y agitarse alrededor de mi cuerpo: la estatua, el atardecer más allá del domo, los transportes incas, los cristales, las estrellas.

La rubia estaba hablándome, pero me perdí buena parte de lo que decía. Apenas pude escuchar siempre hay otra Lima, a pocos metros de distancia. Su sonrisa enorme, de labios que me parecieron hinchados artificialmente, me atrajo a un foco más preciso.

—¿Ah sí? —dije, por decir algo.

—Pues claro que sí. Las cosas vuelven, las personas también. Las personas y las cosas, como si no hubiera diferencia. En una de esas no la hay, ¿no? Debe ser tecnología inca, algo que dejaron ahí los hijos de puta, antes de irse. Una trampa, ¿por qué no? Y está lo que uno quiere, lo que uno desea, lo que uno cree que desea y lo que al final obtiene, que es siempre lo más real. ¿Te interesa? Llamas a este número y está todo arreglado —me tendió una tarjeta, que tomé y guardé inmediatamente.

Sentí que mi visión se aclaraba. El rumor del bar se condensó en las voces de mis colegas. Alguien puso otro chilcano de guinda ante mí, junto al vaso de agua mineral.

Esa noche soñé de nuevo con la ciudad en ruinas que había visto en mi siesta del avión. Ahora entendía que se trataba de Lima y que el domo había cedido décadas atrás, más o menos hacia el año de mi nacimiento. Los pedazos caídos habían destruido los edificios y las calles, pero entre los despojos comenzaba una nueva civilización. Yo bajaba hasta el fondo del más grande y poblado. Las viviendas, como había pasado con el crecimiento de la Lima real, la del domo intacto, eran construidas en las laderas y al fondo estaba la basura: la basura de los siglos, los pedazos de la ciudad perdida. Allí buscaba yo el soldado.

A la mañana siguiente la resaca me dejó atrapado en el hotel. Desayuné, tomé un analgésico, bebí un montón de agua y dormí un rato más, hasta el mediodía. Mi itinerario comenzaba a las seis de la tarde, cuando debía participar en una mesa redonda sobre literatura e historia, así que pensé en ordenar algunas ideas. Lo más fácil era anotar algunas palabras clave en la libreta que llevaría conmigo por si debía tomar nota de lo que decían mis compañeros de mesa, pero no encontré con qué escribir. Hasta que busqué en los bolsillos del pantalón de la noche anterior: allí no sólo había un bolígrafo sino además un pedacito de cartulina. Recordé al instante de qué se trataba y, de un momento a otro, mis intenciones de esquematizar mi futura ponencia se desvanecieron, porque lo único que pude pensar fue llamar al número de la tarjeta. Compré créditos para mi teléfono y marqué; me atendió una voz gris, espesa. Era la voz de un anciano, me pareció, y cuando habló lo hizo en el acento que ya había aprendido a identificar como inca: el de los hijos de los hijos de los hijos de los pocos incas

que no hicieron el viaje y se mezclaron con otros pueblos. La verdad era distinta, seguramente, pero había algo de tiempo atrapado en las palabras que escuché. La voz me dio una dirección y estipuló un precio. No entendía de qué estaba hablando, así que le pregunté. Lo sentí impaciente, pero, después de algunos rodeos, me aclaró que yo debía tomar una droga. La palabra le sonó extraña, como si no estuviera acostumbrado a usarla y se obligara a sí mismo a pronunciarla, pese a despreciarla. Entonces pensé que la chica que me había dado la tarjeta había entendido que yo quería probar alguna sustancia local, algún alucinógeno o estimulante; quizá yo lo había dicho y no lo recordaba.

La voz del teléfono me citó en una dirección del barrio del Olivar. Salí del hotel, cambié dinero y tomé un taxi, un vehículo moderno. Le di la dirección y estipulamos el precio del viaje. Me pareció que me miraba con suspicacia, probablemente la cifra que propuso fue un poco mayor de lo que debía cobrar por la distancia en cuestión. No regatee, acepté el precio y me recosté contra el cuero gastado del asiento trasero.

Sentí que navegábamos, muy lentamente, a través de una cacofonía de bocinazos, lamentos, bramidos, descargas de vapor, melodías antiguas, pregones, motores y engranajes. Todavía molesto por la resaca, la luz que filtraba el domo me resultó más irritante que nunca, y me pareció que no sólo podía percudir los colores de las cosas sino también difuminar contornos y simplificar formas; era un poco como si se hubiese cernido sobre la ciudad un banco de niebla gigantesco —ya no las nubes que habían imaginado aquellos turistas argentinos, sino su nivel siguiente—. Pensé en la circulación de aire dentro del domo, en los sutiles cambios de temperatura que venía constatando desde mi

llegada, en las brisas que se levantaban de repente y, por un momento, al cerrar los ojos, me pareció que podía estar cerca del mar, en Punta de Piedra o en cualquier playa de Uruguay, justo cuando el vientito empieza a enfriar el día y a resumir la tarde.

Bajé en un pequeño centro urbano, entre comercios cutres que se apelonaban en la cruz de dos avenidas. Por todas partes sonaba música terraja y olía a frito y a picante. Era temprano para el encuentro con quien fuese que me había hablado por teléfono, así que dediqué algo de tiempo a mirar los quioscos y los puestos de comida callejera. Dejé todo aquello sin probar porque no tenía hambre, pero sí me llamaron la atención los titulares de las revistas y los diarios sensacionalistas. La mayoría dedicaba buena parte del espacio de sus portadas a la “profecía del fin del domo”, y algunos incluso arriesgaban imágenes —muy mal dibujadas— de pedazos de piedra cayendo sobre la ciudad. Quise comprar un ejemplar como recuerdo, pero apenas me acerqué a uno de los quioscos noté que un hombre de más o menos mi edad estaba mirándome. Supuse que era mi contacto y me acerqué. De un momento a otro entendí que no sabía cómo proceder. Arriesgué un saludo tímido y obtuve por respuesta una serie de frases en un idioma que nunca había oído, un idioma áspero, intrincado, que me recordó la laboriosa articulación de los engranajes en los encarrodados. El hombre hizo un gesto con la mano izquierda y sentí que una mano me tocaba la espalda. Era una mujer, de piel muy oscura, rasgos polinésicos y edad indeterminada, que parecía ofrecerme un saludo reducido, concentrado hasta el mínimo posible de expresión.

El otro hombre había desaparecido. Nervioso, asombrado por la absurda coreografía, saqué de mi bolsillo

los billetes que había apartado, con el precio convenido. No se me ocurrió dudar de que fuera ella mi contacto, de si había sido identificado como el cliente; supongo que todo podía haber salido muy mal. Pero tuve suerte. La mujer me tendió una bolsita de plástico azul brillante, que agarré enseguida. Después se dio media vuelta, sin un gesto de agradecimiento o de reconocimiento; solo lanzó una mirada severa que llegó a parecerme impuesta a sus ojos, inmotivada, como si ella fuera ciega y esa expresión fuera el producto de un simulacro gastado por el tiempo.

De todas las historias posibles, entendí o creí entender que lo que estaba pasándome era algo tan simple como la compra de una droga extraña, quizá un poco tabú. La chica que había conocido la noche anterior había deducido de mis preguntas —y de mi interés por la historia del lugar del domo en el que aparecen las cosas perdidas— que yo quería probar una sustancia ajena a mi experiencia, un alucinógeno digamos, porque de alguna manera yo era ese tipo de persona, quizá el tipo de persona que ella creía ser. Era una historia como tantas, pensé, y no se trataba de la primera vez en mi vida que alguien, en la noche, me había sugerido una línea por la que avanzar, un camino compatible con lo que yo decía ser o sugería ser. Imaginé, entonces, a aquella chica, a su boca inmensa, diciéndome: pero en Lima todos los caminos terminan en el domo.

En la bolsita había unos granos o semillas. Estaban secos, pensé que acaso había que molerlos y esnifarlos. Después me pareció que si no se me había dado instrucción alguna era porque la vía de ingesta era la más obvia y sencilla, o sea tragarlos. Compré una bebida en uno de los puestos de la calle y fui tragándome las semillas o bolitas una por una. Las dejé en el interior de mi boca un instante

y traté de tocarlas con la punta de la lengua, doblada hacia adentro. Las moví entre las mucosas de mis mejillas, en la base de la lengua, del lado de afuera de las encías. Algo en la sensación que producían me hizo pensar en élitros, en una membrana fina y crujiente que escondía otras capas. Empezaban a saber amargo, así que, con la bebida que había comprado, dulce y cafeinada, las tragué sin masticar.

El efecto demoró en aparecer. Caminé hasta una placita cercana y busqué un banco. Recostado (incluso tuve la sensación de que la gente me evitaba, de que iba formándose un círculo a mi alrededor), me pareció que todo lo que me rodeaba se enlentecía y que, en el espacio de consciencia que habilitaba esa nueva velocidad de las cosas, empezaban a proliferar entidades que al principio asocié a las bolitas o semillas. Era como hacer un zoom en una vieja fotografía recortada de un diario, pero con la salvedad de que los anillos de color en la trama habían adquirido el mismo nivel de detalle —la misma resolución— que la realidad que percibía momentos atrás. O, todavía más, era como si ampliara tanto una hoja impresa que se volviera evidente que, apoyadas en las curvas amplias de las letras, habitaba allí todo tipo de criaturas: demonios, mutantes, bestias de carga de los incas, autómatas. Y una vez más busqué el soldado; mejor dicho, me acordé del soldado y pensé que si ante mis ojos iba a desfilarse aquella fauna variopinta, escondida instantes atrás en el esquema de mis percepciones pero no por ello menos presente, bien podía aparecer también aquel juguete perdido. Eso podría confirmarme que era el efecto de aquella droga lo que nos devolvía las cosas perdidas, allí, en una placita de Lima. Porque, de repente, creía estar rodeado de incas, de duplicados, de copias apenas diferentes del mismo inca o de

los mismos incas de armaduras centelleantes y elaborados mantos de sumo sacerdote, que en lugar de haber dejado nuestro planeta —la idea aparecía en mi mente con total equipaje de certeza— sólo se habían escondido bajo la percepción, revelables todos estos incas por la droga que había tomado, por esas bolitas misteriosas.

Pero pronto pasó el efecto, o creí que pasó, y me sentí devuelto a la realidad de siempre. Estaba bajo el domo, con la sola alteración, ya consabida, de aquellos colores, de la luz tenue y aperlada que manaba del cielo.

—Ahora me tienes que seguir —escuché.

Me pareció que la mujer, la misma que me había dado la bolsita azul, era el residuo de aquellos incas, la entidad formada por la acreción de todos esos incas fantasmales que yo había visto en mi visión producida por la droga.

—¿Sigue el efecto? —le pregunté, y sentí que mi voz no era humana, que era la voz de una máquina. Una voz ajena, distante.

No me respondió. Empezó a caminar en dirección al domo, a los múltiples niveles de casas construidas contra el domo, a las villas empotradas. La seguí y una vez más experimenté la sensación de que la gente se apartaba de mi camino, que dejaba aire y espacio para mis movimientos. Los míos y los de la mujer que avanzaba a paso seguro, primero por una callecita que surgía de la plaza y después por una perpendicular, más bien un callejón. Caminamos un buen rato, hasta que perdí la intuición del espacio. Desorientado, sólo podía entender que estábamos en alguna parte de la gran estructura de casas montadas unas sobre otras. El domo ya no era el interior de una ballena sino la fachada inmensa de una catedral, desplegada en geometrías o dimensiones que yo no podía comprender. Y

como a la salida del túnel del aeropuerto, entré a otro nivel. Entendí que la droga todavía afectaba mis percepciones, ya que las perspectivas eran imposibles y el tamaño aparente de los objetos desafiaba cualquier manera de proyectar una posición, un sistema de distancias.

Pronto, alguien —creo que ya no era la mujer, porque la recuerdo como una criatura tenue, sin género apreciable, sin rasgos diferenciados— me señaló una puerta. Estaba, recordé, al interior de una de esas casas del domo, como una mansión antaño espaciosa dentro de la que se habían construidos entrepisos y dividido nuevos espacios, conectados por ventanas, rampas, tirantes, sogas y escaleras. Pasé a una habitación pequeña y oscura, saturada de olor a humedad, a madera mojada y a tela sucia. Las paredes estaban cubiertas por dibujos, líneas, números y caracteres que no reconocí, exactamente lo mismo que había visto detrás del pichi tantos años atrás, en la casa abandonada de Punta de Piedra.

Y esta vez también había alguien acostado entre mantas viejas y raídas.

Las descorrí. La tela era antigua y áspera, como las semillas que había tragado no podía decir cuánto tiempo atrás.

Y sentí, desde algún afuera posible de la habitación y de la casa y de todos aquellos niveles de construcciones, que sonaba algo parecido a un trueno. Un pulso inmenso y profundo, seguido por el crujido de los cristales que se rompen.

Debajo de las mantas y de las frazadas había una mujer. Su cara estaba sucia y sus cabellos embarrados, pero la reconocí de inmediato. No era el pichi, no iba a darme nuevamente aquel soldado, a devolvérmelo. No.

Era Agustina.

Me había sido devuelta. Tenía los ojos cerrados y me pareció que toda la mugre que la cubría era la mugre del mundo entero o, mejor, de la falla o grieta o garganta o cañón que separaba a mi mundo —y a Lima— de algún mundo posible en el que ella no había muerto, en el que el choque no la había matado o jamás se subió a aquel auto. Y Agustina, esa Agustina dormida que tenía ante mí, había recorrido esa distancia agotadora.

Cuando traté de despertarla, abrió los ojos. Sus cabellos estaban enredados, pero yo sentí más bien que la cubrían las algas, que la marea me la había dejado en la playa, en la playa de Punta de Piedra, que la había encontrado una mañana cualquiera, cubierta de basura, de plástico, de papel y cartón, de juguetes viejos, de páginas de libros, tecnología obsoleta y juguetes de mi infancia arruinados para siempre.

La ayudé a incorporarse. No me habló. Me miraba y sonreía como si le costara entender lo que estaba pasando pero, a la vez, supiese que todo estaba bien, que había llegado finalmente a casa, después de un viaje de siglos o milenios.

Salimos de aquel cuarto y caminamos por las calles. En la plaza todos miraban hacia arriba: los que atendían los puestos de comida y los quioscos, la gente que pasaba y que tropezaba con nosotros. Otros tantos corrían. Se escuchaban gritos por todas partes. Y Agustina, pensé, podía no hablar jamás, podía haber dejado su mente en el abismo, podía haberse convertido en otra sombra, otro fantasma, pero estaba conmigo, estaba en mis brazos.

La besé mientras el domo empezaba a quebrarse. ☆

LOS OTROS LIBROS

«Los otros libros» fue escrito en 2008 y publicado por primera vez en *Revista Narrativas* 15 (2009), y posteriormente en *Axxón* 207 (2010), *Tau Zero E-zine* (2010), el libro homónimo editado por La Propia Cartonera (2010), *Fabricantes de sueños 2009-2010* (2016) y *Antología Iberoamericana de Ciencia Ficción* (2020). En traducción al francés de Jacques Fuentealba apareció en *Galaxies* 16 (2012).

Ahora recuerdo, no sin reír un poco, que lo primero que me llamó la atención de la librería fue aquel poster de los Beatles que ocupaba el único espacio despejado entre las estanterías repletas. No era una imagen consabida (parecía pertenecer a la etapa de la grabación de «Strawberry Fields Forever», pero John lucía el cabello mucho más largo y Paul no se había dejado el bigote), y por eso la curiosidad me hizo preguntar al librero qué sabía al respecto. No está a la venta, sentenció, y me invitó a sentarme y tomar un café.

A partir de ese momento, dos de las razones por las que empecé a volver a la librería fueron el café y los sillones. Porque al entrar uno se encontraba con aquel espacio tan acogedor, la mesa de novedades, la bandeja con galletitas, los sillones comodísimos, el aroma del café importado de alguna región recóndita de Centroamérica o África, y el mundo parecía cancelarse, disuelto el ruido de la calle por las últimas reverberaciones de la campanilla de la puerta. Entonces saludaba al librero y al John pelilargo del póster, elegía dos o tres libros y me sentaba a examinarlos en paz.

Solía pasar por allí los viernes a la tarde, algunas veces –las menos, porque no me caían bien los clientes que iban ese día– los domingos después de la una o una y media.

Siempre me resultó curioso cómo, visto desde la calle, el local daba la impresión de ser minúsculo. Una vez adentro, contando pasillos, entrepisos, sótanos e incluso un altillo, era fácil sentir que se había consumado esa estratagema ya un poco clisé de la narrativa fantástica que consiste en presentar un espacio o volumen cuyo interior es sobrenaturalmente más grande que su exterior. Y llenarlo –no menos novelística o literariamente– de estanterías que parecían remedar la célebre Biblioteca de Babel. Porque era el tipo de librería donde se puede encontrar todo. ¿En cuántas ocasiones localicé títulos inimaginables, sacados de las bibliografías más exhaustivas? Revistas, colecciones, primeras ediciones, ediciones de autor: allí había de todo. Y Enrique Wollfig, el librero tan parecido a Kurt Vonnegut que siempre contaba anécdotas de su amistad con Emilio Scarone, parecía haber dedicado su vida, además de a la letra impresa, al estudio y práctica de la mnemotecnia, ya que era capaz de localizar cualquier libro o autor en cuestión de segundos. Luego lo dejaba sobre el mostrador fingiendo cara de despistado y murmuraba un precio, el primero que le venía a la mente. Esta era la rutina de siempre, el ritual de la librería, e incluso quienes sufrimos de la incapacidad de regatear participábamos de ese intercambio coreografiado, porque bastaba con titubear en vez de aceptar de inmediato para que el librero se riera y dijera alguna variante de bueno, está bien, si se empecina así podemos dejarlo en... para añadir de inmediato una cifra bastante menor a la primera, nunca barata, siempre razonable. Es verdad que su librería no era la única que me

contaba como cliente, pero por mucho tiempo guardé la costumbre de no dejar pasar más de una semana sin hacer una visita, siempre preparado (en la billetera, es decir) para algún hallazgo.

Una tarde (de esto hará un año y medio) yo esperaba mi taza de cierto café de Costa Rica, preparado en una Aeropress. Estaba pensando además en hojear la colección completa de una vieja revista argentina cuando una mujer, con aire de apurada y envuelta en un perfume ahumado y floral, apoyó sobre el mostrador tres libros muy deteriorados. Wollfig, que vigilaba la cafetera, se aprestó a atenderla y deshizo la pila para pasar revista a los títulos, que extendió sobre la superficie del mostrador. La curiosidad me movió a mirarlos. Había una novela titulada *El sueño de Tesla*, de un tal Matías Andreoli, a quien no conocía, una edición bastante vieja de Justine, de Lawrence Durrell, y *The sea*, de James Joyce. Era un libro pequeño, de no más de cien páginas, y el título me sorprendió. ¿Sería una antología de textos? Lo miré con atención mientras la mujer regateaba. Podía leerse:

The sea

—a novel—

by James Joyce

Viking Press, 1952

Aquello era todo un misterio. Como es sabido, Joyce escribió únicamente dos textos catalogables como «novelas», *A Portrait of the Artist as a Young Man* y *Ulysses*. Queda, por supuesto, la cuestión acerca de qué es *Finnegans wake*, pero es cierto que hay quien piensa que cualquier libro largo en prosa incluso vagamente narrativa

es una novela; en cuanto al maestro irlandés, el resto de su bibliografía consiste (¿debería decir mejor consistía, a la luz de lo que aprendí después del encuentro con aquella mujer en la librería?) en un libro de cuentos, *Dubliners*, y dos de poemas, *Chamber Music* y *Pomes Pennyeach*, a los que cabía sumar obras póstumas como *Stephen Hero* y *Giacomo Joyce*, más las recopilaciones de sus cartas, de sus trabajos críticos y de algunos esbozos en prosa; no existía, es decir, una novela titulada *El mar*.

—Disculpe —le dije a la mujer, que estaba pagándole a Wollfig con viejos billetes minuciosamente doblados y desdoblados—, ¿me permitiría mirar un segundito el libro de Joyce?

Asintió con la cabeza, incómoda o fastidiada.

—Será sólo un momento —añadí—, me tiene intrigado el título.

El papel era fino y la cuenta de páginas llegaba hasta el 180. Había algo peculiar (o debería decir poco familiar) en la textura de la tapa y el olor de la tinta. Busqué los datos de la imprenta: se trataba de la tercera edición, americana, del libro publicado originalmente en Inglaterra por Faber & Faber, primera edición de 1950. Sorprendido, miré la breve reseña biográfica. James Joyce, decía, nació en Dublín el 2 de Febrero de 1882, había publicado *Chamber music*, *A portrait of the artist as a young man*, etcétera, Trieste, Zurich, París, *Finnegans wake*, completo y publicado en 1939, Zurich, Ciudad del Cabo, París y New York, y trabajó en la que sería su última novela, *The Sea*, entre 1940 y 1949. Murió en New York el 14 de Marzo de 1952.

La mujer esperaba. Seguí hojeando el libro buscando alguna señal de la broma implícita en la bibliografía.

—¿Es un apócrifo? No me diga nada, escrito por Anthony Burgess.

—No —dijo la mujer, incómoda—, no sé, no conozco al autor; es un encargo para mi padre —saludó con una inclinación de cabeza y abandonó la librería, mientras Wollfig volvía a la trastienda para ocuparse de mi café.

—¿Usted vio ese libro? —le pregunté.

Volvió con una taza y una sonrisa de niño travieso. El aroma del café llenaba el ambiente, como si se apurara a cubrir o esconder un objeto sospechoso.

—Joyce murió en Zurich, en 1941, el 13 de Enero, y jamás escribió una novela titulada *El mar*. El libro debe ser apócrifo, pero es raro, porque no cualquiera se animaría a hacerlo...

—¿Y usted es un experto? Imagino que sí, si recuerda la fecha exacta de la muerte. De todos los cultos literarios, el de Joyce y el de Shakespeare son los únicos que me parecen justificados, así que bien por usted. No sólo un beatlemaníaco; también un joyceano.

Dijo lo de «no sólo un beatlemaníaco» como quien dice «no sólo una cara bonita». No me había esperado esa respuesta. Wollfig volvió a sonreír, agarró aquí y allá algunos libros y entró al laberinto de estanterías en la parte trasera del local.

Me senté a hojear la colección de revistas, pero fue imposible concentrarme. Bebí la taza de café, pagué un libro que tenía reservado y me fui, sin dejar de pensar en aquella novela imposible.

Ese domingo, contra mi costumbre, fui a la librería para tratar de sacarle a Wollfig algún otro dato sobre el

Joyce apócrifo. Supuse que, de tratarse de una mañana concurrida, no tendría tiempo de hacerse el misterioso y demorar las explicaciones. Pero me equivoqué. No había nadie, pese a que la Feria estaba bastante más llena que de costumbre. Por suerte tampoco estaban los habitué de los domingos, un grupito de escritorzuelos de los años ochenta —Thiago Pereira, el desagradable Andrés Valenti, Antonio Romero, Sandra Alfonso, el grupo Escila, la madre de todos ellos, Marta Passeggi— cuyas opiniones y poses (especialmente la de no esgrimir pose alguna) solían molestarte mucho más de lo que estaba dispuesto a tolerar. Así que entré, saludé, y le pregunté a Wollfig si conservaba algún otro ejemplar de aquel libro. Entrecerró los ojos, como si repasara las fichas de su memoria, y respondió creo que sí, déjeme ver. Se internó en la parte trasera de la librería y lo seguí a cierta distancia. Yo no solía husmear demasiado en los sectores más remotos, en gran medida por haber tenido siempre la convicción de que se trataban del depósito o quizá, también, por asumir que lo mejor y más interesante estaba expuesto al frente y que en niveles más remotos no habría otra cosa que tomito tras tomito de Corín Tellado, Paulo Coelho o Eduardo Galeano. Pero una vez más me sorprendí de la extensión de local. El librero atravesó dos puertas abiertas y giró a la derecha; no me atreví a seguirlo, así que lo esperé merodeando la zona dedicada a la filosofía: allí me encontró un par de minutos después.

—Lamento comunicarle que no logré dar con otro ejemplar; pero si me concede unos días, quizá para la semana próxima lo ubique.

—Está bien, puedo volver el viernes —le respondí.

Me dejó una taza de café (meramente brasileño, de Minas Gerais a juzgar por las notas de cacao y frutos secos) sobre la mesita y seguí hojeando una antigua y pintoresca edición de las obras completas de Hegel, pensador que me repugnaba especialmente, en cinco tomos de papel biblia. Costaba una pequeña fortuna, pero logré un diez por ciento de descuento.

Todo el asunto del libro de Joyce había llegado a preocuparme. ¿Había una tradición, desconocida para mí, de continuaciones o imitaciones joyceanas? La obra de Joyce cerraba conceptualmente como pocas, pero si *Ulysses* terminaba con la dispersión en el sueño, motivo principal de *Finnegans Wake*, y si este último tocaba el mar con sus páginas finales, atribuidas al ensueño de Mrs. Porter o Anna Livia Plurabelle cercano al despertar, ¿no tenía sentido una novela que se titulase precisamente *The Sea*? La mera posibilidad era fascinante. Sólo por las dudas, busqué en Internet y en bibliografías completas publicadas por diversas sociedades de estudios Joyceanos, hasta dar, finalmente, con una lista muy completa de cuentos que retomaban personajes o tramaban homenajes, parodias y reconstrucciones (como biografías «completas» de Leopold Bloom y la respuesta a qué fue de la vida del insoportable Stephen Dedalus después del 16 de junio de 1904), más otro amplio espectro de textos epigonales ya más alejados de la fuente e incluso escritos en castellano (desde *Adán Buenosayres* hasta *Tiempo de silencio* o *Tres tristes tigres*); no había, sin embargo, novela alguna titulada *El mar*. Sí encontré referencias a opiniones —alguien tan

consabido como Harold Bloom, por ejemplo, lo señalaba en su ensayo sobre Joyce en *El canon occidental*– acerca de cómo hubiese podido ser el libro que siguiese a *Finnegans wake*. La idea de una obra sobre el mar parecía, en ese sentido, especialmente plausible. Y había una carta citada por Ellmann en su monumental biografía que señalaba que un posible libro posterior al *Finnegans* debía ser «breve».

Debo admitir que a medida que me adentraba en mi investigación empecé a ganar cierto entusiasmo. Recordé haber leído cierto tiempo atrás algunos papers sobre textos pertenecientes al género de ficción especulativa llamado «ucronía», en el que los relatos han de ser ambientados en una historia alternativa al estilo de ¿cómo sería nuestro mundo de haber ganado los nazis la Segunda Guerra? o ¿y si no se hubiese producido la revolución industrial? Al parecer, muchos filósofos poco imaginativos descartaban o descartaron el género aludiendo a su naturaleza contrafáctica y, por lo tanto, carente de solidez lógica (de negar las premisas podía seguirse cualquier cosa, es decir, nada); sin embargo estaba claro para los autores de los papers en cuestión que grandes obras de la literatura podían considerarse ucrónicas, más allá de las que citaban como obvias, a saber como *Pavana*, de Keith Roberts, o *El hombre en el castillo*, del escritor de ciencia ficción Philip K. Dick. Buscando un poco más en la Web encontré un ensayo (poco riguroso, pero al menos bien documentado) de un crítico argentino llamado Pablo Capanna, que rescataba en su título un pensamiento de Pascal sobre la nariz de Cleopatra y su impacto en la historia, a la vez que enumeraba en el cuerpo del ensayo un buen número de ucronías. Sentí que podía valer la pena escribir (o describir borgesianamente) una novela sobre un mundo en el que

Joyce había muerto no en 1941 sino en 1952, y no en Zurich sino en New York; había que imaginarlo anciano, a bordo de un trasatlántico; había que imaginar en su memoria el tumulto de un destino tan improbable para el viejo flaco, borracho y casi ciego como Ciudad del Cabo. Sin embargo, concebir y llevar literalmente al papel la última novela producida por ese autor ucrónico era, sin lugar a dudas, bastante más difícil. ¿Hacían este tipo de cosas los escritores especializados en ucronías? Investigué un poco más y di con una mención a una novela titulada *El sueño de hierro*, en el que el «autor ucrónico» (ignoro si la categoría es manejada bajo este nombre por la crítica idónea) era nada más y nada menos que Adolf Hitler. Pero, precisamente, las posibles habilidades literarias del führer eran tan ficticias o ficcionables como su destino de escritor. Joyce, en cambio, era un escritor real, y la ucronía postulada por el libro que había entrevisto en la librería no lo imaginaba desde cero sino que simplemente continuaba su vida y su obra más allá de su límite histórico real. Entonces, ¿qué podía escribirse después de *Finnegans wake*? O, a la vez, ¿qué escrúpulos podía sentir quien se atreviese a atribuir alguna tontería a nada más y nada menos que el mayor artífice literario del siglo XX?

A la vez, mi deseo de hacerme con un ejemplar de aquella novela fue creciendo día a día. ¿Me contradigo? Pues bien, me contradigo, repetí.

Cuando entré a la librería ese viernes el Wollfig estaba esperándome.

—¿Cómo le va? Sabe que no conseguí otra copia de Joyce; sin embargo, ordenando un poco mientras buscaba,

pensé que hay en su sector algunos libros que podrían interesarle; después de todo, usted es un cliente especial. ¿Me acompaña?

—Claro —respondí— ¿se refiere a textos apócrifos o a literatura de exégesis joyceana?

—Ya verá.

Pasamos las dos puertas, giramos a la izquierda y accedimos a una sala bastante grande, de paredes cubiertas por estanterías y techo descascarado. Una puerta cerrada prometía continuar aquel laberinto; en el centro había una mesa de madera llena de libros viejos, dispuestos en pilas de siete u ocho volúmenes, apretadas para no dejar espacios libres. Wollfig señaló una de las paredes.

—De haber otra copia estaría ahí, salvo que el sistema de archivo me esté fallando; pero no creo que la encuentre, yo ya busqué muy bien. Sin embargo, como le decía, tanto en ese sector como en la mesa y en las otras estanterías, si busca bien, seguro encontrará algún título que le interese...

Me palmeó un hombro y regresó al mostrador. Elegí acercarme a la estantería que señaló primero. Había, sí, una buena selección de obras de Joyce, incluso ediciones raras por demás interesantes, la primera del *Ulises* en Rueda con la traducción de Salas Zubirat, el *Finnegans* en francés, una colección de traducciones también del *Ulises*, inclusive al japonés, y la obra completa en inglés, por varias editoriales y en todas las variantes existentes. Más allá de la curiosidad de las traducciones, nada de eso me interesaba como anexión a mi propia colección de obras de Joyce, así que seguí curioseando en la estantería pero ya no en la sección dedicada al irlandés. Había, como era de esperarse, un prolijo muestrario de autores de la alta modernidad: Virginia Woolf, D.H. Lawrence, Pound,

Eliot, Proust, Musil, Mann, Kafka. Me pasee por los lomos de aquellos libros polvorientos siguiendo la pauta de sus épocas e idiomas, desembocando en la sección de literatura latinoamericana. Allí, específicamente en el sector destinado a Borges, encontré otro libro asombroso:

Los naipes del Tahúr
por Jorge Luis Borges
Emecé, 1960

Los lectores de Borges recordarán que en el cuento «El aleph» se hace una referencia bromista a una obra inexistente que lleva ese título (y que, también se ha dicho, Borges realmente escribió de joven, allá por 1920). La hojee. Era un libro de poemas, o quizá un poema único dividido en secciones, del que estaba ausente el ímpetu creacionista de la primera etapa de Borges; era, de hecho, un poema del ciego que se apoya en los metros clásicos. ¿Obra de un fanático no desprovisto de talento? Pasé a las otras estanterías, pensando que el librero tenía acceso a las obras de algún grupo de bromistas estudiosos que parodiaban autores, editoriales y ediciones, para producir esos textos apócrifos. Encontré una novela escrita por Napoleón Bonaparte, autor de folletines cuya biografía apenas parecida a la real se detallaba en las primeras páginas; encontré también una colección de cuentos escritos en los años setenta por Ernesto Guevara, en apariencia epigonales de Jack London, y una novela de Isaac Asimov escrita en 1952, cuya portada tan pulp como camp rebosaba de extraterrestres pintorescos y graciosos. Miré la bibliografía que adjuntaba el volumen. Ninguna de las obras que listaba encontró eco en mis escasos recuerdos de

la obra del escritor (*Fundación, Yo robot, etc*), pero algunos títulos («Preguntar la entropía», «El niño Neanderthal», «El comienzo del infinito») me parecieron si no familiares al menos plausibles.

En la mesa encontré una novela beatnik escrita por Ray Bradbury, dos compilados de cuentos de Ezra Leventhal, una colección de sonetos de Hemingway, un ensayo titulado *Contra el psicoanálisis* y firmado por Marcel Proust (¿habría por alguna parte una versión completa de *En busca del tiempo perdido*?) y una novela policial de André Bretón. Tomé esta última, más la de Asimov y la de Bonaparte, y procedí hacia el mostrador para pagarlas. Estaba atravesando las filas y filas de estanterías cuando escuché que Wollfig hablaba por teléfono; mejor dicho, que discutía acaloradamente. Decidí no interrumpirlo, por cortesía, y llegué a entender algunas palabras, que me hicieron pensar que se trataba de un problema económico, quizá relacionado con el precio de un libro muy especial. Esperé a que colgara, dejé pasar un minuto más fingiendo que buscaba un libro, y entonces caminé hacia el mostrador.

—¡Ah! Veo que la búsqueda fue fructífera... ¿qué tenemos por aquí? Asimov, Bonaparte, Bretón... excelente. Por ser un cliente tan esforzado le dejo los tres en... —y dijo una cifra que me pareció adecuada. Cerramos el trato sin el regateo usual, pagué los libros con mi tarjeta de crédito y, mientras me los guardaba en una bolsa, solté la pregunta:

—¿Algún día va a contarme de dónde saca toda esta literatura apócrifa? Un libro lo puedo entender, dos, tres... pero ahí atrás los tiene por docenas.

Enseguida entendí que no había hecho la observación

más inteligente de mi vida. Wollfig puso cara de misterio y se encogió de hombros...

—No recuerdo haberle oído preguntar de dónde saco las variedades de café que tanto le gustan. Quizá si investiga lo suficiente...

—¿Eso quiere decir que en los libros está la respuesta? Datos de la editorial, de los escritores que se prestaron para...

—Pero ¿por qué habría de haber una respuesta? ¿Y a qué pregunta? Se está llevando tres novelas, nada más...

Le sonreí, agarré la bolsa en la que me había guardado los libros y salí.

La siguiente fue una semana ocupada, con demasiadas actividades de mi profesión, que es de investigador y docente en el área de literaturas comparadas; tuve que dar algunas clases sobre la literatura de la guerra fría, y las tareas de recopilación y presentación de datos me distrajeron de los libros apócrifos, que recién pude hojear el siguiente fin de semana. Me recosté en mi sillón de lectura, puse en el equipo mi primera prensa estadounidense de Revolver (la británica, por supuesto, jamás la escucho y es una de las joyas de mi colección), y empecé a leer.

La novela de Breton era bastante mala. Parecía una copia de La hermana menor, aunque en teoría se le había anticipado por unos cuantos años. La de Asimov era excelente, en cambio. Como de su autor conocía poco y nada y la novela me suscitó una impresión tan notable, me propuse investigar un poco más. Al hacerlo, mientras leía panoramas de su obra y esquemas de sus coordenadas

temáticas, pensé que todo autor de libros ucrónicos debía tomar partido de alguna manera ante la tentación de incluir referencias y guiños a la obra «conocida» del escritor en su versión histórica, real, es decir, metáforas surrealistas o citas de los Manifiestos en la novela policial de Breton y nombres, situaciones y escenarios tomados de *Fundación* en la de Asimov, tanto como alguna noción de «dominar el mundo» en la del falso Bonaparte. Pero en las tres novelas que había comprado en la librería no encontré nada de eso. La de Breton carecía de puntos de contacto con la obra «conocida» del fundador del surrealismo, mientras que la de Asimov estaba escrita en el estilo llano característico de sus libros, lo cual la convertía en un texto plausible, aunque careciera (al menos por lo que pude postular, instruido por los textos críticos que examiné) de alusiones a las novelas de «nuestro» Asimov, quien, aprendí, sólo había escrito una novela sobre extraterrestres, titulada *Los propios dioses*, mientras que en la ucrónica que tanto me había gustado las especies alienígenas eran más importantes que los pocos humanos sobrevivientes de la destrucción de la Tierra.

Pero la más extraña de las tres era sin duda la de Napoleón. Parecía anticipar, en su contexto folletinero, mucha literatura esotérica —al estilo Aleister Crowley o la *Golden Dawn*— que se pondría de moda tres cuartos de siglo más tarde del 1802 pautado en el pequeño prólogo informativo que abría el volumen y comentaba la carrera de ese Bonaparte muerto en 1810, en Reunión. Se lo tenía por un precursor de Dumas y de Sue, así como también del romanticismo francés en general. El prólogo estaba escrito en un estilo académico un poco incompetente, pero abundaba en citas, referencia y bibliografías. De hecho, mencionaba en varias oportunidades dos biografías

de Napoleón Bonaparte —en rigor deberíamos llamarle Bonaparte Dos o Bonaparte Beta—, una novelada de 1899 y otra, de 1962, más al gusto contemporáneo.

La idea de leer esas biografías me atrapó. ¿Cómo sería la historia de un mundo en el que Napoleón no fue un militar que participó en la Revolución Francesa y luego intentó conquistar Europa? El prólogo del folletín esbozaba en su lugar una historia alternativa de la literatura: se esgrimía una periodización diferente a las aceptadas, aparecían autores de nombres desconocidos y títulos de obras de Dumas, Sue y Victor Hugo que no encontré en ningún índice de su producción. Pensé en el posible interés de especular sobre una literatura francesa desprovista del zar del surrealismo, o en imaginar cómo hubiese sido la historia de la ciencia ficción de no haber existido *Fundación* o los cuentos de robots. Además, ¿guardaba el librero por alguna parte las biografías citadas, las historias de la literatura mencionadas, las «otras» obras de Asimov?

Me sorprendió haber entrado tan de lleno en ese juego; lo más probable, me dije, era que nada de eso existiera. Quien fuese que pautó esa trama difícilmente la haya llevado hasta el extremo. Un libro postula otros libros, y así en progresión exponencial; no hay lugar en el mundo —ni mente capaz de inventarla— para otra literatura, subterránea, apócrifa. Y mucho menos para tantas series históricas como libros falsos encontrara en aquella librería, quizá porque en el fondo todas las literaturas son la misma: la suma de todas las posibles. Borges ya había especulado con esto; dilatarlo a docenas de universos, centenas quizá, era absurdo, imposible: no había tal conspiración, y en general todo lo que atribuimos a designios tiene más que ver con el azar o, en tantos casos acaso más importantes

que una novela apócrifa de Isaac Asimov, la estupidez.

Sin embargo quería preguntarle a Wollfig si tenía una, al menos una, de esas biografías o novelas.

—¿Vidas de Napoleón? —dijo, después de mi consulta—. Sí, por supuesto, tengo de hecho más de una, ¿le interesa algún autor en especial, algún enfoque?

—Bueno —saqué de mi bolsillo la novela de Bonaparte—, yo me refiero a este Napoleón.

—El juego del viento, por Napoleón Bonaparte... folletín en... —pareció hacer un esfuerzo de memoria— veinte episodios publicados en el *Mércure* entre... 1799 y 1801, editado como libro al año siguiente. Sí, sé de qué me está hablando. Pase por aquí.

Me condujo por los pasillos de siempre hasta llegar a la sala donde había encontrado los libros la vez anterior. Abrió una puerta que no recordaba y pasamos a otra habitación, más alargada y también, como era de esperarse, repleta de libros. Había, también, un fuerte perfume a café.

—Aquí hay ante todo biografías. Si busca en este estante —me lo señaló— encontrará al amigo Napoleón. No será tarea fácil, pero si tiene paciencia...

Me dejó a solas con los libros y empecé a buscar. Había una buena cantidad de biografías de Bonaparte, pero me desilusionó comprobar que las primeras que iba encontrando eran del «verdadero» Napoleón. Sin embargo, hacia la mitad del estante, apareció un título que me sonaba familiar: era la biografía novelada a la que hacía referencia el prólogo de la novela. Sentí, o produjo (siempre fui muy sugestionable) un escalofrío: estaba ante una muestra de otra historia. No importaba que tan falsa o absurda pudiese ser: aquello era un mundo posible, o ciertos detalles de un mundo posible. Me lo guardé bajo el brazo y, por curiosidad,

seguí mirando. Hojee biografías de Descartes, Howard Hughes, Kant, Klaus Kinski, Nelson Mandela, todas ellas «reales»; entonces encontré un libro titulado *James Joyce*, de Richard Ellmann. Era, por supuesto, la biografía más aceptada y exhaustiva del autor del *Ulises* y, como yo la tenía en una edición un poco fea, pensé que era una buena idea llevármela a casa en este enorme volumen de tapas duras. Pero me detuve un momento a pasar sus páginas. A los tres cuartos del libro di con una serie de fotografías en las que Joyce posaba con un hombrecito ojeroso, de cabello negro y grandes bigotes. Era Marcel Proust. Abajo decía «Paris, 1926», pero era imposible: Proust murió en 1922. Seguí mirando. Hacia el final encontré la referencia a la muerte de Joyce: Paris, 1947. Este era otro Joyce; no el nuestro, tampoco el de *El mar*. Las fotos eran tan plausibles que la posibilidad de convocar capaces de un parecido tan terrible me asustó. Aparté el libro y seguí buscando.

Entonces sucedió el momento más extraño de mi vida.

Un sector de libros más recientes llamó mi atención y los revisé. Eran biografías de personajes de la música del siglo XX, Jim Morrison, Kurt Cobain, Jimi Hendrix, seguidas por lo que parecía una sección dedicada a la cultura uruguaya. Había una biografía de Emilio Scarone, otra de Julio Herrera y Reissig, un par de Onetti, otras de Idea Vilariño y, finalmente, un diccionario de «autores nuevos/jóvenes» que hojee con cierto terror.

Ahí estaba yo: Federico Stahl (1978-2008), autor de *Mecanismos* (poemas, 1998), *Desintegración* (novela, 1999), *Malos recuerdos* (relatos, 2001), *Retrato del autor* (novela, 2004), *Recta* (novela, 2005), *Visiones para Agustina* (novela, 2006), *Proserpina* (novela, 2007), *Poemas reunidos 1997-2007* (2009, prólogo y notas de Luis Bravo) y *Cuentos*

completos (2012, prólogo de Rodrigo Fresán). ¿Yo un escritor, un novelista, un poeta? No necesitaba repasar mi vida: 1978, en eso coincidía, pero todas mis publicaciones habían sido ponencias, ensayos y monografías académicas sobre Joyce, sobre Borges, sobre Proust... ¿y cómo que había muerto en 2007? Ese era el detalle más preocupante. ¿A quién se le ocurrió hacerme morir en 2007? Pensé en ese año. ¿Qué pudo pasarme? ¿Quién que me conociera pudo hacerme morir en ese año y por qué?

Aferré el diccionario y corrí hacia el mostrador. Giré equivocadamente en un par de encrucijadas, pasé por salas que jamás había visto y, en algún momento que no podría mapear, abrí una puerta que conducía al pasillo principal. Entonces escuché a Wollfig levantar su voz en una discusión. Al principio pensé que sería una vez más por teléfono, pero noté enseguida que había alguien ante el mostrador. Me escondí detrás de una estantería y espí, desde atrás de los libros. Era un hombre alto, vestido de gris oscuro, y llevaba un sombrero que parecía sacado de los sobrantes de producción de alguna de esas películas *noir*. No pude ver su rostro, pero sí escuché su voz. Era como si estuviera haciéndole una advertencia al librero, como si lo amenazara. En algún momento se mencionó un título, pero Wollfig negó que ese libro se hubiese encontrado jamás en la librería. El hombre parecía insatisfecho, pero tras un par de preguntas que no logré entender (su acento complicaba un poco la comprensión) se dio media vuelta y salió. Esperé unos segundos y me acerqué. Wollfig parecía perturbado, pero sonrió al verme.

–Quiero saber de dónde sacó este libro –le dije, y solté sobre el mostrador el diccionario–, quiero saber cómo

puede ser que yo aparezca allí, quiero saber quién inventa todas esas historias...

Tomó el libro y lo hojeó. Mientras, su rostro adoptaba la expresión más seria que puedo recordarle.

—¿Qué chance hay de...? —dijo, asombrado—. Es raro, pero pasó. El azar y la necesidad son nuestros dioses; y tuvo que pasarle a usted: a lo mejor sí se puede influir sobre estas cosas. Le contestaré sus preguntas porque, ante este evento tan improbable, está claro que podemos actuar como si fuera cierto que usted ha sido señalado por un designio; es la hipótesis que tenemos más a mano, y usted podrá creerme o no.

—¿Pero de qué está hablando?

—Mire: nadie inventa. Nadie inventa nada, y mucho menos estos libros. No son mentira, no hay ninguna ficción: son tan reales como el *Quijote* o *Ficciones*. Sólo que no en nuestro mundo. Imagine un universo en el que usted murió en 2008 tras publicar una serie de novelas. Es un mundo parecido al nuestro, con algunas diferencias menores, entre ellas esa. Es fácil de entender. Piense lo siguiente: en algún momento de su vida usted decidió, o se dejó llevar, o simplemente cayó en que ya estaba haciendo lo que hace. ¿Crítica joyceana? ¿Clases de literatura? Bueno, imagine que en algún momento de esa cadena causal usted tomó una decisión distinta, y por tanto en lugar de desembocar en lo que conocemos aquí, terminó eligiendo la escritura de ficción, la novela, el cuento. No es tan diferente, después de todo; no se trata de ser pianista virtuoso, *drag queen* o historiador de la aviación militar. Un universo posible a partir de esa decisión o conjunto de decisiones es al que pertenece este índice... ¿lo ha mirado completo? Quizá reconoce otros nombres, historias que acercan ese mundo

al nuestro o que lo alejan todavía más... Y en cuanto a la muerte, bueno... será otro pliegue del azar. ¿Por qué no morir en 2007? Nada de lo que pasó en nuestro 2007 podría influirlo; su 2007 y el de este libro son distintos al menos desde el momento en que usted empezó a escribir ficción.

Solté una carcajada nerviosa.

—¿Pero Wollfig, usted espera que le crea? ¿Me está diciendo que todos estos libros, la biografía de Napoleón, la novela de André Breton... todos, pertenecen a universos reales y que por alguna razón usted los tiene a la venta?

—Lo más complicado es pensar en qué tiene que ver el libre albedrío con todo esto, y yo le diría que nada, pero usted no está en ese punto de la discusión, por lo visto. Así que le contestaré: no hay ninguna razón. Esa es la clave. Yo no tengo nada que ver, más allá de estar aquí. Los libros están a la venta porque esta librería... mejor dicho, el espacio que ocupa esta librería, desde hace mucho tiempo, desde antes incluso que yo me hiciera cargo del negocio, el espacio que ocupa esta librería, como le digo, está en más de un universo, posiblemente en todos a la vez. Le parecerá extraño, pero hay lugares así, y quizá lo raro, lo inconcebible, sería que no los hubiera.

Hizo una pausa.

—Pero el libre albedrío... —comencé, y me interrumpió:

—Mire, ¿se ha alejado usted de las salas en las que lo dejé? ¿Se ha aventurado por las escaleras que bajan hacia los subterráneos? Si avanza lo suficiente encontrará cada vez0 más estanterías completas llenas de libros que usted llamaría apócrifos pero que son reales en otro mundo. ¿Le parece que no puede ser tan grande, tan profunda, esta librería, este local de la calle Tristán Narvaja, de Montevideo? En su mundo no lo es; si pudiera verla desde

afuera, con rayos X digamos, la encontraría tan breve como parece. Pero si mirara todos los mundos... ¿Y le parece inverosímil un Napoleón novelista? Lea ese libro que trajo, la biografía; para eso vino hoy, ¿no es cierto? Ahí se enterará de una Europa posible, de un mundo en el que Bonaparte no fue emperador y la historia cambió por completo. La nuestra, por ejemplo, ¿o se olvida de las conexiones entre las guerras napoleónicas y el proceso de independencia de las colonias españolas en Sudamérica? Lea, lea, se enterará de cosas muy interesantes. Quizá, incluso, si se decidiese a escribir una novela, podría servirle de inspiración. Imagínese colaborar, librería mediante, con uno de sus yos alternativos... Tome sus ideas y cópielas. ¿No se habilita una nueva dimensión del plagio?

—Como si Philip Dick o Keith Roberts o Norman Spinrad hubiesen pasado por... sucursales suyas en sus respectivos países y derivado de algún encuentro sus novelas, ¿no? ¿Cómo puedo no decirle ahora que está loco?

—Yo no dije eso. Los caballeros que usted nombró y que veo que ha estado investigando, a los que me permitiría añadir a Renouvier, Kingsley Amis, William Burroughs, Adolfo Bioy Casares, John Brunner, Ward Moore, Harry Harrison, Alasdair Gray, Emilio Scarone, Gustave Mayhen y Frederick Mullally, habrán tenido seguramente sus maneras de inspirarse. Pero ya le he dicho que hay más de un camino para acceder a esos mundos...

—Esto es una locura. No puedo creer que usted me esté tomando el pelo de esta manera; y si me dice lo que cree que es la verdad, entonces debería examinarse, porque es imposible que sea real lo que me está diciendo.

—¿Por qué imposible? ¿No se acuerda de «El Aleph»?

—¡Pero eso es una ficción! Si usted hubiese escrito un cuento sobre la porción del universo en la que coinciden todos los universos, yo lo hubiese leído con curiosidad... ¡sin embargo, otra cosa muy distinta es querer convencerme de que me está diciendo la verdad! ¡Usted está ocultándose de dónde salen todos estos libros, está encargándose de encubrir a quien sea que escribe todos estos libros!

El librero tomó los libros que había dejado en el mostrador y miró sus títulos.

—Mire —dijo—, es una biografía de Napoleón, ¿verdad? Fíjese en el pie de imprenta. 1901, tercera edición. Y toque las páginas, huélalas, considere la textura de las tapas, el estado de la encuadernación, las obvias reparaciones en la tela, las marcas de cinta adhesiva, la restauración bastante bien lograda hace ya unos cuantos años... este libro tiene más de un siglo, y fue tratado con descuido buena parte de ellos, y con más atención los últimos. Todo esto se lee en su lomo, en el reservorio de tiempo de su encuadernación, quizá en la melange sutil de sus perfumes. ¿Cree que a principios de siglo alguien ya tenía la idea de crear estas historias apócrifas, estos libros falsos? Piense en este otro. La biografía de Joyce escrita por Richard Ellmann. Tapa dura, hermosa encuadernación en tela, hecha con más esmero de lo que nos tiene acostumbrados la industria. Pie de imprenta: agosto de 1971, primera edición en esta colección. Repita la operación... este libro tiene casi cuarenta años: La diagramación de tapa, la tipografía... todo eso señala su época. ¿Me va a decir que los falsificadores siguieron en activo setenta años después, con el mismo plan, pasado de padre a hijo, de generación en generación? Usted lee demasiado a Borges, señor Stahl; estos libros no

son falsos, provienen de otros mundos tan reales como el nuestro.

—Pero sus argumentos no agotan la posibilidad de un grupo de avivados con medios para hacer realidad sus fantasías. Lo único que quisiera saber es cómo han llegado a este país y por qué me han tomado como elemento para sus... vidas apócrifas, como quiera llamarlas.

—Ah, veo que todo es una cuestión de vanidad, entonces. Se ha encontrado allí y no puede creerlo, quiere saber quién se ha metido con usted, si acaso lo ha considerado tan especial como para inventarle un destino diferente. Pero dejémoslo aquí —sonrió como no sonríen los tiburones—. ¿Va a llevar estos libros?

Le tendí una tarjeta de crédito. La pasó por la máquina y me entregó el libro.

—Que lo disfrute. ¿No se queda para un cafecito? Hoy tenemos una variedad peruana de lo más aromática.

Me fui sin añadir una sola palabra.

Al llegar a casa releí la entrada biográfica cuatro veces más. *Mecanismos* era un libro de poemas publicado en 1998, que dio a conocer a mi doble apócrifo; *Desintegración* una novela sobre dos femicidas en serie que usan a sus víctimas como materiales de una forma de arte ritual. El texto hablaba de la controversia y el escándalo causados por esta novela, que alejó a ese Stahl de la escena literaria por muchos años. Regresó con un compilado de cuentos, *Malos recuerdos*, donde aparecían trabajos de ciencia ficción y fantasía escritos entre 2002 y 2005. Los detalles

urdidos por los conspiradores o por el ucronista parecían sólidos. Increíblemente los sentí plausibles, como si fuera capaz de decidir que yo habría elegido *Desintegración* para título de una novela. ¿Estaba dejándome llevar por clichés y tonterías, por deseos reprimidos, descartados, olvidados, inagotables? ¿El crítico incapacitado para crear al que de pronto se le dice que sí creó, pero en otro mundo? Pensé que las palabras del librero habían logrado sugestionarme y entendí que no podía hacer nada mejor que distraerme. Fui hacia mi colección de discos y pensé en qué música podía implicar un esfuerzo mínimo de concentración, por haber sido escuchada tantas veces y, a la vez, mantenerse tan sugerente como para resultar fascinante. Los Beatles. Tomé el *Peppers* en CD (porque tampoco quería pararme a dar vuelta un LP) y lo deje sonar en repeat. «Lucy in the sky with diamonds», «Within you without you», «A day in the life», todas pasaron ante mis oídos más de una vez; nada, sin embargo, nada logró apartarme del diccionario, del Stahl apócrifo, de los títulos de las novelas, de la muerte en 2007 (un accidente automovilístico, decía), de las palabras del librero. Entonces me encontré preguntándome ¿y si fuera verdad? ¿Y si realmente coincidían en esa librería tantas realidades? Pensé en la amplia extensión de sus pasillos y sus salas, que debía ocupar fácilmente media manzana o más, contradiciendo la mínima fachada que daba a la calle. ¿Bajarían realmente hacia los subterráneos? ¿Cuántas escaleras había subido y bajado deambulando entre aquellas grandes habitaciones llenas de libros? Además, al parecer había mucha gente seria dispuesta a dar crédito, mecánica cuántica mediante, a la noción de universos paralelos o realidades alternativas... ¿Por qué tenía que descreer ante lo que podía entenderse como evidencia?

Pero no puedo estar pensando esto, concluí. No puedo estar pensando así. Si somos nada más que materia y energía, deseamos tener un alma, deseamos ser algo más que naturaleza; ese es el pensamiento hecho del deseo, de la necesidad de dar realidad a algo más, sea un milagro, una excepción, un origen mítico. Quizá todo el discurso (que rastree lleno de pasmo a partir de la bibliografía de la entrada de Wikipedia de *many worlds hypothesis*) sobre mundos paralelos equivalía a eso: a desear que haya algo más que esta realidad mínima o mediocre en que vivimos.

Y eso, por supuesto, no es una prueba de su inexistencia.

Miré el reloj. Eran las nueve y media de la noche. ¿Resolvería la cuestión hacerme con *Desintegración* o *Recta* o cualquiera de los libros mencionados, leerlos con atención y descubrir en ellos algo que sólo yo pudiera saber, algo que sólo yo y mi equivalente de otro universo —y no uno de esos concebibles dementes productores de apócrifos ucrónicos— pudiésemos saber? Él y yo nos habíamos diferenciado en un momento concreto de la historia; yo decidí convertirme en académico en el 97, por lo que quizá ese fue el punto o zona de inflexión. Él recordaría que fue en esa fecha cuando decidió convertirse en escritor, o cuando descartó seriamente la primera alternativa posible. A partir de ese momento nuestros destinos divergen, pero antes de la bifurcación nuestras vidas debieron ser la misma, y si él había hecho referencia a ese pasado, a algo que nos pasó a los siete años, pongamos, entonces yo concebiblemente podría reconocerlo y probar que había algo de realidad en esos libros, ya que nadie, ningún conspirador o imaginador de libros apócrifos, podía tener acceso a mis recuerdos más íntimos.

Era una chance minúscula, pero si daba con ese detalle debía quedar establecida la verdad de las palabras del librero; si no, por otra parte, no implicaba demostrar que todo aquello no era cierto... pero con el tiempo yo podría olvidar el asunto, no pasar nunca más por la librería y asumir que todo había sido la tentativa de embuste de un bromista demente.

En otras palabras, tenía que encontrar aquellas novelas. Pero no podía esperar hasta el día siguiente. Recordé que la librería tenía un altillo, a la que me condujo hacia bastante tiempo el librero buscando un título en particular que yo había solicitado. Ese altillo o bohardilla daba a la azotea del local. Si yo pudiera forzar mi entrada por ahí, pensé (sabía que la puerta principal tenía una alarma, había visto al librero en más de una ocasión cerrar todo a última hora mientras yo me demoraba con algún libro) quizá lograría meterme en la librería sin llamar la atención. Me sentí arriesgado y temerario, como el héroe de una novela de aventuras; era un desatino salir corriendo de casa a esas horas con el propósito de invadir propiedad privada, y también tenía claro que no era razón suficiente –imaginándome que debía justificar mis acciones ante la policía o el viejo librero– el estado de ansiedad al que aquellas novelas me habían llevado; sin embargo me gustaba la idea de resolverlo todo en ese preciso momento; me gustaba esa personalidad impetuosa, irrespetuosa, me gustaba (como si de pronto hubiese dado con un artificio óptico/mental que me permitía verlo junto a otros posibles) ese Federico Stahl capaz de salir de su casa en la noche para irrumpir en un territorio que le estaba prohibido por la ley o por la conciencia de ser una persona civilizada. Me gustaba, o me habría gustado, ser así (si era

verdad lo de los universos, pensé, tenía que existir también ese Federico, y yo podía entonces imitarlo), de modo que no le di más vueltas a la cuestión. Además, yo no vivía lejos de la librería; vacié mi billetera de tarjetas y documentos, dejé un billete de quinientos y salí. Recorrí las cuadras que me separaban de la posible solución al misterio en quince minutos. Eran las diez y veinte y la calle todavía estaba concurrida. Muchos estudiantes subían a 18 de Julio desde la facultad de psicología, más los vecinos de la zona; no podía arriesgarme a intentar trepar por un árbol o por la fachada en esas condiciones. Me metí en un bar cercano y ordené dos empanadas y una Coca Cola. Pensé que sería buena idea templar mis nervios, así que terminada la comida pedí un whisky. Esperé mientras sentía que mis fuerzas y mi voluntad se cargaban y acumulaban, hasta que, a las once y media, dejé el bar. La calle estaba desierta. Examiné la fachada de la librería y del local vecino, también una librería. Había un conducto de ventilación o tubería de gas que podía utilizar para la escalada y luego arriesgarme a dar un salto hacia el techo. Esperé que no pasara nadie y empecé a trepar. Resbalé un par de veces, a ninguna altura significativa para una caída vergonzosa, y logré impulsarme hacia el techo de la librería. Era una superficie gris y percutida, sucia de cagadas de pájaros, ramas y hojas de árbol. Caminé agachándome lo más a ras del suelo que me permitió mi escasa flexibilidad (pero otro Federico Stahl podía ser un gimnasta célebre) y llegué a la bohardilla o altillo. Había una ventana de vidrio que me permitiría entrar. Busqué por los alrededores una piedra y, al encontrarla, la arrojé hacia la ventana. El vidrio se hizo añicos, pero con un estruendo tan notorio que quedé paralizado por un instante. No sonó la alarma. Al recobrar

el aliento terminé de romper las esquirlas con el codo (había llevado una campera de abrigo muy gruesa), de modo que despejé un boquete lo suficientemente grande como para que yo pudiera pasar. Era un placer sentir que hacía eso, aunque debo admitir que en ningún momento estuvieron ausentes las dudas y el miedo. Pero pude dejarlos de lado; en gran medida por esa ansiosa curiosidad que me movía a buscar las novelas y, también, por vanidad. Entonces adelanté una pierna, agaché la cabeza y me impulsé hacia adentro. Estaba rodeado de libros, en una oscuridad casi total invadida apenas por la luz del exterior. Esperé que mis ojos se acostumbraran a la penumbra y, con la ayuda de la luz de la pantalla de mi celular, encontré la puerta del altillo. No estaba cerrada con llave. Se continuaba en una escalerilla de madera, que bajé con cuidado para alcanzar el pasillo que terminaba en el mostrador. La quietud de aquellas habitaciones me arrojó a un estado de nervios y ansiedad terrible. Yo era un ladrón a punto de ser descubierto, y repasé en mi mente las múltiples excusas que había pensado para usar en caso de ser atrapado por el librero o la policía, aunque el primero, supuse, lograría entender mi obsesión. Abriéndome camino casi a ciegas entre las estanterías (creo que tiré más de un libro al piso) logré encontrar un interruptor. Conté hasta tres, retuve la respiración y desee con todas mis fuerzas que no fuese una llave general que encendiese las luces de la vidriera y pudiera llamar la atención de todo el mundo. Por suerte se trataba apenas de la luz del pasillo, una lamparita sin pantalla colgada de un cable.

Logré identificar las puertas que conducían al área de las novelas apócrifas y, más adelante, a la sala ocupada por las biografías. Allí encontré otro interruptor y reparé en

una puerta que no había visto por la tarde; la abrí y llegué a una sala casi idéntica, también atestada de estanterías. Quizá podría haberme guiado por el olfato, pero como tantos hombres de mi edad y mi país, soy tan ignorante del mundo de los perfumes como del de los pasos de baile, y apenas reparé en que en algunos espacios había un olor residual a café del día y en otros nada más que a humedad o encierro. Otro, imagino, habría detectado cambios más sutiles.

Busqué el interruptor de la luz, lo accioné y pasé revista a los títulos de los tomos cercanos. Eran libros de historia. Los primeros hacían referencia (me pareció) a nuestro mundo; los otros a realidades alternativas. Un escalofrío me atravesó la espalda cuando pasé mis ojos por una cronología del siglo XX que incluía la derrota del VietCong y el ascenso de Nixon a la cabeza de una dictadura militar en Estados Unidos, depuesta en 1988 por un gobierno elegido democráticamente pero de derecha ultraconservadora. Aquello me asqueó y no pude leer más. Caminé hacia la puerta que asomaba desde el otro extremo de la habitación, la abrí y pasé a la sala siguiente, un poco más reducida que la de los libros de historia y con dos puertas. Miré los estantes. Estaban cargados de novelas en francés. Casi todos los títulos eran extraños; textos de Queneau, Perec, Robbe-grillet, Sarraute y Duras completamente ajenos a todo lo que yo conocía, y demasiados nombres desconocidos. Casi cedí a la tentación de ponerme a curiosear, pero ante la urgencia de encontrar mis novelas elegí una de las puertas y la abrí. Encendí la luz de una sala pequeña llena de diccionarios. No quise encontrar léxicos o gramáticas de lenguas desconocidas, pero imaginé que allí podría encontrar el alfabeto y el léxico y la gramática

para el *Voynich* o un manual de lingüística de Tlön, por lo que elegí la otra puerta. A partir de allí quizá alguna forma de fiebre se apoderó de mi cerebro, ya que recuerdo haber atravesado salones y salones, pasillos, escaleras y sótanos (todos ellos casi idénticos entre sí, como sectores que se repetían en sutiles variaciones) desde los que me provocaban títulos como *El Necronomicón* en versión de John Wilkins o la Esteganografía comentada por Sir Isaac Newton. En una sala enorme, quizá la más grande hasta el momento, encontré cuatro novelas escritas por Jorge Luis Borges: *Ulises el falso mensajero*, *El coloquio de los pájaros*, *El tigre de las noches* y, la de portada más llamativa y pulp, *Dos crímenes por página*. Estaba encaminado. Una habitación más allá encontré libros de autores nacionales de los ochenta y noventa. Con energías renovadas busqué, frenético, arrojando al piso los otros libros, los que no me servían, hasta que por fin las encontré: dos ediciones diferentes de *Desintegración*. En la primera («Edición aniversario») se mencionaba la muerte en 2007 de Federico Stahl; la otra —reedición “aumentada y corregida” en 2010, decía la portadilla— declaraba que el autor había dejado Uruguay para radicarse en Barcelona. Me guardé las dos en los bolsillos de la campera y seguí buscando. Encontré una edición de *Recta* que tampoco consignaba la fecha de la muerte de Stahl y también otros títulos, *Las Brujas de Salem*, *La literatura de Uqbar*, *En el espacio siempre es 1982*, *La enciclopedia del mar*, no mencionados en el Índice o en las minibiografías de las dos *Desintegración* o *Recta*. Las acomodé como pude bajo el suéter, entre el pantalón y la camiseta y supe que era hora de volver a casa. Intenté desandar el camino, pero pronto entendí que no recordaba cómo había girado en las bifurcaciones. Deambulé perdido

por casi media hora —eran las dos de la mañana— hasta que una escalera que comunicaba con un piso más alto me hizo pensar que por allí debía acercarme al mostrador. Subí y me encontré en un pasillo largo, con puertas intercaladas a la izquierda y una vasta estantería a la derecha. Corrí sin mirar los títulos de los libros, sin pensar en el desorden que había dejado por todas partes, y terminé mi carrera ante una puerta que me condujo a un área cuya distribución de estantes y secciones parecía conocida. Era la salita desde la que se subía al attillo. Me así a aquella escalera un poco endeble con verdadera desesperación y trepé. Lo que vi entonces logró paralizarme, como si fuese la peor escena de la película más terrorífica. Estaban los libros, asomando como duendes en la oscuridad, y estaba la ventana... intacta.

Corrí escaleras abajo y me precipité hacia el mostrador y la puerta. No fue necesario encender las lámparas: la luz de la calle iluminaba fantasmalmente el espacio ocupado por los sillones, la mesita, el mostrador y la cafetera. Miré por el cristal de la vidriera: la calle estaba desierta y las siluetas de los edificios de la acera de enfrente no eran las que conocía. Noté grandes rejas en todas las ventanas, las entradas casi fortificadas de los edificios, y que todo parecía un poco más siniestro que lo que hubiese esperado ver. Me acerqué a las estanterías, convertido mi terror en una voluntad férrea —y ajena a mi yo— que me conducía con morbo o masoquismo a la comprobación de lo que era ya evidente. Encendí las luces, sin miedo a llamar la atención.

Entre las novedades de ensayo nacional había un tomo bastante grueso titulado *La Guerra Civil Uruguaya*, de un historiador de nombre Ignacio Martínez. Lo abrí en

el prólogo; leí: «El proceso militar que padeció nuestro país entre 1973 y 1988...» Cerré el libro. En el mismo estante había otro ensayo histórico con apariencia de novedad. Me fijé en el pie de imprenta: Abril 2014. En la contraportada se decía que el propósito del libro era explicitar el colaboracionismo de los militares al mando con el gobierno de Estados Unidos, y añadía: «las maniobras de apoyo de los militares que desembocaron en la guerra uruguayo-argentina (1982-83)». Miré a mi alrededor, aterrado. ¿Qué podían decirme todos aquellos libros, testigos de una realidad distinta y terrible? Imaginé al librero riéndose de mi incredulidad, de mi necedad. Allí estaba la prueba; ordenados a mi alrededor los testigos de otro universo, para los cuales yo era el monstruo, yo era la ficción. Corrí hacia el pasillo y regresé a la sala en la que había encontrado las novelas de Federico Stahl; traté de orientarme por el laberinto de puertas y escaleras y llegué al mostrador tras mucho caminar y no menos desesperar. Este sí se parecía (quise creer) al de mi mundo. Aliviado constaté que allí estaban los libros que recordaba haber examinado distraídamente en visitas anteriores, y sentí que si buscaba entre las apacibles publicaciones académicas podría encontrar algunas ponencias de mi autoría sobre Joyce, sobre Borges o Proust.

Y estaba el poster de los Beatles. Aliviado y feliz, corrí hacia la escalera del altillo y subí a la azotea. Allí estaba la ventana rota, que dejaba entrar el aire frío de la noche a la oscuridad guardada por los libros. Salí casi de un salto y me acerqué a la cornisa, feliz, pensando que no me importaría caer y romperme una pierna, pues estaba en mi mundo (¿y cuantos otros Federico Stahl no encontraron esa salida, no volvieron a su historia, a su realidad?). Entonces sucedió

algo que jamás hubiese esperado. Después de bajar –mejor dicho, de casi dejarme caer, de deslizarme– por el conducto de ventilación, ya con los pies en la acera, escuché una voz de adolescente que me decía:

—Qué hace ñery saltando por lo techo la puta que te parió so chorro o qué te hacé. Largá la guita y no marqué más...

Eran dos chicos de no más de quince o dieciséis años. El que me habló primero parecía más adulto; el otro, menor y de voz extrañamente grave, se adelantó para amenazarme con una de esas *blades* fabricadas en la cárcel.

—Dale, largá la guita, la concha de tu vieja.

Estúpidamente —no había pasado por un laberinto de mundos alternativos para caer en mano de dos lúmpenes ladronzuelos— intenté resistirme. El que me había hablado primero me golpeó en la cara. No sentí nada, y pensé que o bien el chico no tenía fuerza o bien no sabía cómo golpear. Empujé al del arma, que sólo atinaba a enseñarme como si no estuviese realmente preparado para usarla, y traté de correr. Entonces el otro se me adelantó y me golpeó una vez más en la cara. Esa vez sí lo sentí. Intenté devolver algún golpe, pero debí hacer algo muy mal ya que de un momento al otro me vi en el suelo. Ante la posibilidad de que me fracturaran las costillas a patadas decidí no resistir. Sentí una mano que hurgaba en mi bolsillo trasero del pantalón y sacaba mi billetera. Los libros que llevaba entre el pantalón y la remera se habían caído, entendí. Y después otra mano tomaba los libros de la campera. Eso volvió a encenderme la rabia la que quedaba.

—¡Los libros no! ¡Los libros no, pendejos chupapijas!

Atesté un par de golpes, muy torpemente, y sentí que uno hacía impacto. La sensación, nueva para mí, de cortar

un labio y recibir en los nudillos el filo de los dientes. El chico retrocedió, murmuró algo que no entendí, y arremetió. Creí que podía contenerlo, pero entonces, en un instante que se demoró durante siglos, lo vi sonreír y, presintiendo que su compañero estaba por atacarme, me di media vuelta y recibí el golpe de una baldoza en la sien izquierda.

Desperté rodeado de libros, acostado en un sillón que logré reconocer. El librero me aplicaba un paño en la zona afectada por el último golpe. Sentí la mordedura del alcohol.

—Calma —me dijo—, ya pasó. Lo encontré hace un rato inconsciente ante la puerta de la librería de al lado... y a unos metros su billetera, me temo que vacía. ¿Tenía mucho dinero? ¿Andaba con tarjetas? Yo que usted ya mismo las denuncio...

—No... poco, nada, menos de... —recordé que había pagado las empanadas, la coca y el whisky con un billete de quinientos. Traté de incorporarme.

—Espacio —dijo el librero— ese golpe no debió ser moco de pavo... ¿Por qué se resistió?

Iba a decir algo, pero me detuve.

El librero sonrió.

—Sí, ya vi los libros. Entró por el altillo, ¿verdad? No piense que es la única persona que se ha obsesionado así o que se haya metido de noche al sótano, sin permiso —rió— ¿Ahora me cree lo que le conté ayer, verdad?

Asentí con la cabeza.

El librero me alcanzó una taza de café.

No me pareció que fuera una variedad o un origen que ya conociera. Sabía bien, a frutos secos, a algo terroso y apenas dulce.

—Lamento tener que insistir en este tema dadas las condiciones, pero créame que debo preguntárselo. Había tres libros de Federico Stahl junto a la billetera, en la vereda... ¿es todo? ¿No se habrán quedado con un libro, no?

Dudé un instante.

—No —mentí—, eso es todo. Me había llevado esos tres libros...

Aquello pareció aliviarlo.

—Mejor, mejor. Quizá pronto pueda explicarle por qué, pero... digamos que cada libro que sale de aquí debe estar registrado por mí. Debo saber quién lo tiene, cuándo se fue. No pueden caer en ciertas manos. Sé que es un riesgo, porque las colecciones a veces terminan vendidas a colegas o... pero muchos de ellos son confiables. No importa si no me comprende, ya le explicaré, a su debido tiempo. Es más complicado que una simple planilla de Excel.

Sentí una vaga inquietud, pero imaginé que los motivos del librero no debían ser de mi incumbencia.

—Hagamos esto —dijo—: Yo estoy dispuesto a olvidar su irrupción si me paga la ventana del altillo; en cuanto a las tres novelas, tiene sentido que usted las conserve, y pensemos que se trata de mi compensación por el golpe. Después de todo, si no le hubiese contado lo que le conté ayer usted ahora estaría tranquilo en su cama, durmiendo el sueño de los justos y soñando que se toma unos JJ&S con Joyce...

—Me parece muy bien... pásame el costo de la ventana y lo liquidamos.

—Cuentas claras —dijo, y me estrechó la mano—. Ahora, dígame, ¿vio algo? ¿Algo que lo asustó? ¿Algo de terror? ¿Cosas sobrenaturales, cosas que le pudieran parecer irreales?

—No —dije—, nada de eso —bebí otro sorbo de aquel café extraño y complejo y añadí:—. Solo libros.

Leer las novelas de aquel otro Stahl se sintió como un déjà vú constante. Había, sí, referencias a su infancia, especialmente en Recta, donde encontré el texto que sigue:

...Rere regardant, a cada paso más clavado en el pasado, the beatings made me wise, uno, dos, cinco años y antes de llegar a Gaboto me sale al cruce una mañana de 1997, regresaba a la calle Nelson un poco a esta misma hora después de un baile en Facultad y mientras caminaba por Carmelo me emboscó el aroma de las flores, rosas y jazmines y la luz del amanecer en los árboles, la luz rojiza de los cuadros del Bosco. O cosa de barrio. Nelson 3514, aquella casa con el fondo que se perdía en la inexistencia, 233565. Ahora pensaría que solo había más barrio más atrás en el tiempo, el barrio Lavallega o Peñarol, la Gruta de Lourdes, la calle Yucutujá, los personajes, Ventomedio, el mundo subterráneo hecho de ruinas futuras, la ciudad flotante, el mar interior con su templo sumergido.. Eso que pasa en los barrios, El Negro Cañón, la renguita Gertrudis, Gertrudis Gansa. ¿Por qué le decís gansa, pobre renguita, qué mal te hizo? Abuelo, es un personaje de esta Pato Donald, mirá. No había agarrado la referencia. Eso pasa. Incluso cuando parecen obvias.

Si bien me resultaba un poco dudosa esa fecha de 1997 —que debía ser de este lado del punto de divergencia de nuestras historias—, lo que escribía Stahl sobre los jazmines y la «luz rojiza» me recordó mi adolescencia, especialmente la arboleda de la calle Carmelo, que me cautivó tantas veces (como al borde de una epifanía joyceana que, sin embargo, jamás llegó a asaltarme) cada vez que regresaba a casa de madrugada o al atardecer. Todo eso se me aparecía en términos que podían ser los de esa novela; es decir, dados mis recuerdos, yo podría haberlos narrado de esa manera, salpicada de algo así como un monólogo interior joyceano con citas del capítulo de «Proteo». Estaba también lo de la renguita Gertrudis, una pobre chica que recuerdo del barrio donde vivían mis abuelos a principios de la década de 1980 (por cierto: también funcionaba como un guiño a Gerty McDowell, el personaje del capítulo «Nausicaa» del *Ulises*, también renga), aunque no me suena para nada lo del tal «negro Cañón».

Es decir: no sé hasta qué punto podía considerarse la evidencia que buscaba, pero sentí la conexión, la unión, la base, el tronco común entre ese Stahl y yo. No éramos la misma persona, pero compartíamos el sótano de nuestras memorias. Y nos gustaban las referencias a Joyce, o las referencias a secas.

La lectura de las otras novelas —incluyendo las dos versiones de *Desintegración*, que no eran muy diferentes— me entretuvo durante una semana entera. Una de ellas, la «edición aniversario» incluía una nota biográfica bastante extensa en las solapas de tapa y contratapa. Allí se hacía referencia a un período «musical» de ese Stahl, en el que se

había desempeñado como guitarrista en bandas llamadas Santuario y Space Glitter. La releí con atención, y también a la otra, cuyo texto biográfico —y esto debía ser obvio: ese Federico Stahl se había muerto joven— era bastante más reducido. En cualquier caso, ambas eran abundantes en pasajes que resonaban en mi memoria y en metáforas y giros sintácticos que evocaban elementos de mi propio estilo, mi manera de escribir las ponencias y monografías que hacían a mi carrera. También creí reconocer en esas imágenes el eco de los escritores que siempre he amado, muchos de ellos desde antes de la adolescencia, por lo que debían ser parte de ese fondo común que compartía con el Stahl de ese mundo. Más allá de las sorpresas y las confirmaciones, debo decir que leer a mi doble ucrónico me tranquilizó. Él era de otro mundo, y sus obras habían roto alguna barrera para llegar a mis manos, pero a la vez la realidad que me rodeaba, la mía, me parecía sólida e inmutable. Y eso porque el orden del mundo no había desaparecido: se había apenas ampliado, cada historia, cada Federico Stahl, en su lugar, como una suerte de expansión del universo, un paso del universo al multiverso. Y la pluralidad de mundos no amenazaba al mío; de hecho, más bien lo confirmaba. No puedo explicarlo ahora, de hecho no puedo entender por qué, pero eso era lo que sentía. Los espacios infinitos de Pascal ya no eran ese abismo y ese vértigo, porque no estaban solos. Seguramente uno de esos Federicos escritores se haría entender mejor que este pobre crítico.

Por otro lado: ¿no era a su manera también maravillosa esa casi imposible profusión de escritores de obras apócrifas, de ficciones que se volvían reales, de falsificadores, de técnicos capaces de imitar encuadernaciones, tipografías y

papeles de probada antigüedad? No lo sé. Tenía el vértigo de los universos posibles en una mano (que, a su manera, también comportaba la hoja de doble filo —como los cuchillos Bowie— de la liberación de la carga existencial (si todas las opciones eran reales no importaba la del aquí y ahora: no *pesaba*, no *dolía*) y, a la vez, la de la anulación de una vez y para siempre, pasado y futuro, de todo significado.

También tenía claro que Wollfig y yo nos debíamos una larga charla en la que me contase más de su librería y del hecho increíble que permitía que estuviese en tantos mundos a la vez. Quería preguntarle qué sabía él sobre las otras realidades, si las había explorado en lecturas o si también las había recorrido físicamente. No me parecía inverosímil imaginarlo pactando con sus equivalentes de otros universos, intercambiando sus puestos, permitiéndose indagar en mundos diferentes. ¿Había leído, por ejemplo, aquella historia de una dictadura dilatada hasta el ochenta y ocho, con una guerra entre Uruguay y Argentina de por medio? ¿Había caminado por las calles de ese mundo en el que no existió Napoleón, o del mundo en que Nixon se convirtió en dictador? Recordé su memoria prodigiosa, que parecía sugerir su exacto conocimiento de todos los libros de la librería. ¿Se extendía esa facultad a los de las otras realidades? ¿Cuántas versiones de Nabokov, de Shakespeare, de Dante? ¿Cuántos autores deslumbrantes e inexistentes para mí? Entonces sentí crecer en mí una oleada de entusiasmo, y también de envidia. ¿Si exploraba lo suficiente la librería me sería posible leer la versión definitiva de *En busca del tiempo perdido*, terminada y corregida por ese Proust que se llevaba bien con Joyce y no murió en 1922! ¿Podría leer el poema (y el libro) que nunca

pudo acabar Mallarmé, o la versión completa del «Kubla Kahn» de Coleridge!

¿Y si podía llegar a comunicarme con el Stahl novelista, con el que no había muerto en 2007 y se había exiliado en Barcelona? ¿Podría ponerme a conversar con el Stahl de la versión de *Recta* que había leído sobre nuestros recuerdos de adolescencia en las calles de aquel viejo barrio Atahualpa?

Sentí que aquellos libros me abrían un infinito de posibilidades.

Siguiendo mi vieja costumbre esperé al viernes siguiente para visitar al librero. Ese día, lleno de entusiasmo, salí casi corriendo de mi casa; sin embargo, tras caminar la media cuadra entre 18 me llevé una sorpresa ante la puerta de la librería...

Estaba clausurada.

La puerta y la vidriera habían sido tapiadas con tablones, sin cartel alguno que explicase qué estaba pasando o si la librería se había mudado. Entré al local vecino y le pregunté a su dueño —también un librero conocido, que a veces se sumaba a las tertulias de los domingos— si sabía qué sucedía.

—No sé bien, creo que el viejo andaba en líos de plata. Cerró de un día para el otro.

—¿Pero cuándo fue la última vez que lo viste?

—Vino con un camioncito de mudanzas el miércoles y se llevó algunas cajas. Después, a las dos horas, entró con dos muchachos y unas tablas. A la hora u hora y media se fue, y esa noche, cuando estaba cerrando acá, vi que otra

gente clavaba esos tablones en la vidriera y la puerta. No se despidió ni dejó dicho nada...

—¿Pero no tenés el teléfono?

—Tengo uno viejo, podés probar si querés. Esperá que lo busco.

Busco en un archivo de tarjetas de visita y me anotó un número en un volante de su librería.

—¿Sabés lo que sí encontré? El póster de los Beatles. Vos te tenés que acordar. Estaba tirado en la calle; lo agarré y me lo traje.

—¿No lo tenés acá, por casualidad?

—No, querido, está en casa. Nunca había visto un poster como ese; debe valer algo. Qué cosa el viejo, lo voy a extrañar. Y voy a extrañar el café.

De vuelta en casa llamé, pero una voz sintética me anunció que el número no correspondía a ningún abonado al servicio Movistar.

Por muchos días le di vueltas al asunto. Recordé la conversación telefónica que había escuchado, en la que el librero hablaba de dinero; también estaba aquel hombre de gris y la discusión que habían sostenido en la que creí recordar la pregunta por un título específico. ¿Había que sumar la duda del librero sobre el posible libro robado? Yo le mentí descaradamente, y cuando lo creyó recuerdo que pareció aliviarse de una duda angustiada. ¿Qué había dicho? Debo saber quién lo tiene. No todos los libros, algunos. No pueden caer en ciertas manos. ¿No será que ante la duda de un libro perdido (porque cabía pensar que en realidad no me había creído, o que no podía estar

en verdad seguro de la verdad de mis palabras) terminó por preferir no arriesgarse y huir? ¿Pero era realmente necesario?

¿Se habría sentido tan amenazado como para dejar su negocio, el que había llevado por, hasta donde recuerdo, más de diez años?

No había manera de responder. Recorrí por semanas y meses la calle de la Feria, preguntando por las otras librerías y puestos ambulantes si lo habían visto o si se habían enterado de su paradero. Pero nada. Con el tiempo, los libros de Stahl, alineados en mi biblioteca junto a mis otros trabajos, empezaron a convertirse en formas fantasmales, arrancadas a la fuerza de algún sueño y ya erosionadas y desteñidas por el clima diferente de nuestro mundo. Poco a poco, llegué a pensar, se convertirían en imitaciones, en falsificaciones, en apócrifos, como si tuvieran ellos, especialmente ellos, que caer en los ciclos del deterioro y la descomposición, de pronto expuestos al aire tóxico de nuestro mundo.

Hace un par de días pasé por la calle de la Feria y me detuve ante el lugar ocupado por la librería. Habían abierto un nuevo local, una tienda de discos llamada AMRITA, nombre que, no sé por qué, me dio escalofríos. Entré y, supongo que inevitablemente, examiné la disposición de las góndolas dedicadas a los CD más viejos, ya objetos de colección para algunos hipsters, la vitrina con las ediciones remasterizadas de lujo, el enorme sector de los vinilos de 180g, los salones y pasillos. Noté que habían tirado paredes y abierto espacios más amplios y mejor iluminados, pero no

había diferencia ahora entre aquel interior y lo que sugería la fachada. Encontré, sí, una puerta al fondo, desde la que el cartel DEPÓSITO - SOLO PERSONAL AUTORIZADO parecía despejar todas las dudas. También habrían tirado abajo el altillo.

Movido por la curiosidad examiné algunos discos raros, buscando títulos que faltasen a mi colección. Entonces me pareció reconocer a una clienta que pagaba en la caja; era, o eso creí, la mujer que, hacía ya más de tres meses, había comprado la novela de Joyce. Me acerqué para hablarle; parecía apurada, y abandonó el local antes que pudiese dirigirle la palabra, pero no sin antes pasar lo suficientemente cerca de donde yo hurgaba entre CD de los años 90 como para permitirme ver que uno de los discos que llevaba, recién comprados, decía Space Glitter en la portada. Incluso de no haber reconocido ese nombre, el hecho de que ella hubiese regresado a aquel local, por sí sólo, bastaría para renovar mis esperanzas; después de todo, las propiedades físicas (si es que por ese lado andaba la explicación) de aquel espacio no podían haberse desvanecido. Quizá todos los universos seguían confluyendo allí, por más que las puertas y las paredes flanqueasen el acceso a esos otros ámbitos.

De modo que he resuelto frecuentar la disquería, para buscar entre todos sus discos alguna irrupción. Que maravilloso sería, me repito cada vez que atravieso la puerta y saludo a los empleados, encontrar casi oculto en el fondo de una góndola un álbum de los Beatles grabado en 1978. ☆

**NADIE
RECUERDA
MLEJNAS**

«Nadie recuerda Mlejnas» fue escrito en 2009 y apareció al año siguiente en *Otro Cielo* 8. Posteriormente fue reescrito, expandido y publicado como el libro homónimo por editorial Reina Negra (2011), y, tras más revisiones y añadidos, Mig21 Editora (2023). En su traducción al francés por Antoine Barral fue publicado en *Nadie recuerda Mlejnas/Personne ne se souvient de Mlejnas* (2019).

Apenas bajé del ómnibus guardé la novela que venía leyendo en la mochila y saqué el mapa. Qué pelotudo, pensé; siempre me pierdo en los lugares nuevos y eso me satura los nervios, me vuelve todavía más torpe de lo que soy. Un tipo de lentes de sol y camisa negra con lunares blancos que despliega con aires de diva un mapa demasiado grande. La gente de la plaza me miraba con el aire de resignada reprobación dirigido a los turistas que husmean en lugares que no valen la pena.

Las explicaciones de Rex sobre cómo moverme por Las Piedras habían sido pésimas; sin embargo a medida que recorría la plaza me pareció que terminarían por ser más útiles sus palabras que el mapa, que no parecía representar nada de manera adecuada. Podía ser de otra ciudad, si fuéramos al caso: una Las Piedras transfigurada, acaso mejor (mejor porque, al menos, estaba en un mapa).

Me esforcé por entender el trazado. Ahí estaba lo que debía ser la plaza central representada como un cuadrado perfecto, pero lo que yo veía —además de un ciruja

recostado contra una palmera, un grupo de chiquilines jugando con una pelota deforme y tres adolescentes que se turnaban con una guitarra hecha en casa con una tabla y partes de instrumentos arruinados— parecía un hexágono o heptágono incomprensible. Uno de sus lados no era otra cosa que el enorme cartel de un gobierno anterior particularmente estúpido, «en marcha al progreso» o «Las Piedras: una ciudad para crecer». Descascarado y lavado por demasiadas lluvias, dejaba ver en un estrato inmediatamente anterior el anuncio de una marca de cigarrillos y, todavía más atrás, la imagen estilizada de una escuela, como para hacer entender que el mundo, o su modelo a escala en Las Piedras, seguía en marcha indefectiblemente, pero no siempre hacia el progreso.

El mapa consignaba además cuatro calles que surgían en cruz de la plaza, pero yo contaba seis y un camino de tierra que moría en el fondo de un rancho donde jugaban dos niños o niñas de no más de cinco años, que se mojaban con la poca agua arrojada por una manguera verde flúo. Uno mojaba al otro y luego a una gallina; la gallina corría, los niños se reían, se pasaban la manguera, se mojaban, perseguían la gallina. Pronto todo empezó a parecer un loop.

Para llegar a mi destino tenía que ubicar la avenida José Gervasio Artigas y remontarla siguiendo la numeración creciente; era un poco aventurado creer que habría carteles con nombres, y de hecho no los había. Elegí una calle al azar y la recorrí casi una cuadra hasta dar con la primera casa que lucía una placa con número y nombre. JSE GVSO ARG. Las avenidas eran calles y los calles caminos, y todo parecía reciente y devastado, una ciudad nacida derrotada o de la derrota, una ciudad que había determinado, en

algún momento posterior a la civil, que no merecía otra oportunidad.

Cuando Rex y Jon me invitaron a visitarlos en su casa de Las Piedras lo primero que pensé fue que visitaría por primera vez la ciudad más castigada por la guerra. Por algún lado estarían las marcas concretas: los edificios rotos por el bombardeo de 1974, la municipalidad donde aquellos tupas quisieron recrear la batalla de El Alamo y concentrar su épica en una sola jornada. Era un paisaje que yo había visto en demasiadas fotos, en documentales innecesarios, y después Jon y Rex dirían que les gustaba usar, a modo de tipografías sonoras, aquellos horribles registros de sintetizador ochentero tan comunes en los documentales de *Teatro Histórico* o *La Guerra en Tevé*; era una marca generacional, insistieron, el punto de partida de futuros que jamás llegaron. Como la nueva Las Piedras, cabría pensar. Como el progreso que jamás llegó.

Estaba a punto de terminar de escribir mi libro *Cual retazo del espacio: la historia de la ciencia ficción uruguaya* cuando supe de la existencia de Space Glitter, una banda que por aquel entonces todavía tenía que empezar a cobrar notoriedad y que había grabado nada más que un demo de seis temas difundido en el ambiente del rock under. Es decir que sólo los escuché cuando mi amiga Agustina me pasó una copia del CD acompañado por un librito impreso a color con impresora láser sobre papel barato de fotocopias. Es de ciencia ficción, ¿ves?, dijo con una ansiedad que no entendí. Hojee aquellas páginas de 12 por 12 y me detuve en una reproducción de *El viaje de la vida: la juventud*, el cuadro hiperkitsch de Thomas Cole,

de la que un diagramador malintencionado o lúcido había descartado las figuras de los niños y el ángel para dejar apenas la inmensa mezquita o palacio que asomaba de manera imposible en el horizonte y el cielo pálido.

—¿Qué tocan?

—Glam rock terraja —dijo Agustina.

—¿Y si no te gusta por qué me lo pasás?

—No, no, a mí me gusta. Lo de terraja lo dicen ellos, mirá...

Tomó el librito, pasó a la última página y señaló, debajo de los detalles de instrumentación de cada track, las líneas siguientes:

MANIFIESTO DEL GLAM ROCK TERRAJA

Primera parte

El buen gusto es opresión

El arte es el lenguaje perverso del control
mental

La música es apenas una parte

El koncepto lo es todo y el koncepto es
imagen

Todos fingimos ser bisexuales, some of
us really are

El pensamiento no es más que el otro
lado de lo impensable

*Recorded, mixed and produced on The Head
by The Glitter Twins, November 2006*

—Eso está bueno aunque después no hagan la segunda parte. O no deberían hacerla: la gracia de esto es que quede incompleto.

—Yo qué sé. Igual si te lo traje es porque las letras son de ciencia ficción. A lo mejor te sirve para tu libro.

Le prometí escucharlo esa noche y así lo hice. Me quedaban todavía cuatro minibiografías por escribir para el apéndice enciclopédico (como me gustaba llamarlo) y leer un libro bastante nuevo sobre el despoblamiento del centro del país y las tres semanas de vida de la separatista República de Tacuarembó, tema que —era una de las tantas tesis que mi libro quería defender de un modo un poco torpe o difuso— me parecía de gran importancia para contribuir a una explicación del auge de escritura under y de ciencia ficción o fantasía a mediados de la década de 1980. A eso de las once el texto histórico me aburrió, así que marqué la página y me puse los auriculares para escuchar el demo de los Glitter. La intro y la primera estrofa de la canción que abría el disco no me entusiasmaron. Toda la canción era una imitación evidente de algún tema de Bowie o de Roxy Music, cantada con una afinación dudosa por un vocalista que recargaba la emotividad de su voz con ironía o pretensiones camp mal llevadas a cabo. Seguro que aquello tenía que ver con lo «terraja» del manifiesto, pero no entendía qué lugar tomaba la ciencia ficción o afirmaciones como aquello del otro lado de lo impensable. Miré en el librito el nombre de la canción: «The hit». Ana me había aclarado que Space Glitter pertenecía al nuevo movimiento de bandas que cantaban en inglés, en oposición al «latinismo» (como lo llamaban con desprecio) del rock uruguayo *mainstream*. La letra hablaba de una banda que quería componer un hit y necesitaba dar con un estribillo

pegadizo; el estribillo llegaba, pero sonaba de alguna manera deficiente, y después el hablante de la letra narraba el intento de la banda por corregirlo. Entonces, para el segundo estribillo, el gancho sí estaba allí. Y se repetía, y luego venía un solo de guitarra y el estribillo otra vez, y el estribillo otra vez a dos voces superpuestas en un arreglo que me hizo sentir que recordaba canciones cantadas en la infancia o coreadas en la adolescencia, y me vi en un ómnibus junto a mis compañeros de liceo, un domingo por la noche, de retorno de un campamento cantando la canción de moda.

No era un recuerdo real. Detuve el reproductor.

Necesitaba explorar un poco lo que había sucedido, esa magdalena adulterada, así que escuché el tema una vez más. La sensación no fue la misma, quizá porque no resistía la comparación nota a nota con el recuerdo tan reciente. STOP. El demo se titulaba *Say goodbye to the next millenium*; las canciones «The hit», «Flashback», «Flaming Dove», «The awakening», «The Lord», «Say Goodbye» y «Star Seventeen». Las letras venían mal impresas y con errores de ortografía, algunos de ellos quizá deliberados. Contaban la historia de un grupo de rock, ambientada en un mundo distópico dominado por un gobierno totalitario, cuyos integrantes eran inspirados («despertados», se repetía) por una entidad extraterrestre. Ese «despertar» equivalía a entender que lo que daban por real no era más que un simulacro, y seguía un intento de revolución finalmente aplastado, aunque en el epílogo de la historia (el consabido bonus track después de un largo silencio al final de la última canción) parecía abrirse una esperanza.

Había leído el librito con el reproductor apagado, como si hubiese sabido de antemano que la música de Space

Glitter era demasiado precaria como para arriesgar una escucha atenta. A la vez tuve que repasar algunas letras, no porque no entendiera el inglés bastante simple en el que estaban compuestas sino porque me costaba graspear lo que proponían los Glitter; no la narrativa tenue copiada de las novelas de Philip K. Dick sino lo que se desprendía (o debía desprenderse) de que fuera esa la banda real que lo enunciase. Porque debía pesar que vinieran de Las Piedras, con la complicada manera en que se vivió allí la civil, la dictadura militar, la escaramuza con Argentina por lo de las Malvinas y la apertura, las huelgas en las fábricas y las calles tomadas.

Al mismo tiempo sentía que no había razón para pensar que los Glitter tenían en cuenta *todo eso*, que creaban a partir de la historia reciente, que la comentaban de alguna manera o que, en última instancia, la conocían y les importaba. Pensé entonces que la música podía llenar los huecos en mi lectura, y me dispuse a escuchar el demo completo. Contra mis prejuicios, descubrí que los Glitter eran mejores músicos que letristas o narradores, y que había una facilidad en aquella música, una fluidez, que nada tenía que ver con el concepto narrativo armado un poco como un monstruo de Frankenstein que no logra ponerse en pie.

El último tema, sin embargo, funcionaba perfectamente tanto como «música» —en el sentido abstracto del término (que los Glitter de alguna manera negaban en su manifiesto)— como a modo de «narrativa» —pese a (o justamente a causa de) no tener letra. Al final del instrumental «Star Seventeen», entonces, llegué a sentir la derrota y la esperanza, la oscuridad total que no llega a cubrir esa última lucecita que de repente se entiende que

jamás se apagó y jamás se apagará. Creer eso último, creer en algo indestructible, es la mentira última y por tanto la esencia de toda ficción. El hecho de que los Glitter hubiesen logrado plasmarla tan bien —esa la creencia en que algo, o al menos una fuerza, está cuidando la luz al final del túnel— hablaba a su favor; más todavía si no la creían.

Le mandé un SMS a Agustina agradeciéndole que me prestara el disco; no le expliqué que poco tenía que ver mi gratitud —mi alegría— con el libro que estaba escribiendo, en el que no había en rigor un lugar para la banda más allá que como nota a pie.

Sin embargo, en los días que siguieron —me llevó casi dos meses terminar la primera redacción y otro tanto releer y corregir— seguí escuchando el demo e investigando un poco más sobre los Glitter, hasta convencerme de que podía y debía incorporarlos. En las últimas revisiones del libro aludí a la «lectura de la tradición dickiana de mundos alternativos unida a la clásica línea distópica, pero refundada en un contexto de rock and roll autoproclamado *terraja* y con resonancias gnósticas» que acometieron los Glitter, y los comparé a los intentos de asimilación de George Orwell formulados (con poco éxito desde un punto de vista estrictamente narrativo) por David Bowie en *Diamond Dogs* o por Pink Floyd en *Animals*, sin dejar de señalar conexiones de *Say goodbye to the next millenium* con *2112*, de Rush, aunque musicalmente no había ningún punto de contacto entre el glam retro, garage y low-fi de los Glitter y el rock progresivo y virtuosístico de la banda canadiense.

También incorporé una entrada sobre Space Glitter en la sección enciclopédica del libro, que reproduzco aquí:

Space Glitter: Banda «glam rock terraja» formada en 2002 por Rex (guitarra, vocales) y Jon (bajo) —no se conocen sus nombres reales—, que militó bajo la bandera de cierta negación a las tendencias dominantes del rock uruguayo en la primera década del siglo XXI. Su demo *Say goodbye to the next millenium*, no editado de modo profesional hasta la fecha en que esto se escribe, es uno de los raros ejemplos de un proyecto «conceptual» registrados por el rock rioplatense (en el que se detectan apenas dos o tres ejemplos, entre ellos *La conferencia secreta del Toto's bar*, de los Shakers, y —para algunos críticos más eruditos en la materia que quien esto escribe— algunas producciones en la carrera temprana del lamentablemente poco conocido Luis Alberto Spinetta, asesinado por militares argentinos en 1975 junto a los más renombrados León Gieco y Carlos «Charles» García Moreno). *Say goodbye* es un trabajo narrativo que bebe de la tradición anglosajona de la distopía y del relato de mundos paralelos, sin descuidar el doble sentido histórico-político. En un mundo regido por un estado orwelliano —al que a veces se alude como «The Empire» y otras «The Dominion»— irrumpe un mensaje de esperanza y rebelión proveniente de las estrellas. Los personajes descubren que la humanidad había migrado desde su mundo de origen a través de la galaxia; una facción se apuesta eventualmente en órbita a la Tierra y envía colonos para aprovechar las condiciones

ideales de su atmósfera y océanos. Estos son atrapados por un ser (o seres, no queda claro; en la canción «The Lord», lo más cercano del proyecto a un extraño *doom metal*, lo(s) oímos decir «my name is legion like Pazuzu / now you know, now you beg for your voodoo / soon you'll want to drink from my hoochie-hoodoo”) que genera una suerte de prisión virtual para sus mentes, haciéndoles olvidar su origen estelar y condenándolos a una vida de opresión. El mensaje del «pueblo de las estrellas», que aparece primero bajo la forma de una paloma en llamas en el sueño de uno de los protagonistas, incita a la rebelión, aplastada finalmente por el régimen. Si bien no se trata de un concepto original, ni tampoco narrado con solidez, los aciertos de la música convierten a *Say goodbye* en una obra sugerente.

Tras la publicación del libro fui entrevistado por varios medios de T.V., radio y prensa escrita especializada. La situación de alguna manera privilegiada de la banda — únicos músicos en un libro dominado por escritores—, supuse que llamaría la atención de los críticos, pero me equivoqué. Como ninguno de los entrevistadores me preguntó al respecto, ni reparaban los reseñistas en la presencia de los Glitter, para mis últimas apariciones en la radio, ya podría decirse que desesperado, saqué yo mismo la cuestión. El resultado fue inmediato: Al otro día recibí un mail de Jon y Rex.

Nos encontramos en un bar del centro un viernes por la noche. Era uno de esos consabidos boliches para veteranos, con mostrador largo, foto de Alfredo Zitarrosa y mínimas mesitas cuadradas. Me resultó un poco extraño que me citaran allí, pero luego entendí que el bar estaba cerca de El Ojo de Axew, uno de los pubs centrales en la escena under según me explicó Agustina.

Llegué un poco más temprano que lo convenido, pero ellos ya estaban allí. Era imposible no reconocerlos: Rex tenía el cabello alborotado al modo del Bob Dylan de *Blonde on blonde* pero teñido de rosado y violeta, y vestía una camisa plateada llena de pins y gastada por demasiados lavados, todos hechos en décadas pasadas. Jon, más alto y disperso, vestía un saco negro muy largo sobre una musculosa blanca desgarrada. No olían bien: detecté toques de vómito, vino lija y semen, pero saludaron con una alegría que sentí sincera, así que me alegré de inmediato. Jon tenía un vaso de vino y otro de cerveza y devoraba una enorme empanada criolla. Rex, durísimo, bebía de a sorbitos aplicados un vaso de whisky, lo cual contrastaba con la calma caótica de su compañero. Ambos, pero más Rex, hablaban con voces raras, especialmente en cuanto a un acento artificial que parecía traducir al castellano las inflexiones de un inglés de Birmingham, Liverpool o alguna otra zona proletaria de Inglaterra, a la vez que incorporaba palabras en inglés o spanglish que yo, para nada inocente de anglofilia, no había oído jamás; y menos que menos adjetivos como «hiperdeslumbrante», «metaparoquístico», «parapsicodélico» o «psicodelicada», este último jugado sobre el paño para referirse a una «veterana» que querían presentarme por su colección de ciencia ficción editada en España y su virtuosismo felador.

Me contaron, entre otras cosas, que estaban atravesando un *hiatus* en la vida de la banda, dado que su baterista los había abandonado.

—¿Y qué están haciendo ahora? ¿Ensayan, componen...?

—Back in da studio. Los toques son el costado burdo del rock, la payasada performática frente a la multitud embistiente. Totalmente necesario en un sentido pragmáticus, claro, pero a Joncito y a mí lo que nos interesa es komponer, con K, *the koncept*...

Por estudio se referían a una computadora, una consola portátil y un montón de cables, el corazón de lo que describieron como «The head, el núcleo físico de actividades de la banda en el espacio-K», una casa de dos pisos que habían ocupado en Las Piedras.

—Tenés que venir a escuchar lo último... es una canción memorable, enfocada de un modo artístico-unitario-aglutinante —Jon recitó esas palabras con el entusiasmo de quien las ha aprendido hace poco, y Rex asentía con un gesto que daba entender no sólo su supervisión del discurso de su compañero sino su complacencia ante el hecho de que Jon repitiese aquellos términos disparatados como si pertenecieran a un léxico técnico consagrado por generaciones de expertos—, sin ningún tipo de gancho a ningún concepto. Esta vez abordamos un enfoque más de singles...

—Un enfoque prebeatle —completó Rex—, completamente lo opuesto al demo anterior pero complementario. Un compliment a los oídos: ya era hora. La descanción is called «Andromeda revisited», y es lo mejor que hemos sonagenciado hasta now.

—Hasta low —dijo Jon, y rieron del chiste compartido.

Las sonrisas les quedaron petrificadas en la cara a partir de ahí, y empecé a ponerme nervioso. Rex se dio cuenta y sirvió un vaso a rebosar de vino rosado. Me lo arrimó, lo bebí, y se me fue casi de inmediato a la cabeza; nada de mi cuerpo estaba preparado para ese tipo de agresiones. Soy más de la cerveza, pensé en decirles, pero Jon se había puesto a contar la noche que había pasado con la líder de una banda punky llamada The klondykes, quien, después de una hora y pico de que Jon se la cogiera por todos los orificios disponibles se colocó en la pelvis “uno de esos arneses que usan las tortas” y, armándolo de un dildo de buen calibre, procedió a levantarle las piernas a Jon para hundírselo en el culo.

—Y garchaba re bien —dijo—; serruchaba y serruchaba y yo me iba empapando la panza de leche. Como para hacerse un cocktel.

Rex iba a decir algo pero se detuvo, porque habían llegado las chicas, incluyendo a la veterana «psicodelicada» de inmediato presentada como Bea. Fuimos a Pórtico, donde estaba tocando una banda llamada Dundee, y después Bea me llevó a su apartamento. No recuerdo gran cosa, menos aún sus presuntas dotes orales; el vino de Rex, naturalmente, había sido cargado con pastillas. Pero sé que no fue una mala noche.

La casa de Jon y Rex ocupaba el centro de una manzana baldía, frente a una usina eléctrica que llenaba el aire de un pulso grave y profundo y reiteraba cables de alta tensión como líneas de fuga en un manual de perspectiva. Era una casa vieja, de dos pisos, y parecía tan sólida como al

borde del derrumbe. Una cerca rota intentaba separarla de la calle; en lo que debía ser la entrada al predio había varios posters pegados, todos ellos de toques de la banda, con fotografías en las que Rex y Jon se sumaban a otros músicos en poses deliberadamente obscenas o ridículas. Alguien había graffiteado PUTOX sobre la portezuela que se bamboleaba con el viento, CHUPAPIJAS en la cerca a la derecha y SIDOSOS a la izquierda. Caminé hacia la puerta, subí la escalerita que la separaba del terreno y busqué el timbre. No había más que un agujero en el revoque, lleno de telarañas. Golpee con fuerza y retrocedí, bajando la escalera. Me pregunté cómo habían dado los Glitter con la casa, que parecía una versión reducida de la mansión de la Familia Addams, aunque mucho más destruida, destruida hacia adentro, como implosiona a contramano del tiempo. Eran las cinco de la tarde. Pensé que debía ser la hora en que los niños de Las Piedras salen de la escuela y caminan con frío hacia sus casas, prontos para tomar café con leche en una salita pobre y acogedora. Pero ni hacía frío ni había nadie en las calles, más allá de dos o tres viejos de piel tiznada y guantes de dedos recortados, el más alto de los cuales empujaba un carrito de supermercado cargado con cajas de cartón y una maceta con un arbolito. Caminaban trabajosamente, pero sin aflojar, y se alejaron hacia el derrumbe remoto y perpetuo de la ciudad siguiendo los cables en el cielo.

Cuando volví a mirar la puerta escuché una voz, me pareció que la de Rex:

—¿Quién está ahí?

El tono de la pregunta había sido agudo, exagerado.

—Federico —contesté—; Federico Stahl... habíamos quedado en que... ehm...

Un destrabar de cerraduras y un chirrido de bisagras oxidadas dieron paso a la cara de Jon, asomada por una rendija mínima. Deben estar acostumbrados a la cautela, pensé.

—Ah, pasá, pasá, no nos acordábamos de a qué hora te habíamos dicho.

El invitado de Drácula. Jon me palmeó la espalda y sonrió.

—Buena remera —le dije. Llevaba la cara de Luis Miguel en el pecho, maquillado con el rayo de *Aladdin Sane*.

—¿Esta? Sí, está buena, las pinta un pibe de por acá... de la poca gente que vale algo en esta ciudad shiteada por el hijo bobo de Cthulhu.

(Pronunció «chulú», a la manera de tantos escritores uruguayos ochenteros de ciencia ficción).

Estábamos en un zaguán vacío. Jon abrió la puerta cancel y entramos a una sala más grande en la que había apenas una mesa de caballetes y un armario cerrado.

—Nuestro humilde hogar —dijo, percatándose de que yo paseaba mi mirada por todos los rincones.

—Debe estar bueno tener un lugar así, ¿no? Para tocar, componer...

—A las gatas les gusta. A las gatas que valen la pena, digo.

Más allá del zaguán había imaginado una gran escalera en el centro de la sala, pero en su lugar estaban la mesita, el ropero y dos puertas abiertas que conducían a un comedor y a la cocina. Y contra una de las paredes una escalera caracol de metal, como en un búnker.

—El estudio es arriba, andá subiendo nomás, yo voy a buscar algo para picar...

Sentí que le había cambiado el acento y lo atribuí a la necesidad de hablar afectadamente en Montevideo; agarré con fuerza la baranda: el metal se sentía rugoso y esquirado. La escalera se mecía a cada movimiento, así que cerré los ojos, tragué saliva y apuré el paso hacia el piso de arriba.

Rex estaba esperándome con los brazos abiertos.

—¡Qué bueno que viniste! Vení, pasá al estudio...

Me guió por un pasillo hacia una habitación sin ventanas. Contra la pared opuesta a la puerta había una mesa enorme. Sobre su superficie de formica verde se levantaba la torre de una computadora, sin paneles laterales y por tanto con todas las piezas internas a la vista. Reparé también en una consola mezcladora, un equipo de audio AIWA con las tapas de las caseteras rotas y una maraña de cables. Y por encima de todo —yo había imaginado que si los había serían de Kraftwerk o Bowie— un poster de Bernardo Benschluss junto a dos morochas tetonas, supongo que tomada de la promo de alguna de sus películas.

—Welcome a la Cabeza, el cuarto de los juguetes —dijo, y señaló el piso. Miré. Como veinte pedales, una telaraña de cables. Y también un colchón de plaza y media, apoyado de pie contra la pared a un lado de la puerta

—¿Hace cuánto que no se ponen a desenredar? — pregunté, tratando de hacer sonar las palabras más como chiste que como observación.

—¿Qué importa? A los toques llevamos los pedales, nada más... Tenemos cables especiales para tocar, de los buenos. Jon encara, pero yo en vivo soy clumsy, me tropiezo, desenchufo cosas... breiqueo plugs. Con cables buenos se minimiza el riesgo...

Había sólo dos sillas. Rex –en quien sí persistía el acento, evidentemente– se sentó y señaló la otra.

—Después Joncito se trae la suya, sit down nomás.

Miré los instrumentos, apoyados contra la pared. Había un bajo blanco, una guitarra acústica en excelente estado y otra de doce cuerdas (faltaban algunas) con la marca raspada. Rex reparó en que estaba admirando la acústica.

—Lo mejor de la sobrevalorada marca Fender —dijo, y alargó los brazos para agarrarla—, me la trajo una tía de Estados Unidos. Lo mío son las Gibson, así que el día en que empecemos a pasar hambre la vendo. Pero sólo ahí. O no, ni ahí tampoco.

Me mostró más instrumentos.

—Las eléctricas no son tan buenas... la Les Paul epiphone es mía, la Samick pseudoestrato del guarango de Jon. Mi plan es comprarme algo mejor a fin de año.

Debió detectar mi incredulidad.

—Todo está ultra expensive en este país shiteado. No hay instrumentos como la gente. Bueno, acá no pagamos renta y robamos electricidad y agua, pero en realidad... tres cuartas partes de Las Piedras hacen eso. Así son las cosas acá, amigo montevideano. Entonces el dinero que entra se va en comida y drogas. Tenemos una buena capacidad de ahorro, así que mantenemos bien up to date la PC. Precisás lo último para grabar como realmente wanteás, aunque en lo personal aborrezco la parafernalia de plug-ins en boga, que Jon en cambio considera indispensable...

—Sí, te entiendo.

—Bueno, acá hay algo para ir tirando hasta la noche —dijo Jon, que había entrado con una cerveza y un paquete de papas fritas...

—Se agradece, Clotilde —dijo Rex, tomando la botella. Jon me pasó el paquete de papas. Lo abrí.

—No tenés silla, Joncito, traete una de mi cuarto...

—El piso está bien, como le digo a los nenes que traigo a casa...

—Porque las nenas no vienen, ahí está el tema de las pulgas —dijo Rex, señalando al colchón. Jon encendió un cigarrillo y se encogió de hombros.

—Estos días Joncito ha estado slipeando acá. Programa las baterías para Andrómeda. Yo soy bastante malo para todo lo que sea percusión.

—Porque no tenés sentido del tempo, cabrón...

—Hay cosas más importantes... Mirá, Stahl, ahora vas a escuchar el último tema de Space Glitter.

Me acomodé en la silla. Rex movió los parlantes del AIWA, tocó el ecualizador del sistema de audio de la PC y abrió un archivo llamado ANDROMEDA-ÚLTIMA.

Los Glitter se cruzaron de brazos y cerraron los ojos. El tema empezó a sonar. Tenía un gran parecido con «The awakening», y la instrumentación quedaba en piano cabaretero, guitarras acústicas, eléctrica con distorsión haciendo arreglitos y un solo, más alguna irrupción aquí y allá de un teclado en plan sintetizador retrofuturista. Sonaba bien; la mezcla resaltaba con mucho más cuidado que las de *Say Goodbye* y todo sonaba grabado con esmero superior, como si Jon y Rex hubiesen aprendido de los errores en su primer proyecto. Al mismo tiempo, la voz hiperafectada y los coros camp esta vez parecían quedar en el aire, sin agarrarse a algo que los justificase. Le faltaba cierta elegancia, pensé; podía entender el propósito «terreja» de la música pero, por alguna razón, con esa nueva canción me resultaba incómodo.

—Sonás como un cantante de cumbia gay —le dije a Rex después de que terminó la canción— si es que los hubiera...

—¡Excelente! ¡Precisamente eso! Hay que descolonizarlo todo, sacar la heteropresión de la música y abolir el repudio a la tropical.

—Salvo a la cumbia de machitos, obvio. Long live el glam rock terraja —dijo Jon—, estás entendiendo, Stahl.

—¿Y no van a volver a la ciencia ficción?

—Bueno... —comenzó Rex—, yo no sé si usaría ese término, no sé si es nuestro género. Es parte de una discusión que tenemos con Joncito y sobre todo con nuestro maestro... ajustando tuercas.

—Después te hacemos una copy de Andrómeda, así la escuchás en tu casa —dijo Jon—. Tiene detalles que hay que digerir con cuidado... luego nos contás.

—Igual no te pienses que la ciencia ficción no nos gusta, ¿eh? Al contrario, lo que pasa es que *Say Goodbye* es un disco realista, si lo sabes escuchar.

Supuse que aludía a las referencias a la dictadura y asentí. Pasamos un par de horas escuchando música y conversando sobre ciencia ficción. Jon habló ante todo de películas, casi todas recientes más algún clásico de los setenta, y confesó que el único libro de ciencia ficción que había comenzado era *SIVAINVI*, de Dick (a quien llamaban alternativamente «Felipe Kapito» y «Filipus Dickus») y eso porque Rex le había insistido (y seguía haciéndolo, aclaró). Pero no había podido pasar de la página cuarenta. Rex había leído más, en su mayoría clásicos, *El hombre demolido*, *Ciudad*, *Más que humano*. Me mostró su biblioteca, armada con tablas, ladrillos y cajas de cartón. Había unos cincuenta libros, de los cuales más o menos la mitad pertenecía al género. Todos

eran de autores anglosajones y anteriores a los setenta, con ningún ejemplo local. Mi primer reflejo fue cierto alivio al confirmar lo que había escrito en *Cual retazo*: los Glitter no tenían nada que ver con las líneas de la ciencia ficción uruguaya, no la habían leído, no la conocían. Después constaté que las influencias de *Say Goodbye* estaban todas allí.

Los otros libros eran más raros, esotéricos todos ellos. Títulos como *Las mansiones filosóficas*, *Dogma y ritual de alta magia*, *La orden del Escatón*, *El pandemonio de Lemuria*, *Los textos sagrados de Thelema*. Seguimos conversando de literatura en general y de música, y hablamos un buen rato de David Bowie, en particular de su disco *Diamond dogs*. Rex dijo que no era su favorito pero que debía contarse entre lo mejor de todos los tiempos; Jon le quiso discutir que esa afirmación se quedaba corta, y que el disco era «lo más Bowie que Bowie hizo jamás». Pronto, como con cierta cosa ensayada en el intercambio, llegaron a la conclusión de que «Rock and roll with me» y «We are the dead» eran temazos que tenían que «derivar». Entendí que ese verbo era su eufemismo para copiar o imitar y se los pregunté tratando de sonar gracioso.

—Las imitaciones es todo, eso no lo tenés que dudar nunca.

Les contesté que, sin ser fanático hardcore de Bowie, había escuchado sí *Diamond Dogs* y que me había gustado bastante, pero que para mí la perfección de la música de su autor estaba en los discos entre 1977 y 1980.

—Es lo más politizado —dijo Rex—, tienen cosas buenas, pero se le fue el glam, que era lo mejor.

Me llamó la atención el término «politizado», justo en

relación a esos discos, que siempre me parecieron (y a los pocos autores que leí al respecto, casi siempre en relación al futurismo cienciaficcionero de los años setenta) más bien tecno y un poco autistas, pero no dije nada. Cuando se terminaron las cervezas Jon propuso ir al súper a comprar más. Como ya era un poco tarde les dije que me retiraría, y aprovechando su salida de reaprovisionamiento les pedí que me acompañaran a la terminal. No insistieron en que me quedara, y aceptaron escoltarme de buena gana.

—¿Querés ver el vestuario? —me preguntó Jon. Le dije que sí.

—Pero Joncito, los magos no revelan los trucos...

—Callate, paparulo, que nosotros sabemos decir los secretos y callar el misterio.

Jon rió y se metió por un pasillo oscuro. No supe si seguirlo, si Rex había hablado en serio. Segundos después volvió a aparecer y me hizo señas de que lo siguiera.

—Venite nomás.

Todo fue más bien desilusionante. Un cuarto diminuto, que en algún momento debió ser de servicio o el lugar para las escobas, los baldes y las bolsas de basura, convertido en guardarropas mediante una hilera de clavos encajados a lo bestia (se veían las grietas) en la pared. Lo lógico había sido pensar que allí había camisetas plateadas, boas de plumas y pantalones fucsia de spandex, pero lo único que vi fueron el saco largo que ya le conocía a Jon, la galera de Rex, tres camisetas bastante comunes y corrientes, un par de chalecos y, separado de todo lo demás, un uniforme militar con gorra y lentes.

—El disfraz de Michael Jackson de Jon —dijo Rex, que nos había seguido.

Jon sonreía con orgullo.

—De cuando estuvo en la Casa Blanca con Reagan...

—Un fucking key moment del siglo veinte —completó Rex.

No supe qué decir.

—Nos lo regaló el viejo Ramírez, que se lo llevó de la casa del Rubén T. cuando murió. ¿Lo conocés, no? El mejor imitador de Michael Jackson de Las Piedras.

—Pero era de Montevideo, el modelo T —añadió Rex—. Se recibió de la faculta de humanidades y todo. Antes de la Civi, claro.

—Mirá, yo no sé si no llegó a enseñar... Después haceme acordar que le pregunté al Maestro.

Jon se puso su saco sobre la remera de Luis Miguel y Rex tomó uno de los chalecos y la galera. Pensé que, si le ponía ganas a la cosa, aquella cosa rotosa y ridícula podía parecer tomada de algún retrofuturo steampunk.

Después entendí que todo era precario pero a la vez *funcionaba*. Y que eso valía tanto para su ropa como para su música.

—¿No les gritan nada, por la calle? —les pregunté ya afuera.

—Vos lo decís por las chanchadas que escriben en la cerca —dijo Rex—; y sí, esto no es como Montevideo... o sea, es todavía peor, pero no porque la gente piense así, por ser tan porquería, sino porque todavía creen que tienen que fingir eso, ¿me entendés? Shitear porque se debe. O exagerarlo. Acá todos los machis se comen travoltas los sábados a la night, en el Cromo, en las afueras. Geografía pedrense básica, estimado. Pero que ni se te ocurra que te vean como otra cosa que el buen heteropatriarca uruguayo de voz grave y complexión adusta. Por eso la clave es exagerar la contraria. Ni Jon ni yo teníamos esta pose en

el liceo, pero imagínate lo que hubiese sido. Todo bien con la sodomía, pero... son cosas que se notaban. En tu época era peor, me imagino... A mí, te tengo que confesar, una buena concha me gusta más que las pijas con las que se babea Jon.

—¿Mi época? ¿Pero vos cuántos años tenés?

—Veinticinco —contestó—, y Jon veinticuatro. Vos tendrás treinta, treinta y uno... Vi que te decían el niño prodigio de la literatura uruguaya, pero...

—Veintiocho —lo corrigió—, y aun así no creo que haya diferencias de peso, ¿no?. O sea, más o menos fuimos adolescentes en la misma época.

Estábamos subiendo al centro de la ciudad. Un par de chicos con pinta de metaleros nos saludaron desde la vereda de enfrente y cuatro cuadrados después otros pendejos nos gritaron putos de mierda chupapijas del orto. Jon los puteó en una jerga que no comprendí mientras Rex se agarraba la entrepierna con una mano y lanzaba un aullido a la Michael Jackson.

—¡AAAAUUU!

Por un momento pensé que había caído en una pelea callejera —ya estaba poniéndome nervioso y tratando de recordar algún consejo perdido en el tiempo sobre cómo pararse y cómo golpear— pero la cosa no pasó de la consabida escalada de puteadas y gestos.

—¿Era de esto que hablabas, no? —preguntó Rex después que los pendejos se retiraran—, no te voy a negar que sí, que estamos repodridos, pero también está bueno el desafío... y sin eso no hay rock. Me encanta cuando Joncito hace el IIII-JIIII del negro Jackson. ¿Podés creer que los asusta? O sea, no saben qué pensar, si somos mongólicos o qué. Y después de eso les parece que no pueden pegarnos. Ahí la quedan, porque les caemos con todo.

Noté que el acento artificial le había desaparecido.

Jon levantó la mano en un brindis imaginario.

—Bueno —comencé—, es que en Uruguay de alguna manera el rock ha tenido ese gesto under o rebelde, según está más o menos consensuado. Al menos hasta hace unos años, cuando se oficializó cierta tendencia y sus antecesores directos, que pudieron tener, en su momento, no te niego, alguna forma de lectura política, incluso algún perfil contestatario, pero se trataba de gestos que no podían importarse fácilmente a la realidad política uruguaya... Y... Bueno, lo que siempre me hizo gracia es como nadie reivindicó una faceta especial de la lucha contra la dictadura... o sea, siempre se defendieron cosas como el Canto Popular, que en el fondo es la cosa más conservadora y reaccionaria que existe, o también algún tipo de actividad desde una perspectiva política en el sentido más simple del término —sentí que me enredaba en clichés—. Pero a nadie se le ocurrió que el glam rock, el rock bisexual, que estaba disponible desde antes incluso de 1973, representara un desafío mucho más grande y contundente. Especialmente luego que se supo del asesinato, tortura y desapariciones en los campos de reclusión para homosexuales durante y después de la Civil. Por eso no entiendo por qué no surgió una respuesta más visceral. Es decir, hubo sí una rebelión, pero que pactó con muchas cosas que hacen pensar que lamentablemente lo peor de la dictadura fue su lección aprendida a la fuerza por una generación, incorporada...

—No sé —me interrumpió Rex—, nosotros no nos ponemos a pensar; hacemos esto porque nos gusta y porque el 99 por ciento de los uruguayos son unos mediocres de mierda, y llevarles la contra está bueno —y agregó, de nuevo

con el acento—, *it's good*. A mí todo el cuento de la civi me tiene podrido, además.

Habíamos llegado a la terminal. Noté los vidrios opacados, el olor a pichí de pichi, la cumbia en los altoparlantes y la suciedad en los asientos de plástico que miraban a la apertura de los andenes. Supuse que cuando había mal tiempo aquello debía cerrarse con puertas corredizas, pero lo único que encontré fueron unos bastidores de madera pintada y nailon marrón. Una mujer de macizos metro cincuenta de estatura y cara diminuta hecha de líneas horizontales barría despacio. En los mostradores había tres mostradores vacíos y uno atendido por una mujer flaquísima, de edad indefinida y con la piel cubierta de manchas y pecas, como en un mapa físico.

—Hola; quisiera un boleto para el próximo a Montevideo...

El olor a cigarrillo era abrumador, pese a que ni la mujer estaba fumando ni había un cenicero cargado. Me pareció que el tufo manaba de su piel, que estaba almacenado para siempre y a presión entre las arrugas.

—¿Usted no escucha la radio ni ve televisión, joven? Hay huelga sorpresiva desde hace una hora y media; balearon a un taxista en el Cerro. No sale ningún ómnibus hasta las seis de la mañana.

—¿Pero cómo? ¿No sale ninguno? ¿Y no hay servicio de emergencia?

—Eso no depende de mí, joven; a lo mejor llega alguno antes de las doce. Si quiere esperar, es asunto suyo...

Jon y Rex me miraban desde un banco de la plaza.

—No hay ómnibus —caminé hacia ellos y les dije—, parece que paran porque mataron a un taxista. Según la mujer que atiende hasta las seis de la mañana no hay

nada, pero que a lo mejor pueda aparecer algún servicio de emergencia... no sé si esperar o...

—Chitara es lo más mala onda que hay, pero dice la verdad siempre, y a vos me parece que te trató bien. Te la podrías coger si quisieras —me interrumpió Jon—, en un momento de necesidad todos lo hicimos y, la verdad, tiene lo suyo la flaca. Pero ahora no jodas, te quedás con nosotros. Aparte, hoy va a ser una gran noche... ¡te quedás en casa, no rompas las bolas!

Imaginé por un instante pasar la noche entre cucarachas y ratones. Las arañas, las polillas, los gritos desde la calle, las persianas que se golpeaban, el viento sacudiendo la casa a punto de derrumbarse, un colchón húmedo y maloliente...

—Eso sí, si te cogés a la Chitara la japi va con dos forros por lo menos...

—¿Cómo es la noche acá? —les pregunté ya encaminándonos al supermercado.

—Bueno, nosotros pasamos mucho encerrados grabando y haciendo las mezclas, pero hoy, *justo hoy* tenemos planes, y está buenísimo que te quedes...

—Es el destino —lo interrumpió Jon, mirándome—, si te ponés a pensar, *tenía* que ser así.

—¿Por qué? —pregunté— ¿Qué pasa hoy?

—Ya te vamos a explicar. Por ahora imaginate que te regalaron un viaje al Congo —rieron— ¿Viste Las Piedras? Bueno, querido, eso no es nada.

El supermercado estaba lleno de familias haciendo las compras para el fin de semana, como si fuera ya rutina la llegada de un huracán. Me puso nervioso que nadie se fijase en la ropa de Jon y Rex, y sí en los lunares de mi camisa, que de pronto me parecieron un intento ridículo de congraciarme con una idea mal formada de lo que eran los Glitter.

En el mostrador de la panadería se desempeñaban dos gemelos. No pude dejar de mirarlos; uno era apenas más alto que el otro, más robusto también, pero aparte de eso eran tan idénticos que hasta tenían la barba igualmente crecida, como de tres o cuatro días. Imaginé que se afeitaban con movimientos sincronizados y traté de escuchar qué se decían.

—¿Qué? ¿Que qué? —se repetían, con caras de fastidio. Jon estudiaba las bebidas de mayor graduación.

—Había pensado comprar unas cervezas, nada más, a lo mejor un vino para tomar antes de salir... ¿vos qué pensás? Porque ahora tenemos un invitado...

—Yo no quería añadir gran cosa al acontecimiento, pero ahora que tenemos invitados hay que cambiar de planes...

—¿Qué acontecimiento? ¿Qué tenían planeado para hoy? No quiero que cambien nada sólo porque yo...

—Nada, ya te vas a enterar... igual Jon tiene razón, ya que tenemos un invitado, hay que agasarlo —se acercó a la góndola y tomó un Absolut, que le tendió a Jon, y un Johnny rojo, que estrechó contra su pecho con cariño.

—¿Cuánto hay que poner? —pregunté, pensando si había traído dinero suficiente.

—Nada, nada, dejá... invitamos nosotros.

—Pero ahí ya van gastando mil y pico... no sé si...

—Cállese la boca, que esta es una ocasión para celebrar, ¿o qué?

No supe qué responder. Jon propuso aprovisionarse de snacks.

—Unas papas, por lo menos —dijo.

—Yo invito con la comida... además, si vamos a tomar ese whisky y ese vodka habría que hacer un poco más de base, de piso...

—Ni hablar. Hoy invitamos nosotros —sentenció Rex—; la próxima, en Montevideo, vemos. Pero tenés razón, vamos a comprar unas hamburguesas. Jon conoce un truco para hacerlas al microondas; pensás que van a quedar una porquería pero nada que ver...

Me sorprendió que desembolsaran tan fácilmente esa cantidad de dinero; entre comida y bebida (Jon dijo que no había que retirar tan fácilmente su fidelidad al vino y la cerveza, así que además de las otras bebidas llevamos tres litros de cerveza y un tetrabrik de tinto) gastaron casi dos mil pesos. Para mí semejante gasto de fin de semana hubiese sido impensable, pero me dio la sensación de que les resultaba fácil encontrar excusas para permitirselo. Pensé en preguntarles, entrada la noche y con más confianza, cómo se ganaban la vida. No fue necesario. Saliendo del súper nos encontramos con un veterano pelado y con cara de tonto acompañado de tres tipos extrañamente jóvenes —adolescentes lampiños y rubiecos, con cara cachetona— que parecían recién salidos del gimnasio. Uno de ellos tenía tatuado un Pokémon en el cuello, de los más conocidos, aunque no lo supe identificar.

Rex se apuró a saludar. Conversaron un rato, parecía que en buenos términos, a unos pasos de dónde nos habíamos quedado Jon y yo. El hombre palmeaba a Rex y, finalmente, le pasó un sobre abultado. Después se acercaron a nosotros; Jon saludó al hombre (los gorilas mutantes adolescentes se habían quedado atrás) y Rex me presentó. Federico Stahl, dijo, escritor de la capital.

—Hans Neumeyer, el Führer. Encantado —dijo, tendiéndome la mano—, es un placer recibir intelectuales en nuestra pequeña ciudad. Cualquier cosa que necesite,

pídaselo a estos buenos amigos, que se lo harán llegar como una cortesía de un servidor.

No supe qué decir. El tipo me palmeó la espalda —el mismo gesto que había mostrado con Rex— y nos saludó a los tres antes de reunirse con sus patovicas.

—¿El Führer? —pregunté, pasado un tiempo prudencial.

—Claro, el Führer de Las Piedras... no te pienses que por ser nazi ni nada, al contrario; andá a saber si pensó que era la manera de presentarse acá, para que todos entendieran, ¿no? No era lo mismo llamarse el zar o el emperador. Y así como lo ves este tipo es el amo y señor indiscutido de las drogas y la prostitución en Las Piedras. A nosotros nos quiere porque le conseguimos dos cosas que de otra manera no podría tener: marihuana transgénica y merca no sólo pura sino especial.

—¿Y ustedes de dónde sacan eso?

—Bueno, pura lo que se dice pura capaz que no... y lo de transgénico es marketing... o no, porque son híbridos de diseño, ¿entendés? Todo contactos. Tenés que saber que las fiestas del Führer son una cosa increíble. Mirá, Las Piedras es una ciudad con detalles que no hay en ningún otro lado. Te lleva un poco de tiempo mapearla, pero al final todo está bastante claro. ¿Querés la info? Prestá atención. Tenés ante todo tres tribus: los metaleros, los punks y los cumbieros. Y son metaleros en serio, punks en serio y cumbieros en serio. Gente que toca de verdad. Antes la ciudad la controlaba la gente de la cumbia; tenían el monopolio de la droga y la joda. En los toques de bandas cumbieras, en los bailes, era donde se concentraba todo. Pero a fines de los noventa apareció este tipo. Hijo de

alemanes y suizos, se fue de Nueva Helvecia a Montevideo a los catorce años. Fue punk, estuvo preso, empezó el movimiento de putas a Italia en los noventa, traficaba oro. En el 2000 volvió y le hizo la guerra a la mafia de la cumbia. Y ganó, ahí está lo genial. Él solo contra los caribes. Pero no los arrasó, ¿entendés? Siempre los respetó, en realidad, y por eso los tipos todavía mueven sus cosas, guita y minas y taxiboyos y trabucos con 130 de tetas y culo y pijas de 30 centímetros, pero los abastece el Führer. Los administra. Hasta los debe supervisar, mirá. Todo el año los metaleros y los cumbieros se cagan a palos en el Abando, o los punks y los cumbieros, pero en las fiestas que da el Fū hacen las paces. Son una cosa tremenda, esas fiestas; lo único bueno que pasa por acá...

Jon se rió.

—Aparte de nosotros, claro...

—Bueno, no lo *único* —puntualizó Rex—, alguna otra cosa interesante hay... no te voy a decir que no.

—¿Por ejemplo? —pregunté.

Habíamos llegado a la casa. Mientras Jon abría la puerta y pasábamos, Rex me miró tratando de proyectar una película de seriedad. Pensé que estaban a punto de volver el acento y el falso inglés, pero me equivoqué.

Tomé un trago de cerveza y me senté en el suelo.

—Lo que va a pasar esta noche, por ejemplo.

Jon aplaudió con fuerza.

—¿Qué va a pasar esta noche?

—Que esta noche Rex va a hacer un pacto con el Diablo —dijo Jon.

Después todo quedó un poco más claro.

En las afueras de Las Piedras había una gran fábrica abandonada, que servía de punto de encuentro a los que Rex llamó los “parias” de la ciudad, la gente —explicó— que se mantenía deliberadamente por fuera de las tres facciones principales. Algunos se configuraban en minorías más o menos definidas, como los jugadores de rol, que habían acondicionado uno de los espacios de la fábrica con parafernalia de fantasía heroica; otros encontraban su lugar en alguno de tantos salones desiertos y armaban lecturas de poesía beatnik con guitarras, cartones de vino y tímidas orgías; Rex habló también de criptoanarquistas, aceleracionistas, neoludditas, primitivistas y neopaganos, y añadió que también se reunían allí los seguidores de Alastair Lestrangle. El nombre me sonaba; le pregunté a Rex quién era. El ocultista principal de la ciudad, respondió.

Por un momento creí haber escuchado *oculista*.

—Que además es escritor de ciencia ficción —añadió Jon.

—Exacto —dijo Rex, mirándome—. Él fue el que nos pasó todo el material... de hecho, gran parte del concepto del disco fue derivado de charlas con él... Es nuestro maestro.

Pasó a contarme los detalles del último rito que habían celebrado junto al coven local, un grupo de *demonólogos revolucionarios* que se reunía con la luna llena en los alrededores de la fábrica. Noté un entusiasmo especial en sus palabras; al hablar de música, pensé, lo hacía desde una posición de seguridad, quizá incluso de suficiencia, pero parecía surgir otra sinceridad (como si dijera que Rex «hablaba desde el corazón») cuando se refería a los enfrentamientos entre la facción wicca más purista —«el

camino de la mano derecha», los llamó Rex— y las ideas de Lestrangle, a sus indagaciones en la insurrección lemuriána, la magia del caos, Crowley, Parsons y Spare, y el infaltable *Necronomicon*. Mientras Rex se lanzaba a una semblanza del tal Lestrangle me puse a buscar en mi memoria la razón por la que el nombre del ocultista me resultaba familiar. Entonces Rex se refirió al *De vermí mysteriis* y el recuerdo se detonó. Yo sabía quién era: me lo había mencionado

—Pará —pregunté—, ¿Lestrangle no es un tipo que escribía cuentos lovecraftianos? Lestrangle, Lastrangle... ¿no firmaba también Lestrangle? O una novela, también, ¿puede ser? Como por los años setenta, me parece...

—Ese mismo. Fue muy perseguido por la dictadura y se refugió acá. Buscaba la entrada a Ventomedio, la Remoria de Montevideo. Pero creo que tuvo algo que ver con la Civil. Pero él sobre esos años guarda silencio. Saber, querer, osar y callar... Sus guerras nunca fueron civiles, dice siempre.

Con esas palabras terminé de recordar. Lestrangle, por supuesto. Era uno de los escritores de la generación previa a los ochenta, la de Washington Damián Morales y Juan Carlos Migliano, pero jamás había alcanzado la visibilidad —mínima, pero visibilidad al fin— de la que habían «disfrutado» (por usar el eufemismo más extendido) los dos escritores más clásicos de la ciencia ficción uruguaya. Las dos reseñas de su novela que encontré no daban rodeos ni jugaban a pactar una delicadeza mínima, así fuese con aires de profesionalismo o incluso desinterés: ambos comentaristas hacían un uso extensivo de adjetivos como *delirante*, *absurdo*, *deplorable*, *anacrónico*, *ridículo*, *risible* y *erróneo*, sin darse cuenta que aquella escritura era impenetrable a esas calificaciones y a ese tipo de lectura.

Opté entonces por excluirlo del libro, pero ante todo porque, según me contó Migliano, Lestrangle —además, en rigor, de ser más un escritor de horror que de ciencia ficción— había terminado en la agrafía y, más importante quizá, carecía de vínculos con lo que yo consideraba era la verdadera instauración de una ciencia ficción uruguaya, es decir la generación que comenzó a escribir en la década de 1980.

En todo caso, mientras escuchaba la semblanza que iban armando Rex y Jon, entendí que el lugar de Lestrangle —o quizá incluso su descendencia— no estaba en la ciencia ficción o la fantasía sino en otra rama de la literatura fantástica.

—...cuando te dije que el asunto del paro de ómnibus *tenía que ser así* —dijo Rex de repente— yo tenía razón. Ahora lo veo todo claro. Tenés que conocer al maestro. Y como él va a presidir la ceremonia de hoy...

Siguieron más explicaciones, todas apasionadas, plenas de entusiasmo. El presunto «pacto con el diablo» consistía en que Rex entrara en La Boca, un caño enorme abandonado en el campo, y «lograra salir» por el otro lado. Aparentemente nadie había sido capaz de atravesarlo, y el que lo hiciera, con la debida preparación se encontraría con el Diablo.

—¿Cómo con el Diablo? —pregunté.

—Ah, es el término consensuado, pero nada que ver. Tampoco te vamos a aburrir con tecnicismos. No te imagines, eso sí, un tipo con capa roja, barba de mosquetero y cuernos... aunque capaz que tendríamos que explicarte un poco algunos principios, nada que vos no puedas entender, claro, pero... a ver...

—Soy todo oídos.

—Mirá, de hecho esto es lo que queremos transmitir con música —dijo Jon—, que el mundo es una ilusión, que hay que liberarse, que hay *otra* realidad.

—Y esa ilusión —continuó Rex— se debe a una entidad, un dios, habrían dicho los antiguos, porque era el término natural para ellos. El contrario a ese ser es lo que se nos ha enseñado a lo largo de la historia a llamar el Diablo, haciéndonos creer que es el mal... cuando es precisamente al revés, ¿entendés?

Aquello —después hablaron de Azatoth, Shub Niggurath, El Rey de Amarillo, Nodens, Nyarlathotep y Thothodlana— empezó a parecerme un outline perfecto de *Say Goodbye to the Next Millennium*: los mismos tonos gnósticos a la Philip Dick, la cosa esotérica. Y entonces lo entendí todo: los Glitter no habían armado una ficción sino que creían en la verdadera realidad de lo que narrado por su música; le habían añadido circunstancias cienciaficcioneas para divertirse o porque después de todo el rock era lo que les salía o conocían mejor y el lenguaje de la ciencia ficción una suerte de lingua franca, pero el mundo al que aludían debía ser el nuestro. Había, es decir, un mensaje.

—Ah —dije, por decir algo—, yo pensé que lo del pacto venía más por el lado Robert Johnson, I went down to the crossroads, ese tipo de cosas.

—¡Pero claro! Es que ellos hicieron precisamente eso. ¿Y sabés quién más? ¡John Lennon! Y Jimmy Page hizo un pacto que incluyó a Led Zeppelin, pero los otros tres se quisieron abrir y la banda pagó las consecuencias. Eso lo escuchás en una canción del *Presence*, esa que dice «the devil he told me to rock / the devil he told me to roll». Y Jimi Hendrix también, y Robert Johnson, y Jim Morrison, pero le salió mal, y Mick Jagger, y David Bowie, que hizo

un pacto de eterna juventud y por eso ahora lo ves y está igual que hace veinte años...

—¿Es decir —pregunté, tratando de anular todo posible signo de sarcasmo— que toda la historia del rock está atravesada por el concepto de pactar con... con el enemigo de quien domina el mundo?

—¡Pero claro! —gritó Rex, como si añadiera «¿y recién te das cuenta?»— El rock and roll es eso, es rebeldía. Stick it to the man. Pero no del modo boludo que se dice siempre, la cosa hippy; es rebeldía contra la verdadera opresión, la opresión de la realidad falsa. Lo que pasa es que, tarde o temprano, todos fallan, todos flaquean. Es muy difícil mantenerlo porque cuando el Dominio descubre qué hiciste, tira toda la artillería contra vos. Son como trampas, y te enredás sin darte cuenta.

—Para eso nosotros tenemos un arreglo —dijo Jon—; apenas yo me dé cuenta de que Rex está flaqueando, intervengo. Puedo llegar a matarlo si es necesario, y él haría lo mismo conmigo.

Me pareció que había caído en un pacto infantil llevado demasiado lejos. Y fue como ver los titulares: *bajista de rock mata a su compañero de banda*, y después *denunció traición a la causa* o, peor, *había sido sustituido por un doble maligno*.

—Bowie vio algo en sus viajes por Estados Unidos en el setenta y cuatro. ¿Sabías eso? Como le tenía miedo a volar andaban por la carretera en limusina. Una locura. Pero por ahí andaba, por los desiertos, siempre de noche. Es justo cuando y donde ves las *cosas*, como si te fueras lo más lejos posible en un videojuego sandbox y empezaras a ver glitches, NPCs locos, cosas así. Pero lo que vio Bowie lo cagó de miedo; se pasó el resto de su carrera tratando

de esquivar la necesidad de dar cuenta de eso, tratando de *callar*.

—¿Pero y lo del glam rock terraja, y...?

—Todo es parte del paquete. Todo. Y es muy coherente si lo analizás. Del maestro aprendimos mucho, lo esencial sobre todo, pero no te creas que lo único que hacemos es seguir lo que él nos dice. De hecho, hasta te diría que está equivocado... equivocado precisamente porque tiene razón.

—No entendí eso...

—Él le acierta en un 98% a la verdad, pero le falta un 2%. Y no se da cuenta, entonces cree que tiene razón absoluta, el 100%. En eso se equivoca, claro, y, por lo tanto, está *totalmente* equivocado, porque piensa que lo que es la verdad se puede poner en palabras.

—¿Y no se puede?

Habíamos llegado a un punto de la discusión en que los Glitter podían empezar a creer que no estaba simplemente haciéndome el tonto. Temí de pronto que me echaran a la calle y tuviese que vagar por Las Piedras hasta que se arreglase el paro de ómnibus.

—¡Pero claro que no! ¿Cómo se va a poder? Las palabras son un arma del Dominio... Un virus que nos infectó cuando se hundió Lemuria. Vos deberías saberlo, que sos escritor. ¡Lo único que puede decir la verdad es la música!

—Pero volviendo al tema del pacto... piensan... pensás pedir... ¿qué? Porque me imagino que lo que podría haber pedido Robert Johnson o Jimi Hendrix termina por tener más que ver con...

—¡Pero claro que sí! Son todas armas, ¿no lo ves? Maneras de llegar, de *encantar*, como el flautista de

Hamelin. Eso era Hendrix. Se llevaba las mentes de la gente fuera de la aldea dominada por las ratas de la opresión...

—Entonces lo que vas a hacer esta noche, me decís, es vender el alma al Diablo, o a algo que normalmente llamaríamos Diablo pero que en realidad no es el mal sino todo lo contrario, a cambio de tocar muy bien la guitarra y de que Jon y vos se conviertan en la mejor banda de rock and roll de todos los tiempos?

—¡Eso mismo! —gritaron a coro—. Porque las almas no pertenecen al Dominio, y por eso si le vendés tu alma al diablo, lo que hacés en realidad es devolverla a su verdadero creador...

—Y si de paso se suma dinero, drogas, pijas y conchas y culos, ¡genial! —añadió Jon, y Rex aplaudió, con su sonrisa del gato de Cheshire.

Me sumé a los aplausos y a la sonrisa. Los lunares en la camisa tenían que servir para algo.

*You try so hard
But you don't understand
Just what you'll say when you get home.
Because something is happening here
And you don't know what it is
Do you, Mr. Stahl?*

Un rato después guardamos el alcohol en la mochila de Jon y salimos a la calle. La luz de Las Piedras era la misma de Montevideo, ambarina y pegajosa, pero aquí se unía al deterioro de todas las cosas para armar un paisaje de otro tiempo o sin tiempo, un universo tangencial que parecía haber preservado su momento de mayor decadencia en una gota de ámbar. Caminamos hacia la plaza y luego

tomamos por otra avenida, también amplia y despoblada, con pocas casas y algún edificio de tres pisos rodeado por baldíos en los que se reunían chivos o algún otro animal parecido alrededor de los restos de fogones ya apagados. Nos acercamos a uno de los edificios y reparé en que un pichi de lentes negros enormes, a la Roy Orbison, tocaba una milonga sepulcral.

Llegamos a las puertas de un edificio de cinco pisos; adentro un hombre muy alto, de cabello largo y canoso, enfundado en una capa negra, salía del ascensor y nos hacía señas.

Abrió la puerta.

—Estimados —dijo, tendiéndome la mano primero, voz seca, aspirada, asmática.

—Alastair LeStrange, Federico Stahl —nos presentó Rex.

—¿El escritor y crítico de ciencia ficción? —preguntó el viejo. Reparé en que le faltaba el canino izquierdo y que seguro había usado bigote hasta hacía poco tiempo. Tenía el cabello aún abundante, grueso y crecido, con entradas puntiagudas. Supuse que andaría por los sesenta años.

—El mismo —había respondido Rex de inmediato—, nos visitó hoy y por varias circunstancias no pudo volver a Montevideo, así que se nos ocurrió que lo mejor que podía hacer era presenciar lo que va a suceder esta noche.

El viejo asentía con el ceño fruncido y la boca entreabierta. Noté que, para compensar el que faltaba, todos sus dientes parecían afilarse como pequeños colmillos.

Apoyó una mano en mi hombro. El interior de la capa estaba forrado en raso rojo, como el de Drácula; de hecho, el viejo Alastair LeStrange, de haberse cortado el pelo y teñido de negro, podría haber obtenido un honroso tercer

lugar en un concurso de imitadores de Christopher Lee. No le miré la mano, sino que traté de mantener la mirada en sus ojos, de un marrón clarísimo.

—Autor del reciente tratado *Cual retazo del espacio*, por supuesto...

Entonces entendí. Los Glitter le habían prestado mi libro y el viejo, al no encontrarse por ninguna parte y teniendo que sobrellevar las reiteradas menciones a sus enemigos y a esos escritores y críticos que tantas veces lo habían ninguneado, concibió una suerte de venganza simbólica y ordenó a sus discípulos que trajeran al hereje que epitomizaba toda la afrenta contra su persona. Entonces sería revelado que sí tenía poderes de nigromante, de maestro de las artes oscuras, y yo sería recluso en alguna mazmorra —las mazmorras debían abundar en Las Piedras, pensé después, y recordé que de hecho las había habido, y no pocas, durante la Civil—, alimentado con cabezas de pescado y torturado todas las noches en compañía de un hombre con cabeza de caballo y una mujer con manos de langosta.

—Un excelente libro —continuó—; aunque debo decir que me busqué en el índice y no me encontré... ¿será acaso que no conoce mi obra, joven?

Golpe directo.

—Bueno, yo...

—Pero no, no, no se justifique, caramba. Está bien, después de todo mis libros no son lo que se dice *fáciles de encontrar*, ¿verdad?

—Yo le diría que lamentablemente no.

—¿Y usted leyó algo de mi autoría?

Decidí jugar limpio y decirle la verdad.

—Leí apenas un cuento, mucho antes de comenzar mi investigación. No lo incluí en el libro, señor LeStrange, porque entendí que usted escribía más bien horror, un género que no domino, y también que usted dejó la escritura; tuve además el interés especial, y hasta le diría porgramático, de privilegiar en *Cual retazo* a la generación de los años ochenta y noventa, especialmente al grupo de Emilio Scarone, del cual formé parte y al que debo mi lealtad.

—Sí, por supuesto, eso está bien claro, yo leí su libro comprendiendo que tan buena pluma pertenece a un hombre de bien, y a un hombre joven también. —dijo— Y además tiene usted razón. Porque ellos se lo merecen más que nosotros, usted en definitiva formó parte de ese grupo y es natural que lo defienda, y yo ni fui jamás un escritor de ciencia ficción ni lo soy ahora, así que que una vez más lo recalco: tiene usted razón. Pero con la salvedad de que sí fui un escritor de horror cósmico, que algún punto de contacto debe tener con el género en que sobresalieron Asimov y Bradbury, por no mencionar a Simak y a Leinster. Eso sí, desde hace tiempo que la ficción no es el centro de mis intereses, si es que alguna vez lo fue. ¿Pero quizá, si en algún momento usted reedita este libro que seguramente será considerado de referencia en el futuro, pueda hacer una mención, en plan absolutamente histórico, se entiende, a mi obra, que gustosamente pondré en sus manos si lo desea? Escritores de horror hubo pocos en nuestro país, por lo que incorporarlos al otro gran género ninguneado sería una buena manera de no relegarlos a las fauces del olvido, ¿no le parece?

Estábamos los cuatro parados ante la entrada del

edificio. ¿Cómo se habla a un hombre de sesenta años envuelto en una capa negra? Asentí.

Apareció entonces un recuerdo más completo de mi charla con Migliano, y ante la imagen convocada por esas idas y venidas de mi memoria no pude sino aguantar la carcajada. Migliano, pacato como siempre, se había ruborizado. Lo fui a visitar una vez, a buscar no de sus libros, me contó, y cuando toqué timbre en la puerta de su casa —claramente Lestrage no vivía en Las Piedras en aquel entonces— salió a abrirme un muchacho, más que un muchacho un niño, un púber, escasamente vestido... su... lacayo, imaginó.

—Señor Lestrage, será un placer leerlo —dije—; y si entiendo que hubo un verdadero error en no incluirlo, cuente con que lo enmendaré de alguna manera, sea en una reedición, si es que llegamos con mi editor a esa circunstancia, y ojalá lo hagamos, o en cualquier otro texto sobre ciencia ficción, o incluso horror, que yo escriba en el futuro.

El viejo sonrió.

—Espérenme aquí, queridos, que ya vuelvo —dijo, abriendo la puerta del edificio y entrando de una zancada. El ascensor subió de inmediato.

—Qué raro que no nos haga pasar, ¿no? —dije.

—Ah, él es así, una persona muy privada. Tenés que ser de su absoluta confianza para que te deje entrar.

—¿Y ustedes entraron?

—Sí, una vez, pero sólo a la sala donde recibe. Nunca vimos su estudio, y mucho menos su laboratorio.

—¿Laboratorio?

—Sí. Es alquimista. Hace unos meses dijo estar cerca de la piedra filosofal.

—Ajá.

La posibilidad de que estuvieran tomándome el pelo estaba clarísima, pero no dije nada. Por otro lado, el plan perfecto en esa escala miserable de las cosas habría sido, naturalmente, que Jon y Rex lo creyeran todo, demonología, atañor y *Necronomicon* incluidos.

Lestrage apareció enseguida, con cuatro libros en una bolsa y lo que parecía un manuscrito anillado bajo el brazo. Me descolgué la mochila para guardar los regalos mientras el viejo explicaba —no nos habíamos movido aún de la puerta del edificio— que tres de los cuatro habían sido editados en los setenta y que el otro, de 1990, terminó por ser su última compilación de cuentos, publicada en Maldonado por la editorial de un tal Siborsky, a quien yo jamás había oído nombrar.

Una vez en el parking Lestrage se acercó a un Ford Escort rojo del '84, muy descuidado, con varios niveles de chapa descascarados. Se metió y nos abrió desde adentro; Jon y Rex se acomodaron en el asiento trasero y yo de copiloto, con la mochila en la falda.

El motor gargajeó. Un hombre, el cuidador del parking supongo, se acercó al vehículo. Lestrage sacó unas monedas de la guantera y se las tendió.

Salimos en dirección al centro.

En el camino el viejo contó algunas anécdotas de sus primeras publicaciones, y pronto empezó a esbozar una suerte de periodización de su obra. La primera habría sido su «etapa tentativa», cuando imitaba o quería imitar a los «grandes clásicos», Salgari, Verne, Dumas. Después entró en la etapa «lovecraftiana», a la que pertenecían los tres libros

que había autoeditado en los setenta. Tras la mudanza a Las Piedras en el 89, coincidiendo —resaltó— con la asunción del primer gobierno elegido democráticamente en más de quince años, retomó la escritura, ya «solo influido por mí mismo», y terminó un último libro de relatos en el que se «abría a nuevos caminos para el horror cósmico, senderos no transitados, algo del viejo fantástico y una fuerte dosis de verdad hermética».

—Una línea —decía, sin sacar los ojos de la calle— que extiendo aún más en mi más reciente esfuerzo, inédito, que acabo de pasarle, Stahl. Porque he vuelto a la escritura, y note que digo a la escritura y no a la ficción, como aquel que volvió del desierto o el otro que bajó de la montaña. Ahora ya no soy un escritor de sólo horror cósmico, ¿verdad? A usted le gusta la ciencia ficción politizada, y el manuscrito que le he pasado es un libro de cuentos... ¡aparentemente! Criptas, horrores, infiernos: «La maldición de Kandhag», «Secretos de la tumba», «La doble visión», «La vacía eternidad», títulos sopesados en mi cacumen, cuentos que admiten múltiples lecturas. El primero puede leerse como una derivación de *El horror de Dunwich*, pero también como una alegoría cifrada del gobierno de Jorge Batlle; en el segundo, el personaje principal es un remedo de ese repugnante Julio María Sanguinetti. Pero estos cuatro no son sino prólogos para el último, el plato fuerte del libro, un verdadero tour de force. Mire, para ir interesándolo en la lectura, voy a contarle de qué trata. Descubrirá que el título está en inglés; no es una elección arbitraria, y en otro momento me gustaría discutirla con usted. Con los muchachos, que escriben sus canciones en la lengua del solitario de Providence, lo hemos tratado en muchas

ocasiones, y estoy muy contento de poder asegurar que estamos plenamente de acuerdo.

Rex asentía desde el fondo del vehículo.

—Se titula «Ape Hell», El Infierno de los Simios o Infierno Simio, en una traducción un poco torpe pero eficaz. En este cuento un hombre pierde a su novia, la actriz Beba Roveti, en un accidente. Ella muere del modo más trágico imaginable, en la flor de la edad, y el protagonista, Oscar Nérida, celebra su memoria visitando su tumba todos los meses, siempre el mismo día, el del accidente. Cuatro años después de la horrible muerte se encuentra en el cementerio con una tía de su querida Beba. Sintiendo de alguna manera obligado invita a la señora a tomar un café en un bar cercano a la necrópolis. La mujer entra en confianza y le cuenta, entre otras cosas, que Bresgo Roveti, el hermano menor de la muerta, al que Oscar no había visto más de dos veces porque el muchacho estudiaba en Europa, ha caído desde el terrible fin de su hermana adorada en una violenta patología maniaco-depresiva, como se dice ahora. Y que, para colmo, se ha mudado a la vieja casa de la familia, incluso al que fuera el cuarto mismo de su hermana, donde pasa los días en ocio y lamentaciones, repasando antiguos estudios y obsesionado con la memoria de su hermana muerta. ¿Y qué puedo hacer yo al respecto?, le pregunta Nérida a la anciana. Podría visitarlo, le dice, hablar con él, distraerlo; después de todo, ustedes tienen casi la misma edad, seguramente se van a entender. Como sigue sintiendo obligado con la familia, el protagonista acepta la propuesta. Llama al teléfono de la casa de su novia, no sin lágrimas en los ojos, imagínelo, de volver a marcar ese número que tantas veces le había traído la dulce voz del ser amado, y el cuñado, Bresgo, atiende. Lo

recuerda, sabe quién es, por supuesto, y parece que una luz se le enciende, las palabras cambian, su tono, todo empieza a trasuntar alegría, una alegría quién sabe hace cuánto no sentida...

El auto se detuvo.

—Bueno, llegamos —dijo Lestrangle.

Estábamos en las afueras, ante la fábrica que habían mencionado Jon y Rex. Me pareció espeluznante, un centro denso de la noche y sus ausencias; reparé en sus paredes grises manchadas de verde cerca del suelo, en el óxido en todas las aristas, la salida de caños y tuberías arruinadas. Hay una escena de *Conan el bárbaro*, una de mis películas favoritas, en la que un personaje contempla las murallas de una ciudad, y estamos hablando de ciudades de hace miles de años, anteriores a toda historia consensuada del mundo, y dice *civilización, antigua y vil*. Que la civilización sea todavía más antigua que esa antigüedad legendaria, anterior a la historia, me pareció siempre una maravilla, tan bella como inquietante. Y eso sentí ante la fábrica: que era antigua, más que Las Piedras, más que la industria, más que Uruguay, más que los seres humanos. Porque bien podía ser algo natural, o quizá porque lo natural le había ganado a la fábrica real, la había carcomido y disuelto, y le había expuesto una esencia más profunda y oscura.

Por otra parte, era un cubo casi perfecto, con apenas una puerta de metal frente a donde Lestrangle había estacionado, en lo que parecía un parking improvisado lleno de malezas y bordeado por eucaliptos que me parecieron reses colgadas en un matadero. Rex gritó algo que no entendí y se frotó las manos.

—Ustedes pueden comenzar la preparación —dijo el viejo—. Fíjense si los del grupo están en el salón de siempre,

yo me quedo por acá con Stahl, despejando el lugar.

Los Glitter corrieron a la puerta e ingresaron al edificio mientras LeStrange caminaba por los alrededores, miraba el cielo, olía el aire y suspiraba sonoramente, todo de un modo tan desamparado y teatral que me dio pena interrumpirlo.

—Stahl, ¿usted conoció personalmente a Emilio Scarone, verdad?

La pregunta me tomó por sorpresa. Estábamos de pie entre la maleza que crecía en las grietas del hormigón.

—Sí, fui amigo personal de Emilio por muchos años... 1994 a 1999, más o menos; después dejamos de vernos por un tiempo y retomamos un contacto más fluido en 2003, que se mantuvo hasta su desaparición, aunque en esos últimos años nuestra relación no fue la misma... Cuando nos conocimos yo me sentía de alguna manera su discípulo, y él jugó el papel de maestro lo mejor que pudo. Eso no sobrevivió al paso del tiempo.

—Qué curioso; nos pasó algo similar. Yo lo conocí cuando tenía once años, ¿sabe? Vivíamos en la misma cuadra, su familia y yo. Detrás del cerro, en el viejo y sórdido barrio Casabó, a dos cuadras del magnífico Cementerio, al que le enseñé a apreciar y que, usted recordará, aparece transfigurado en más de uno de sus cuentos... todos, si me permite la confesión, muy inspirados por impresiones mías. Su padre era un buen vecino, no le diría un amigo pero sí una persona respetuosa, atenta... y eso que uno era más... peculiar, por aquellos tiempos. Mire, yo tenía un quiosco, una pequeña librería, y Emilio solía comprarme revistas de historietas. Es decir, lo que hacíamos era el clásico canje tan común por aquellos años. Mientras el país se venía abajo con la Guerra Civil, y le cuento que nunca

toleré la reducción de semejante calificativo al tan común «la civil», el pequeño Emilio leía *El Tony*, *El Víbora*, las revistas de superhéroes de la editorial Novaro... y pronto yo le presté los primeros libros que lo apasionaron, *El color que cayó del cielo* y *La princesa de Marte*. Llegó a leer tres o cuatro por día: los devoraba. Pronto sus intereses viraron más plenamente hacia la ciencia ficción, género en el que pude apenas orientarlo: como ya le he dicho, señalándole las bondades de contemporáneos como Simak, Asimov o el más irregular Poul Anderson. Pero pronto Emilio se metió en política. Cuando los militares se hacían los gallitos por ahí diciendo que habían ganado la guerra, él fue de los que participó en el planeamiento de la sublevación de Tacuarembó. Tenía diecisiete años. 1980. Le recomendé que se quedara en Montevideo, le dije que él era un escritor, no un soldado. Que no arriesgara la vida. Y cuando volvió me dio la espalda. Para entonces ya decía que yo era... bueno, eso, un *mamarracho*.

Pronunció la última palabra, sentí, con todo el asco apilado en los últimos veinte años, con toda la tristeza, la rabia.

—Habiendo leído su libro, Stahl, me alegra que no haya tratado a Emilio tan mal como él me trató a mí.

—Bueno, yo todavía pienso que es el mejor escritor de ciencia ficción de Uruguay... pese a... bueno, pese a *todo*...

—Lo es, lo es. O lo era. Su libro, el de usted, no me trajo mayores noticias. Pero todos sabemos que estaba profundamente perturbado, ¿verdad? El tipo de hombre que se inventa enemigos allí donde no los hay, y que para semejante invención no duda en reparar, a modo de materia prima, a sus verdaderos amigos, que lo quieren bien, como uno lo quiso. Más allá de eso, no se sabe nada de su destino, ¿no es cierto?

—Ni de su destino ni de su *perturbación*... de esas cosas no se sabe nada.

—No es cierto; algunas cosas sí se saben.

Lestrance caminó hacia el auto. Lo siguió. Abrió la cajuela y sacó un bolso, que me pidió que sostuviera mientras cerraba. Imaginé que contenía libros de magia. No pesaba mucho. Se lo tendí y lo colgó de su hombro.

Jon y Rex estaban saliendo del edificio acompañados por una chica muy delgada, de enormes ojos color avellana, vestida con lo que parecía un rompecabezas gótico mal armado.

Me la presentaron.

—Federico, Valeria. Nuestra médium.

—Encantado —dije.

—Valeria tiene unas habilidades sorprendentes — Lestrance apoyó una mano sobre la frente de la chica, que miraba hacia abajo con timidez—, por eso nos asiste en los ritos.

Rex se adelantó y me pidió que lo acompañara. Caminamos unos pasos en dirección opuesta a la fábrica, mientras Lestrance —no pude ver bien— abría su bolso y le tendía algo a Jon.

—Este es un momento especial —dijo, supongo que una vez alcanzada la distancia adecuada—, y, como corresponde, hay que acompañarlo con algo que lo refuerce... No sé cuál es tu postura sobre estos temas...

Supuse que se refería al esoterismo.

—Bueno, yo tengo mis creencias, como todo el mundo... quizá podría decirte que sí, que de alguna manera creo en una forma de...

—No, no, no me refiero a eso. A las drogas, las drogas.

Y sacó una cajita de píldoras, que abrió para tomar con mucho cuidado una especie de chicle color rosa.

—¿Te animás, no?

Pensé que no podía negarme. Extendí la mano. Rex depositó la pastilla justo en el medio de mi palma.

—¿La tomo, así nomás?

—Jon tiene las bebidas, si necesitás algo para bajarla.

La tragué.

—¿Qué efecto hace?

—Y... varía según el usuario. Es un poco de THC, de metilfenidato, nada muy fuerte. Te ayuda a enfocar, un boost sobre las cosas. Con Lestrage decimos que le da tanta fuerza a tu mirada que se te vuelve posible atravesar las barreras entre este mundo y lo real.

Rex había empezado a caminar de vuelta hacia el grupo. Lestrage estaba trazando líneas en el suelo mientras Jon encendía velas y las disponía alrededor de Valeria, que estaba sentada con los ojos cerrados.

—Lamentablemente, mi amigo Stahl, y nos entenderá, usted no podrá participar directamente de nuestro rito —dijo Lestrage—, aunque sí es bienvenido a presenciar sus primeras etapas. Pero llegado el momento deberá retirarse. Cierta familiaridad con los procesos es menester, además de una voluntad ya comprometida con nuestro camino, por no decir *iniciada*. Y, coincidirá conmigo, estos procedimientos se nutren del secreto. En todo caso, es más por su protección que por la nuestra, o por el ceremonial en sí mismo; hay cosas que sólo se pueden ver tras cierta preparación, y digo *pueden* como quien dice *deben*.

Asentí y me senté no muy lejos de la figura que trazaba el viejo, un círculo un poco deforme en el que dibujó después una estrella de cinco puntas.

—La finalidad de esto, Stahl, es consagrar un báculo que usará nuestro amigo Rex para aventurarse en la oscuridad. Lamentablemente, el momento álgido de esa consagración es la parte del rito que usted no podrá presenciar.

Lo que siguió fue lo que podría haber imaginado. Lestrangle invocó a los cuatro elementos, a los antiguos maestros, a los Antepasados, a los Héroeos, a los manes de Apolonio de Tiana y de los Grandes Muertos, entre otros personajes pintorescos que incluían por supuesto a su casi tocayo Crowley. Jon y Rex repitieron todo el ceremonial y la chica sostuvo por encima de su cabeza una copa, un cuchillo, una vara y un puñado de sal, que “simbolizaban” el agua, el aire, el fuego y la tierra (Lestrangle había dado un matiz didáctico a su conducción del rito, supongo que en atención a mi ignorancia). Llegado el momento entré a la fábrica. Pensé en esconderme y buscar rendijas o ventanas en el edificio para robarle alguna imagen al secreto de aquel rito, pero no lo hice. Estaba seguro de que si me permitiera espiar terminaría por desilusionarme, y no porque esperase nada mágico o maravilloso de aquello, ni mucho menos, sino porque a lo mejor estaban sentados contándose chistes y eso habría confirmado que me tomaban por estúpido; o, quizá peor, porque había la posibilidad de ver a Lestrangle recitando encantamientos en un latín mal pronunciado en el que, deplorablemente, enredaría los nombres de Cthulhu y R'lyeh. Así que recorrí el amplio interior de la fábrica, lleno de caballetes, gabinetes de metal y mesas que seguro habían dado soporte a maquinaria ahora desaparecida. Encontré dos máquinas de escribir (que pensé en llevarme a casa, pero estaban llenas de telarañas y manchas de un óxido verdoso que parecía producido por la acción de algún ácido), la carcasa de un viejo monitor

IBM de 19 pulgadas, viejos lockers de vestuario apoyados contra la pared y los unos contra los otros, y mucho polvo. Había también una escalera, contra una de las paredes, que conducía a lo que supuse un entrepiso. Subí y encontré un pasillo en el que había tres puertas abiertas, que debían pertenecer a las antiguas oficinas de la fábrica. Escuché voces. En la segunda habitación había un grupito sentado en torno a una mesa con mapas, dioramas y figuras en miniatura. Estaban jugando rol. Uno de ellos gritaba en algún idioma élfico cuando irrumpí. Me miraron, sorprendidos o asustados. Pedí disculpas y ellos volvieron a sus tablas y sus dados. En las otras habitaciones no había nadie, pero en la última la pared estaba rota y se podía pasar a una suerte de plataforma o terraza. Recorriéndola —por suerte no estaba orientada de modo que pudiese contemplar el rito— encontré una pareja cogiendo y, en el extremo opuesto, un grupito de hippies fumando porro, que me saludaron con demasiado afecto. Estaban sentados en una escalera de metal que comunicaba con la azotea.

Pedí permiso casi susurrando, decliné la oferta de una pitada y trepé por la escalera, a la que le faltaban varios peldaños. El techo, la fábrica y los alrededores parecían parte de un inmenso conjunto obsoleto de paneles solares, una estación de energía abandonada en el desierto soviético; a lo lejos —y me maravilló la distancia que habíamos cubierto en el auto— estaban las luces de Las Piedras (¿cuál sería la de la casa donde había nacido mi padre y qué escenas de la vida familiar estarían representado los desconocidos que la habitaban?) y, más allá, las calles de cristal sucio de Montevideo. Me senté en la cornisa y respiré hondo. El aire estaba frío y seco, lejos del estuario estancado y sus camalotes, pero a la vez sentí esa especie de electricidad

que, dicen, habita las noches previas a una tormenta o vive en esos momentos de calor inesperado en medio del invierno. Entonces, por primera vez desde mi partida de Montevideo, me sentí feliz. Estaba en el lugar donde debía estar, pensé; estaba en la noche, atento y con vida, Federico Stahl, veintiocho años, sábado 20 de octubre de 2007, dispuesto a salir, a mezclarme con el latido de la ciudad, a orbitar bajo la noche trayectorias sin sentido. Me puse de pie y la brisa se levantó. Pensé que quizá la pastilla de Rex estaba haciendo efecto; aquello me alegró todavía más, y me dieron ganas de sentarme con los hippies a recitarles palabras de Artaud o Rimbaud, palabras de Morrison y de Ginsberg, sintiendo que había vuelto a fines de los noventa, cuando escribía poesía y firmaba manifiestos y soñaba con alquilar un auto y salir a la carretera. Después recordé al viejo Lestrangle y el rito. Había algo entrañable en sus pretensiones de Eliphaz Levi criollo, su linterna mágica averiada. Pensé en escribir un artículo sobre sus obras, justificar por qué no las había incluido en mi libro y renovarlo, peinarlo, arreglarle la barba, lavarle un poco la escritura y de alguna manera descubrirlo o inventarlo. Quizá cierto reconocimiento le permitiría limpiar su escritorio y mirar hacia adelante, escribir una novela, una colección de cuentos sólida, pautar su regreso...

Entonces se hizo el silencio. O, mejor, entendí que allí había estado siempre el silencio. No había nada que hacer, porque todo se hacía solo, incluyéndome. Miré las estrellas, el horizonte, las luces aplastadas de las ciudades, los punks, cumbieros y metaleros de Las Piedras, el führer, los travestis de 130 de busto y 30 cm de pija, los chicos que les habían gritado a los Glitter: todo eso estaba allí y eso era el silencio. Cosas en el mundo, cuerpos, objetos; yo mismo

de pie en aquella fábrica: con eso bastaba o debía bastar, y respiré esa felicidad. Nada de regresos ni grandes novelas. Nada más.

El rito debía haber terminado. Bajé las escaleras y sentí que en mi conciencia se había atascado una idea, detenido mi pensamiento pero no mi percepción del tiempo, que pasaba como la corriente de un río en torno a una obstrucción en el cauce. Seguía con esa noche a cuestas, con ese momento singular. Atravesé la sala de máquinas sin máquinas y abrí una rendija de la puerta de salida. Vi a los cuatro sentados en el piso, conversando, y salí.

La Boca estaba a unos trescientos metros de la fábrica, y la noticia de que Rex iba a intentar atravesarla debió recorrer la ciudad entera ya que pronto nos acompañaban unos veinte curiosos, entre ellos el grupito de roleros al que yo había interrumpido. Después se me acercaron otros tantos, seguramente advertidos por Jon de que yo era «un autor importante» (de hecho repitieron esa fórmula), y no faltó quién me hablase de ciencia ficción. Los metaleros, como suele suceder en estos casos, eran los más leídos. Uno de ellos era un freak de la *Fundación* de Asimov, y me preguntó si conocía los cuentos y novelas ambientados en ese universo que habían escrito George Alec Effinger, David Brin, Greg Bear y Gregory Benford; le dije que sí. Me preguntó por las inconsistencias de la serie, como la edad de Daneel Olivaw y la fecha de los eventos narrados en *Yo, robot*, *El resto de los robots* y *Todos los robots*, y le dije que no. Que no tenía la menor idea. Se fue asintiendo, muy serio.

La Boca parecía una historia no terminada. Era un cilindro hueco volcado o derrumbado sobre el césped del campo que se extendía al noreste de Las Piedras; en algún momento de su historia posterior a cualquiera fuese la función para la que había sido creado alguien lo había pintado de negro; el color había devenido un gris lavado por el viento cálido y cargado que surgía del Río de la Plata y era filtrado por los edificios y las casas de Montevideo, Las Piedras y cualquier otro pueblo o balneario que se parara entre la Boca y el Mar.

Pensé que sobre aquella superficie aclarada podrían leerse las huellas dactilares del tiempo. Sus relieves apenas tangibles, las dunas en el desierto, moviéndose con la calma de los milenios. Y con el tiempo los sonidos: los de las guerras de la música entre punks, cumbieros y metaleros, los de todas las conversaciones, los de los árboles y los pájaros: todo eso debía estar ahí registrado, como los surcos en un disco de vinilo, el viento, las estaciones, las explosiones, la marcha de los tanques, los gritos.

Nadie supo contestarme cuánto tiempo llevaba en ese lugar. Podía ser más antiguo que la humanidad, imaginé que dirían Jon o Rex, y que había sido desenterrado para liberar un contagio sobre el mundo. Lestrangle había llegado a Las Piedras en 1989 y aquello ya estaba allí, dijo; lo mismo para Jon y Rex, que se habían mudado a la ciudad tres años atrás. No había nadie en el grupo que pareciera mayor de treinta, excepto dos metaleros que, al preguntarles, dijeron lo mismo que todo el mundo: La Boca nunca había faltado de las afueras de Las Piedras. Estaba allí desde el principio de los tiempos.

Me paré ante el caño enorme, que tendría un diámetro de unos cuatro metros, más o menos. No se veía nada al

otro lado. Nada. Supuse que se debía a la oscuridad de la noche; durante el día sería inevitable un círculo brillante como la luna llena en una noche de la que han sido extirpadas las estrellas.

Un vaho de tiempo rancio me saltó a la cara. Casi como una cachetada. Pensé que el caño era el extremo de un embudo inmenso, con su parte cónica conteniendo al mundo entero, filtrándolo hacia allí, empujándolo hacia un más allá inconcebible.

Rex me tocó el hombro.

—¿Ahora entendés, no? No importa Lestrage, no importa nada de lo que el tipo crea saber... ahí *tiene* que estar el Diablo. Si el Diablo está en alguna parte, tiene que ser acá. No puede haber otro lugar en el mundo, otro lugar así...

Asentí, temblando. La pastilla sin duda había hecho su efecto. El aire olía a humedad, a cloaca, a esos túneles que se cruzan bajo los cementerios. Empecé a marearme. Rex dijo algo sobre una versión nueve, una versión catorce. La oscuridad manaba a borbotones desde la entrada de La Boca, y escuché una voz que repetía lo dicho momentos atrás por Rex: *no importa Lestrage, no importa nada de lo que el tipo crea saber*, pero entonado con mínimas variaciones que postulaban un Rex con otra pose, otra experiencia de años y años de música, fracasos y escenarios. Y luego la misma voz: *me tomó años encontrar este lugar, Fede, qué bueno que estés acompañándome*, y después, como a través de un pedal de delay averiado, *yo sabía que era verdad, que la Boca existía*, seguido de un silencio, una frase ininteligible y algo a continuación sobre una *cámara de ecos*, y un *viaje por el Valle* y también una *anomalía*. Sentí que el suelo llovía sobre mi cabeza y de inmediato

mis manos se llenaron de la aspereza del pasto mientras se multiplicaban las voces, las voces de Rex, de Jon, de LeStrange, mi propia voz que se desgajaba y florecía y cada una de todas esas voces respondía a *ese mismo momento* desde historias diferentes y cientos de universos posibles. Entendí que tenía los ojos cerrados, que todo estaba ocurriendo en mis oídos, conectados al gran registro sonoro de la Boca, y temí qué llegaría a encontrar si los abría, si vería acaso mi cara arrojada a variaciones infinitas, si vería cientos de fotografías de mi vida variada, alterada, ramificada. Con miedo y todo los abrí. Jon. El contorno de su cara aparecía rodeado por otra línea, casi perfectamente paralela a todos los puntos, y otra más allá, más débil, y luego otra y otra, perdiéndose como los reflejos de espejos paralelos, fluctuando en las ondas de demasiadas piedras lanzadas al mismo río. *Qué te pasa, estás bien*, repetido mil veces, con mínimas variantes de tonalidad desatando una disonancia que rodaba como un abrojo gigantesco al que se pegaban todos los pedazos de mi yo. La pastilla, pensé, y en mi cabeza sonaron otras voces, debe ser el alcohol, *debe ser el porro, debe ser el ácido, debe ser la maraña*. Volví a cerrar los ojos y traté de forzarme a una calma imposible. Lo último que había visto, creí recordar, fue a Rex que entraba a la Boca, le tocaba el borde con ambas manos, tanteaba, resistía la oscuridad que lo chupaba hacia adentro y miraba por último hacia donde yo me derrumbaba para cantarme algo (él iba volviéndose invisible en el interior del caño) que terminaba con *do you, Mr. Stahl...*

Me contaron después que pasé más o menos dos minutos inconsciente, que apretaba los párpados, arañaba el aire

tratando de aferrarme a quién sabe qué estructura del espacio y que dije, al despertar, que mi conciencia había tocado físicamente el *punto en el que conviven todos los universos*. Después Jon trató de explicarme que el desmayo se había debido al efecto de la pastilla, que *varía según el usuario y nunca se repite*, y que yo dije *como la vida, pero ahora estoy percibiendo todas mis vidas posibles, como un árbol, ramificado ante cada opción*. Todo eso me contaron, pero mi único recuerdo certero es estar en el auto de Lestrage, recostado en el asiento trasero con Rex a mi lado, y lloraba bajito, Rex, se cubría la cara con las manos, se las llevaba al cabello, que tendía hacia atrás, y luego una vez más a los ojos y a la cara y otra vez al pelo y yo pensaba que las lágrimas le lavarían la tinta y pronto podría ver el color de verdad.

—¿Cómo te llamás? —le dije de repente.

Me miró con la boca abierta y los ojos enrojecidos.

—¿Qué me preguntaste? —susurró. Adelante conversaban Jon y Lestrage.

—Que cómo te llamás —insistí, acercándome para que pudiera oírme, convencido de que debía hablar en voz baja— Rex es un pseudónimo, obvio, pero tu nombre, ¿cuál es?

Y me respondió.

Una vez llegamos a su casa Rex nos contó qué había sucedido en el interior de la Boca y por qué no había logrado atravesarla. Ahora entiendo, dijo, las razones por las que nadie lo ha hecho; ahora entiendo, insistió, de qué se trata en verdad el terror. Aquella frase estaba demasiado bien tramada, era la de *Apocalypse now*, pero se lo creí, por

una vez le creí a Rex, que todavía temblaba y lloriqueaba con una taza de té humeante en las manos.

Lestrangle asentía.

—Otra vez será, amigo Rex, otra vez será. Los caminos ocultos sólo pueden ser recorridos cuando uno está preparado; hasta ese momento, todos son refractarios. ¡Si lo sabré yo!

Y Rex insistió en hablar de la oscuridad terrible en el interior de aquel caño, de la respiración de cuerpos que no podían estar allí, de una imposible intersección con otro pasaje en el que se escuchaban las voces de dos ancianos y otras historias más.

Después preparamos las hamburguesas, pusimos algo de música y Rex se distrajo, se rió de un par de pavadas, tomó una guitarra y se puso a tocar mientras Lestrangle y yo conversábamos en un rincón. El viejo —que había aportado a la reunión unas masitas de confitería y una botella de vino blanco— quería terminar de contarme el argumento de «Ape Hell». Después de la primera visita a su cuñado, dijo, Oscar Nérida descubrió una nueva simpatía por él; no era difícil creer, aclaró Lestrangle, que en la cara del joven pudiera leer las facciones de su novia difunta, que en el núcleo de su voz latiera una modulación o un timbre que «atravesaba su pensamiento y tañía las cuerdas de su corazón», como el viejo dijo que había escrito en el cuento (y yo le creí). El protagonista decide entonces frecuentar a su cuñado, y los contornos de la personalidad del muchacho empiezan a dibujársele con mayor claridad. Detecta, entre otras cosas, una especie de núcleo impenetrable al diálogo, fuente de enojo y tristeza, seguramente asociada a la

hermana muerta, quizá un recuerdo especial, algo que ella le había dicho o hecho y que, como es de esperar, empieza a llenar de curiosidad a Nérida. Como va ganando confianza con su cuñado, cree que llegará el momento en que podrá preguntarle exactamente de qué se trata. Mientras, la depresión del muchacho da señales de retroceder. Hay días en que sale a la calle y pasea por el barrio, hay tardes en las que el protagonista, al visitarlo, lo encuentra sonriente y despreocupado. Pero pronto cambian las cosas. En su siguiente visita semanal, Nérida lo descubre alterado, paranoico, y entiende que su cuñado mira con los ojos de alguien que está prisionero en su propia casa o su propio cráneo. ¿Qué te pasa?, le pregunta; el muchacho rompe a llorar, le dice que confía en él, que acaso deba contarle la verdad, que después de todo él es un hombre inteligente y comprenderá de qué se trata todo. Oscar, que teme lo peor (incesto, asesinato), lo urge a contar su verdad. Y lo relatado rompe todas las expectativas. Para empezar, no guarda relación alguna con su hermana. La depresión y la locura tienen sus raíces en un descubrimiento que había hecho muchos años atrás en el sótano de la casa, donde el espacio estaba quebrado.

—¿Cómo quebrado? —pregunta Nérida, y Lestrage narraba fingiendo las voces y poniéndose de pie, con toda la expresión corporal de un frágil actor de teatro.

—Quebrado, eso, que está roto —responde el muchacho—; hay una grieta en la realidad, desde la que entra la luz de otro universo... pero es la luz tenebrosa y hedionda de un mundo de pesadilla, de un infierno. Parece mentira tener que explicar otra vez estas cosas... que los universos son múltiples y coordinados en puntos de divergencia, que los más cercanos operan sobre la historia

personal o la historia humana, pero otros se remontan a épocas primigenias y traman historias del mundo por completo diferentes a la nuestra. Desde niño he mirado por la grieta —insiste— y he visto al menos cuatro mundos diferentes, porque después de todo se trata de un fenómeno de óptica, o al menos eso creía, que era apenas un fenómeno de óptica.

Apenas pronuncia esas palabras los ojos se le desorbitan y sus manos se proyectan hasta el protagonista, como si pretendiera aferrarle la garganta.

—Pero ahora... ahora... ahora están pasando... están pasando... *otras cosas*...

—Entonces —siguió Lestrage— Nérida logra tranquilizar a su cuñado, que, ya sosegado, le cuenta lo que ha visto en el otro universo. Se trata de un mundo infernal en el que la evolución no siguió las pautas que conocemos; si se desarrolló el Homo sapiens, le explica, alguna catástrofe acontecida en un tiempo al que dataríamos ochenta mil años antes de nuestra era lo extinguió, justo antes de que otro homínido o cuasi humano se aventurase fuera de África. Y de todas las especies que podían ocupar ese nicho ecológico fue favorecida una más remota en la filogenia... otro simio, pero más brutal, que evolucionó de maneras diferentes a las que lo hicieran nuestros antepasados, que desarrolló una cultura completamente distinta a la nuestra, violenta, visceral, sanguinolenta, caníbal. Un mundo tan extraño a los ojos humanos que su contemplación, su mera contemplación, equivale a escrutar el infierno. Y equivale a la locura, a la pérdida de toda humanidad. Y el muchacho, que entiende que su relato es inverosímil, no tiene mejor idea que darle una prueba al protagonista. Lo hace bajar al sótano, le explica dónde y cómo acomodarse, hacia

dónde mirar. Apaga la luz y lo deja ahí abajo, solo, ante el umbral. Las dudas, por supuesto, asaltan al pobre hombre. Quizá la muerte de su hermana terminó por enloquecerlo, piensa, y este experimento, si es que así puede llamárselo, no es más que el prólogo de su venganza. Porque, le resulta claro por un instante, su cuñado estaba enamorado, debía estarlo, no de otra manera puede explicarse, no otra pasión puede tener la fuerza para romper de tal manera la trama de lo real, tenaz como pocas, no, debía estarlo, debía haber consumido así sus días, incestuosamente enamorado de la muerta, y la irrupción de quien se la llevaría fuera de la casa de la familia y la haría morir en otros brazos sólo podía merecer el peor de los castigos, dejarlo morir de hambre y sed en un sótano, sepultarlo en vida...

La sombra de Lestrangle se agigantaba tras la pared como la del vampiro en *Nosferatu*.

—Pero entonces sucede, de repente. Enfoca la mirada o mejor dicho abandona la pretensión de enfocar. Y un círculo de luz aparece en su campo visual. Lo contempla; está ganando detalles, cambios en la intensidad del resplandor, que late, crece, se agiganta. Pronto se ha comido toda la habitación y le muestra un pasaje, selvático, en el que asoman construcciones, no edificios ni casas ni nada parecido a la civilización humana, sino *otra cosa*, algo a mitad de camino entre la piedra y la planta, algo que parece capaz de crecer pero que, a la vez, postula la existencia de una mano que lo moldeó. No entiende las figuras, porque no se parecen ni pueden parecerse a nada presente en su experiencia; de hecho, no termina de *ver* las formas enmarañadas que se intercalan con las lianas y los troncos múltiples, porque para ver una cosa hay que comprenderla, y si viéramos *realmente* al universo quizá lo

comprenderíamos. Él sintió repulsión y terror y la presencia de cosas incomprensibles. Entonces percibió que algo, que no era un animal ni se movía como un animal, entraba en su burbuja o reflejo circular de un universo. La curiosidad pudo más que el miedo, y no cerró los ojos, pero la súbita inundación de luz, que blanqueó y renovó al sótano llevándose la proyección del otro mundo, lo salvó de ver. Era su cuñado, que había encendido las lámparas y bajaba las escaleras; le tendió la mano y se lo llevó a las certezas de una mansión humana. Allí hablaron, largamente. Bresgo había descubierto, días atrás, que de tanto contemplar esa ventana a otro universo algunos pobladores de éste habían comenzado una invasión. Encontraba entre los muebles y las cajas del sótano trozos de enredaderas, frutos y extraños insectos selváticos. Todos los días, cada vez más. Y un día, le dijo temblando, en el polvo de los sillones apareció una huella, la de una mano que no era humana.

Lestrage se sirvió otra copa de vino blanco.

—Desde entonces esas presencias se han multiplicado, le cuenta el muchacho, y prosigue: A veces sentimos ruidos en el sótano, cosas que caen, que se rompen, y hace meses algo intentó forzar la puerta cerrada, por suerte sin éxito, quizá porque no la comprendió o porque no se esperó la resistencia de esa madera enchapada que, ahora entiendo por qué, refuerza desde los tiempos de mis abuelos a esa vieja puerta. Pero aunque hemos logrado contener esas invasiones, otras influencias se han dejado sentir. Seguramente se debe a que yo no dejo de mirar... a que no puedo dejar de mirar, pero... pero a veces parece que toda la casa comenzara a sumergirse en ese otro mundo, que esa realidad y la nuestra se tocaran, se fundieran, se confundieran... La única solución será demoler la casa,

concluye, y se hace el silencio. Nérida siente que quiere hablar, pero no le salen las palabras. Bresgo le cuenta que al principio la idea le parecía detestable, que derribar la casa donde había pasado la infancia con su hermana adorada era un pecado, pero ahora su presencia y su apoyo (lo mira a él, le sonrío, le palmea un hombro) le han dado fuerzas.

Le strange se detuvo.

—¿Y qué pasa después?

—¿A usted que le parece?

—Bueno... obviamente su protagonista Nérida no va a querer que le tiren abajo la casa donde vivió su amada ...

—Exactamente. Eso mismo. En el cuento queda claro, es muy detallado en ese sentido, que Nérida, en sus visitas, va ganando cierta adicción al lugar, a los rincones, a las fotos en los portarretratos, e incluso llega a percibir el perfume de su amada, su presencia aérea, diríase. Entonces él y el muchacho discuten, pelean. El cuñadito es imprevisible, estalla en violencia, y nuestro pobre Oscar no tiene más remedio que defenderse. En la confusión de la lucha toma una estatua de bronce y se la estrella en la nuca, matándolo. Al pobre de Bresgo, claro. Y Nérida, cuando cae en lo que ha hecho, huye de la casa, despavorido. En los días siguientes la vieja tía llama, pero él no responde. Sus mensajes se van espaciando en el contestador, hasta que cesan. En las noticias, meses más tarde, descubre que han vendido la mansión: la ha comprado una empresa que planea instalar allí sus oficinas. Pero él sabe que salvo que demuelan la casa y arruinen sótano y cimientos, tarde o temprano surgirá de allí otro mundo, que terminará por destruir al nuestro...

—Bueno —le dije—, es un argumento interesante. Muy lovecraftiano, ¿verdad?

Lestrangle sonrió.

—Es que incluso a mi edad cuesta desprenderse de quienes lo marcaron a fuego a uno. Yo no sería un escritor si no hubiese escrito sus pesadillas el solitario de Providence, ni me hubiese interesado tampoco por investigar en los libros de la doctrina secreta, de la que todas las invenciones de Lovecraft son remedos y parodias, a veces incluso citas literales, que no tienen otra finalidad sino abrir los ojos de los mortales...

—También le detecté algo de Borges... de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», también, por lo de la contaminación de la realidad con otro universo. Supongo que ha leído ese cuento.

(Al día siguiente encontré la expresión «si viéramos realmente al universo quizá lo comprenderíamos», junto a otras citadas por Lestrangle, en un cuento de Borges dedicado —¡sorpresa!— a la memoria de H.P. Lovecraft.)

—Sí, por supuesto. Una pequeña obra maestra, y a la vez un cuento muy lovecraftiano, ¿no le parece? —dijo, y me hizo una guiñada—. Los culturosos y los psicobolches tienen sus interpretaciones, pero tengo para mí que ese cuento pertenece al género del último hombre tras el Fin del Mundo. Como *Soy Leyenda*.

Fingí que lo pensaba un instante y asentí.

Miré hacia Jon y Rex. Se habían dormido en un rincón, como dos hermanos siameses unidos por el pecho o un brazo, perdidos en el interior de una cabeza enorme, ruinoso y saqueada.

Un rato después miré el reloj. Eran las seis y media de la mañana, y seguramente ya empezarían a pasar los ómnibus. Me levanté, bostecé y dije que era el momento de retirarme. Ya estoy viejo para estas trasnochadas, agregué. Lestrangle

se paró de inmediato y dijo que ni se me ocurriera pensar en tomar uno de esos «vehículos de pesadilla cargados de lo peor de así llamada humanidad».

—Lo llevo en mi auto, que para cosas así lo tengo —y añadió, como si fuera necesario aclarar—, para asistir a los amigos, por supuesto.

Me despedí de Jon y Rex. Insistieron en que no me olvidara de escuchar con atención «Andromeda Revisited», y que apenas lo tuviera «bien procesado» los llamara para contarles qué me pareció. Me comprometí a hacerlo y a volver a visitarlos pronto.

—No, no —dijeron, al unísono—, la próxima es en tus dominios. El fin de semana que viene arreglamos algo, un paseíto por Montevideo. Ya tuviste demasiado de Las Piedras; es suficiente por mucho tiempo... ¡Y el alcohol te va a tocar pagarlo a vos!

Me colgué la mochila sobre un hombro y seguí al viejo. Estaba empezando a salir el sol y la casa de los Glitter, con Jon y Rex como dos playmobils sonrientes saludando desde la escalerita de la entrada, me pareció idéntica a una piedra muy vieja y muy gastada que había dejado ahí la bajante.

En el camino sentí que Las Piedras y Montevideo se fundían en una sola ciudad poblada por eucaliptus, caminos vecinales y caballos que tiraban de carros cargados con todos los sueños, todas las pesadillas, las memorias y trofeos nocturnos de sus habitantes, envejecidos, gastados como la piedra que había entrevisto en la casa de los Glitter, perdidas sus formas por el uso prolongado, por la erosión, y todos los caminos a los que se dejaban guiar terminaban en un paraje perdido entre ambas ciudades o entre todas

las ciudades, un basurero enorme, vastísimo, con casas hechas de basura y calles hechas de basura y edificios hechos de basura y grandes esculturas de basura que se había pegado a los cuerpos de antiguos carros y caballos, agigantados por el tiempo, que no dejaba de acumularse en su interior. Y pensé que nadie mejor que LeStrange para guiarme por esa basura, por ese infierno pacífico y entrañable de basura, parando aquí y allá para meter las manos en la basura y extraer una vieja ZX Spectrum 48k como la que me regaló mi padre cuando cumplí 6 años, o muñequitos de los pitufos, viejas novelitas de aventura espacial de la editorial Bruguera, escritas por Thorkent o Marcus Sidereo, *Superbacterias*, *Amenaza en la colonia espacial*, *Fase Cuatro*, *Los insectos del Señor*, *Dictador del espacio*, casetes TDK con un LP de los Doors en cada cara y el enorme manuscrito de una novela escrita por un autor recluso y prisionero a lo largo de demasiadas décadas en la que, si miraba con cuidado, iba a terminar por encontrarme como un personaje muy secundario o quizá apenas un nombre en una nota a pie de página, es decir nada o casi nada, y eso me alegraría el corazón y miraría al amanecer que ya se comía el cielo y pensaría que valió la pena viajar a Las Piedras; pero también hablamos durante el viaje, que se desvió por miles de atajos y olvidos y salidas repentinas a avenidas que ambos desconocíamos y que me parecieron la proyección indefinida de algún sueño suburbano, autopistas arrancadas del desierto y trasplantadas a una ciudad fantasmal, llena de casas diminutas rodeadas por muros de árboles. LeStrange habló de su vida y sus lecturas, de sus sueños recurrentes ambientados en una ciudad llamada Ventomedio, de la que Montevideo, como Roma a Remoria, no era sino la

represión de toda oscuridad y pandemonio, y yo hablé de mi vida y mis lecturas y de Emilio Scarone y todas las revistas y fanzines que soñó, proyectó y lanzó para que duraran dos o tres números, llevándose aquellos cuentos a las bateas de tantas librerías de segunda mano en la compañía ilustre de historietas de fantasía heroica con portadas llenas de mujeres con nalgas y pechos que hacían tan encomiable y a la vez inverosímil que los musculosos héroes encontrarán otra cosa por la que pelear. Estábamos dejando atrás la refinera y entrando al centro cuando la conversación cambió y Lestrangle pareció defenderse, alarmado o tocado, sorprendido por la repentina caída de algún escudo y la consiguiente exhibición de esa piel frágil que yo no supe reconocer. Dijo entonces que se había mudado a Las Piedras porque quería *irse*, esa fue su palabra, *irse*, porque quería desaparecer, ser nadie, meterse debajo de una piedra y cavar una madriguera mínima, y que «andar por ahí con pendejos» era una manera de no ser él mismo, de no querer ser él mismo o eso que había querido ser y no logró alcanzar, o que sí alcanzó (porque sí lo alcancé, repitió) pero en privado, y que apenas volvía a pensarlo, apenas le caía la ficha de repensar el exilio y sus estrategias no dejaba de confirmarlo, de saberse en el lugar adecuado, porque prefería la periferia al centro, o la periferia de la periferia, las márgenes, concluyó, como si hubiese hablado para buscar el término exacto, porque no necesitaba para nada estar allí, donde pasan las cosas, porque para él todo lo que podía sucederle a un escritor era sobre una página, suya o de otros, y que todo lo demás era como jugar, y que por jugar él bien se divertía en Las Piedras, y luego hizo una pausa y tomó aliento, como si decir todo aquello le hubiese vaciado la última gota de

aire exprimida del último alvéolo en sus pulmones, y sonrió, y empezó a cambiar de tema, a retomar a Scarone y aquellos días en que le prestaba novelas de Robert E. Howard y Edgar Rice Burroughs además del momento exacto, recordó, un día de 1977 (Emilio tenía catorce años) en que le regaló una novela de Philip Dick, *Gestarescala*, y en lo mucho que hubiese deseado estar junto a Emilio cuando Dick visitó Montevideo en 1990 y le aceptó (a él, a Alastair Lestrage, a un escritor invisible, irrisorio, él, Philip K. Dick, un verdadero gigante) tomar un café en un bar del centro y le regaló, contento, porque «Dick era un tipo sereno y feliz», un ejemplar de *The owl in the daylight* en el que se leía, en un horrible español que me pareció totalmente coherente con Philip K. Dick, «Alastair, no dejes de buscarlo lo camino», y entonces pareció recordar algo, el hilo de una conversación pasada, quizá aquella conversación de boliche con Dick, y habló de Borges y de «Tlön Uqbar». Nadie recuerda Mlejnas, dijo de repente, eso es lo que más me gusta del cuento, que todos hablen de Tlön y de Uqbar, pero de Mlejnas nada: hay algo allí, ¿no le parece, Stahl? Un reverso, una imagen especular, una indicación para nosotros, los lectores. Porque dice primero que la literatura de Uqbar trata de las regiones imaginarias de Tlön y Mlejnas, y luego dedica todo el texto a Tlön. Algo discreto y mágico hay ahí, algo especial... Quizá el verdadero significado del cuento, aparte del Fin del Mundo o el retorno de los Grandes Antiguos...

No supe qué contestar. Quise hacerlo volver a aquel café con Philip Dick, pero era demasiado tarde. Habíamos llegado a mi edificio.

Me duché y saqué los libros de la mochila para guardarlos en la sección de ciencia ficción nacional, sabiendo que en realidad jamás los leería pero que no había sido en una mala idea aquella de escribir algo sobre Lestrage. Entonces sentí que podía darle una oportunidad de verdad, que *debía* hacerlo. Tomé el manuscrito de su última colección de cuentos y me lo llevé a la cama. Estaba impreso en alta calidad y encuadernado con esmero, con una portada — imaginé que la había ilustrado uno de los metaleros que nos habían acompañado a la incursión fallida de Rex en la Boca— en la que un monstruo shoggothiano era atacado por varios hombres (de riguroso taparrabo y grandes pectorales) en unas ruinas iluminadas por una galaxia espiral que cubría casi todo el cielo; había además un índice. Miré los títulos: «La maldición de Tchattuk», «Secretos de la tumba», «La doble visión», «La vacía eternidad», «El secreto de Uttunub». Busqué «Ape hell»: no estaba. Pero Lestrage había dicho que era un cuento del libro. Miré de nuevo. Nada. Tenía sueño y estaba cansado, pero no podía escapárseme algo así. Supuse que el viejo había cometido un error al compilar el índice, así que pasé página por página en busca de aquel cuento. Tampoco así lo encontré. Dejé el manuscrito sobre mi mesa de luz y cerré los ojos.

¿Había confundido el manuscrito? No, porque allí estaban los cuentos sobre tumbas, maldiciones y eternidades que había mencionado. Además, pensé, alguien como Lestrage debe ser preciso al máximo con sus creaciones...

No, tenía que ser otra cosa. Un viejo escritor de cuentos lovecraftianos, obsesionado con lo oculto, vestido de vampiro, risible, ridículo, capaz de ofrecer a la vez pliegues y dobleces...

La respuesta terminó por caer sobre mi cabeza.

Lestrangle me había tomado el pelo.

Todo el tiempo en Las Piedras, el rito, los largos discursos, la pastilla que me dio Rex, todo aquello había sido parte de su plan. Ape hell, repetí en voz alta, y en aquel momento, a las ocho de la mañana de un sábado, con la luz de un día nublado invadiendo mi habitación, lo entendí todo. No había duda posible: todo había sido parte de su plan para castigarme por no incluirlo en mi libro; a través de mí Lestrangle se había vengado de todos los críticos que lo habían despreciado, de todos los colegas que le habían dado la espalda, de Emilio Scarone y, por último, de la omisión de su nombre en mi historia de la ciencia ficción uruguaya. Entonces reí, a carcajadas. Si todo había sido un chiste a mi costa, no podía más que reírme. Philip K. Dick, *The Owl in the Daylight*, las ucronías, el cuento sobre fallas de óptica y ventanas a otros universos, las mareas de oscuridad en La Boca, todo, todo cobró sentido. O al menos *un* sentido.

Me levanté, busqué el demo de los Glitter y lo puse en el reproductor. “Andromeda revisited” rebotó en cada rincón de mi apartamento, sonando al máximo volumen mientras yo me servía un whisky y disfrutaba de aquella certeza, de aquella maravillosa certeza de que el viejo de Las Piedras y sus amigos se habían burlado de un ingenuo escritor de Montevideo capaz de creerse a pies juntillas que tenía en sus manos el poder de sacarlo a la luz, de darle vida una vez más.

Después dudé, cuando los Glitter volvieron a escribirme, cuando Lestrangle me llamó por teléfono para saber si había leído sus cuentos, pero durante aquellos días disfruté de saber que el viejo había logrado consumir, a

mis expensas, su venganza. Porque si había sido así las venganzas eran posibles. Porque si era así las miserias, las ciudades de basura y los viejos rencores tenían salida.

Y a la tercera o cuarta repasada de «Andromeda» descubrí, muy a mi pesar, que estaba empezando a gustarme. ★

Orden del libro

El proyecto Stahl,
o el árbol de los posibles
5

El día de la ballena
17

Los sueños de la carne
27

La luz sobre los cerros
43

Árboles en la noche
57

Sobre la arena, bajo la piel
87

Fractura
101

Los otros libros
131

Nadie recuerda Mlejnas
177



Ramiro Sanchiz nació en Montevideo, en 1978. Narrador, ensayista, crítico y traductor, ha publicado, entre otras, las novelas *La anomalía 17*, *Ahab*, *Un pianista de provincias*, *Trashpunk* y *Las imitaciones*.

MIG 21 EDITORA

Contaminación Futura vol.1. (Carsen, Cohen, Dobrinin, González, Mainero, Molinari, Ponce, Rumel, Salas, Sanchiz) ⊛ **Contaminación Futura vol.2** (Allen, Federici, Fritz, Marchesky, Méndez, Mira de Echeverría, Pons, Pandiani, Rodríguez Pape, Silva Olazábal) ⊛ **El bosque que crece por las noches** (Pablo Dobrinin) ⊛ **Contaminación Futura vol.3** (Bonanata, Broemmel, Broggio, Calamares Caraballo, Damián Miravete, Figueras, Machado Obaldía, Solari, Vilar Madruga) ⊛ **Trashpunk** (Ramiro Sanchiz) ⊛ **Contaminación Futura vol.4** (Arismendi, Candal, Chimal, Gandolfo, Gueçaimburu, Guerrero, Peña, Raggio Miranda, Rossello, Santurde) ⊛ **Contaminación Futura vol.5** (Alonso, Álvarez, Brenda, Canosa, Carson, Jota-Pérez, Palermo, Pozzolo, Salazar Maciá, Sanchiz) ⊛ **Jauría** (Maielis González) ⊛ **Contaminación Futura vol.6** (Barragán, Beauxis, Ghan, Ireland, Jurado, Piaggio, Rehermann, Rivero, Santullo, Sierra) ⊛ **Lo mejor de Ruido Blanco** (Bonanata, Botta, Carbajal, Cebrián, Dobrinin, Marchesky, Molinari, Morales, Peña, Pons, Rossello, Sanchiz) ⊛ **Contaminación Futura vol.7**

MIG 21 EDITORA

(Barceló, Botta, Caraballo, Dobrinin, Frick, González, Loza, Raggio, Velázquez, Yoss) ⊛ **Playlist** (Néstor Darío Figueiras) ⊛ **Contaminación Futura vol.8** (Aboaf, Bonanata, Cohen, Damonte, Marchesky, Paz Soldán, Ponce, Pozzolo, Sanchiz, Vera) ⊛ **Lo mejor de Ruido Blanco vol. 2** (Barragán, Caraballo, Carson, Cruz, Damonte, Federici, García Cabrera, García Peyrallo, González, Kapeniak, Pandiani, Solari) ⊛ **Contaminación Futura vol.9** (Álvarez, Bentancor, Gríppoli, Hékate, Lipner, Medone, Mota, Salgado, Sosa, Tena) ⊛ **Selektor 9 vol. 1** (Barragán, Camacho, Canosa, Mota, Reyes, Rivero, Sanchiz, Vargas, Véliz, selección de Maielis González) ⊛ **El día de la ballena** (Ramiro Sanchiz, selección y prólogo de Antoine Barral) ⊛ **//HYPERPULP// El pornógrafo** (Hank T. Cohen) ⊛ **Ñachi** (Ignacio Fritz) ⊛ **Un hoyo en el cielo** (Pablo Dobrinin) ⊛ **Rockabilly** (Mike Wilson) ⊛ **Nadie recuerda Mlejnás** (Ramiro Sanchiz) ⊛ **La gloria de Vladimir** (H. K. Siborski) ⊛ **Nadie sale vivo de aquí** (Roland Corbent) ⊛



EL DÍA DE LA BALLENA

RAMIRO SANCHIZ

El día de la ballena

Los sueños de la carne

La luz sobre los cerros

Árboles en la noche

Sobre la arena, bajo la piel

Fractura

Los otros libros

Nadie recuerda Mlejnas

Todas las ficciones de Ramiro Sanchiz (n. 1978), sea cual sea su formato, forman parte de un vasto proyecto iniciado a fines de los años noventa por un autor que aún no había cumplido los veinte, en torno a un protagonista llamado Federico Stahl y sus muchas posibles vidas, dibujando un árbol con ramificaciones potencialmente infinitas que nunca llegaremos a conocer en su totalidad, y que ofrece al autor inmensas posibilidades de variaciones y reiteraciones. Está claro que, tras un cuarto de siglo y muchos textos publicados, Ramiro Sanchiz no ha agotado aún su tema y sigue sorprendiendo y renovándose. Para ofrecer a los lectores una visión de esta obra, era necesaria una selección de textos breves. Eligiendo relatos de las distintas ramas del árbol de posibilidades, se puede dar una idea más amplia que con una sola novela,

muestra de una sola rama. Todos los Federico Stahl posibles comparten recuerdos de infancia, relaciones familiares y amistades, aunque nunca completamente idénticos, porque no hay una «primera bifurcación» precedida de un tronco común. Federico Stahl puede nacer en universos ya divergentes desde hace mucho tiempo, mundos muy extraños en los que su infancia nunca es ni del todo igual, ni del todo distinta, en los que ocurren sucesos similares pero totalmente diferentes: a veces son ballenas las que quedan varadas en las playas, y a veces son mujeres robot gigantes, e incluso cuando se trata de ballenas, no son exactamente las que conocemos en nuestro universo.

(Del prólogo de Antoine Barral)



MIG21
EDITORA